



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE
MÉXICO**

FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES ARAGÓN

**MIS AÑOS MUERTOS.
Benita Sánchez Díaz, la compleja historia de
alguien tan común.**

CRÓNICA BIOGRÁFICA

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN COMUNICACIÓN Y PERIODISMO**

P R E S E N T A

ROSA ISELA CASTILLO GRANA

**ASESORA:
LIC. CELIA CÁNDIDA RODRÍGUEZ ESCOBAR**

MÉXICO, 2011





Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

DEDICATORIA

Todo este esfuerzo...
todo este empeño...
todas las desmañadas y las noches de desvelo,
no sin una valiosa razón.

Todas las posibles cualidades de esta cronista insipiente...
todas las horas de ausencia necesarias...
todo el apoyo de ustedes,
mis amados, tan amados,
no sin una valiosa razón.

Sí, a ustedes, amados míos,
a ustedes dedico esta historia,
síntanla, vívanla, gócenla,
bébanla letra por letra,
y, si por fortuna logro llenar sus pupilas de vida,
si logro hacer que a través de mis palabras sientan a Benita,
créanme, todo habrá valido la pena.

AGRADECIMIENTOS

Por brindarme la oportunidad de existir en esta vida, por invadirme de tiempo y de fe... ¡Gracias, Cristo, gracias Dios!

Por haberme dado la vida, por arrullarme entre sus brazos, por procurar mi bienestar, por su educación, sus valores, su ejemplo, su apoyo sin condiciones, por toda su paciencia y sus perdones, y, sobretodo, por su infinito amor... ¡Gracias, amados padres! ¡Mis padres!

Por entrar en mi vida para llenarla de luz, por todo tu apoyo, por amarme tal como soy, por tu paciencia e impulso, por esos dos angelitos que emanan de sus boquitas la palabra mágica; MAMÁ, por tu mano tomando la mía al caminar juntos por este sendero... ¡Gracias, amor mío!

Por invadir mi vida con la suya, porque sé que en esta etapa de su vida soy su súper mamá, aunque lo único que sepa sea amarlos con todo mi ser, con tantos errores como la aprendiz que soy, pero con la ferviente intención de guiarlos hacia su felicidad; porque con su inocencia, ingenuidad, y capacidad de asombro que les brinda su niñez quien realmente aprenderá de ustedes soy yo... ¡gracias angelitos míos, Monse y Emiliano!

Por tu cariño y apoyo en los momentos difíciles, por existir en mi vida y saber que a pesar de la distancia estarás, a tu manera, siempre conmigo... ¡Gracias, hermano!

Porque sin usted nada hubiera sido posible; por su cariño, su tiempo, su experiencia, su dolor y lucha, por mi madre... ¡Gracias, abue!

Por ser mi hermana por decisión y convicción, por esas fotos geniales que atraparon tanta esencia, tanta historia, por escucharme, apoyarme, amarme y procurarme... ¡Gracias, Bren!

A usted, con todo mi respeto, admiración y cariño, por compartirme sus conocimientos y por guiarme en este, más que trabajo, sueño y meta personal, por su tiempo, su paciencia y comprensión... ¡Gracias, lic. Celia!



“Yo diría que más bien mi vida ha sido como el invierno, que es cuando el frío cala hasta los huesos y es retedifícil que floreen las plantitas porque les falta calor...”, 2009.

Foto: Brenda Contreras Paredes.



MIS AÑOS MUERTOS.

Benita Sánchez Díaz,
la compleja historia de alguien tan común.

POR:

ROSAISELA CASTILLO GRANA

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	7
TODO TIENE UN PRINCIPIO ANTES DEL PRINCIPIO.....	21
La fragancia de las fresas y las historias de mamá.....	26
La <i>Robin Hood</i> de San Javier.....	42
De la obligación al amor puede haber más de un solo paso.....	44
DE ARRASTRADA A PALEADA.....	51
El dolor de la venganza: la huida.....	75
EL ALCOHOL, LOS GOLPES Y EL ORGULLO.....	85
El único y último adiós.....	101
LA VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE.....	109
El dolor más grande del mundo.....	115
Las esperanzas.....	121
A MANERA DE CONCLUSIÓN.....	124
FUENTES DE CONSULTA.....	129

INTRODUCCIÓN

La narración de la vida de Benita Sánchez Díaz, a través de la crónica biográfica de personaje común, es el eje que guía el presente trabajo periodístico. Si bien será primordial la definición de dicha variante de la crónica, pues he podido darme cuenta, con base en la revisión de varios textos enfocados a este tema, que dentro de la tipología considerada por distintos estudiosos del género como Gonzalo Martín Vivaldi, José Luis Martínez Albertos, Guillermina Baena Paz, Vicente Leñero y Carlos Marín, ésta no se encuentra entre las modalidades designadas a la crónica, muy a pesar de ser utilizada por grandes cronistas y recreadores de vidas como Salvador Novo, Carlos Monsiváis, Cristina Pacheco, Elena Poniatowska, Gabriel García Márquez, entre otros.

Debo precisar que los avances tecnológicos y una sociedad ávida de rapidez han perdido de vista las cualidades de la crónica, hacen escueta la forma en que se presentan los hechos y limitan las habilidades artísticas que hay en cada periodista.

Lo anterior se expresa mejor en palabras de Rafael Yanes Mesa: “Se podría afirmar que el lector de periódicos busca información veraz sobre la actualidad, y la quiere conseguir en un corto espacio de tiempo, mientras que el lector de libros lee sin prisas por el placer de la lectura, para disfrutar de la forma con la que está escrito... La crónica destaca su estilo creativo. No es la simple interpretación de un acontecimiento, sino la narración valorada de lo sucedido recientemente contado de forma amena... aunque por la subjetividad que supone la interpretación del cronista y por el estilo ameno con el que está escrito, se aleja del periodismo estrictamente informativo”.¹

O como bien lo describe Alfonso Reyes:

¹ Rafael Yanes Mesa, “La crónica, un género del periodismo literario equidistante entre la información y la interpretación”, www.ucm.es/info/especulo/numero32/cronica.html, acceso 10 de diciembre de 2009.

Respondiendo a las necesidades del nuevo público, el periódico abandona poco a poco su antiguo atuendo literario; de lo bello pasa a lo útil; del arte puro del ensayo, al arte aplicado del editorial o de la noticia.²

Por esta razón, decidí realizar una crónica biográfica de personaje común, puesto que la globalización, descrita por Kofi Annan (ex Secretario General de las Naciones Unidas y Premio Nobel de la Paz en 2001) como un fenómeno actual por el cual “hoy más que nunca, los grupos y las personas se relacionan directamente a través de las fronteras sin la intervención del Estado. Esto ocurre, en parte, gracias a la nueva tecnología y también porque los estados se han dado cuenta de que la prosperidad se logra más fácilmente si se libera la energía creativa de los ciudadanos en lugar de reprimirla”.³ Aunque, no todo son cualidades, pues el intercambio intelectual y cultural relativamente casi instantáneo ha insensibilizado en gran medida al periodismo, mostrándonos escenas dramáticas de entidades e individuos tan distantes, sin percatarnos, interesarnos y preocuparnos por los problemas de nuestra comunidad.

Según la definición general y conocida por muchos, que al mismo tiempo ignoran a la crónica como género periodístico, ésta es el simple relato descrito meticulosamente que narra el desarrollo de un hecho.

De manera más explícita, la crónica deja de lado la frialdad de las estructuras impuestas y del lenguaje directo que no permite el uso de recursos literarios, así como contempla los acontecimientos desde un punto de vista más humano y menos rígido, pues admite la combinación del juicio, la objetividad y el lenguaje literario. Pero el juicio del que hablo no es sólo una interpretación a la ligera que desboque en el relativismo, sino opiniones del cronista con un orden contextual que buscan resaltar la importancia de la narración.

Se trata de un género narrativo con fuerte apoyo descriptivo. Se recurre a la forma narrativa para el relato de los acontecimientos a fin de destacar su trascendencia; y la forma

² Alfonso Reyes, citado por Guillermina Baena Paz, *Géneros periodísticos informativos*, México, Editorial Pax, 1993, p. 10.

³ Kofi Annan, “¿Qué es la globalización?”, www.azc.uam.mx/csh/sociologia/sigloxx/globalizacion.htm, acceso 25 de agosto de 2011.

descriptiva para hacer sentir al lector inmerso en el ambiente y que perciba los detalles como si realmente estuviera presenciando el suceso.

La crónica es un valioso documento de consulta para los historiadores; en ella se encuentran pintados momentos de la vida que constituyen un recuerdo, un reflejo de las tendencias, costumbres e ideologías de una sociedad en un momento determinado.⁴

Según el *Libro de estilo de El País*, la crónica es un estilo situado a medio camino entre la noticia, la opinión y el reportaje.

Para quien esté inmiscuido en la labor periodística le resultará fácil comprender por qué la crónica, efectivamente, está a la mitad del sendero entre la noticia, la opinión y el reportaje, pues no puede ser noticia, pero sí tener aspectos de ella o ésta servirle como eje para su creación; tampoco es un escrito de mera ponencia en el cual todo se basa en los paradigmas personales del cronista; y mucho menos tiene atributo de reportaje desde el momento en que interfieren la literatura y la subjetividad para su composición, así como el sitio del narrador en el texto, pues en la crónica es permisible el uso de la primera persona del singular (yo), siendo una mediación entre las anécdotas del biografiado y las interpretaciones del periodista, mientras que en el reportaje es preferible hacerlo en primera persona del plural (nosotros), lo que sitúa al autor en una comuna que le despoja de su individualidad.

Lo que sí poseen tanto la crónica como el reportaje, es esa indagación esmerada y la profundidad al tratar sus respectivos tópicos.

En la crónica, el juego literario usa a discreción la primera persona o narra libremente los acontecimientos como vistos y vividos desde la interioridad ajena.⁵

Dependiendo del criterio con el que se clasifique a la crónica, será la categoría que se le asigne. Unos autores, por ejemplo, retoman el contenido, mientras que otros se basan en el grado y la manera en que opina el cronista.

⁴ Susana González Reyna, *Géneros Periodísticos I, Periodismo de opinión y discurso*, México, Trillas, 1999, 2ª edición, p. 39.

⁵ Carlos Monsiváis, *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*, México, Era, 1991, p. 13.

De este modo, la tipología de la crónica ha sido debatida por diversos autores. Algunos, como Vicente Leñero y Carlos Marín, en su *Manual de Periodismo*, consideran que hay únicamente tres tipificaciones generales de la crónica: la *crónica informativa*, la *crónica opinativa* y la *crónica interpretativa*.

No obstante, otros autores como José Luis Martínez Albertos, Gonzalo Martín Vivaldi y Guillermina Baena Paz, contemplan una tipología más extensa y específica. Tal clasificación más particular deriva de la crónica las siguientes tipificaciones: *crónica noticiosa*, *crónica literaria*, *crónica de sucesos*, *crónica judicial*, *crónica de nota roja*, *crónica policiaca*, *crónica cultural*, *crónica deportiva*, *crónica taurina*, *crónica de correspondientes*, *crónica de enviado especial*, *crónica viajera*, *crónica política*, *crónica parlamentaria*, *crónica de sociedad* o *de sociales* y la *crónica local*, propuesta por Luis Marsillach⁶, la cual a su vez tiene tres modalidades: *crónica exhaustiva*, *crónica de pincelada* y *crónica desenfadada*.

La crónica, en todas sus variantes, es como la paleontografía de las sociedades, las historias que funcionan como vestigios de tiempos pasados, de formas de vida que han desembocado en la manera en que hoy concebimos y vivimos. Bien podríamos decir que para ese papel tenemos a la historia, pero ésta sólo nos da a conocer los sucesos que han marcado la existencia de la humanidad, en donde el hecho es más importante que el ser humano.

A través del conocimiento del lenguaje escrito, el cronista activa todos los sentidos del lector, hacerlo sentir, oler, escuchar, gustar y ver en su mente las escenas que son relatadas y, así, trasladarse a lugares que en su vida imaginó que podía visitar, sensibilizarse y verse reflejado en los fragmentos tristes o alegres de quien o de lo que se narra, vivir la historia de alguien desconocido y tan cercano a la vez.

⁶ Luis Marsillach, “Teoría y práctica de la crónica local”, en Nicolás González Ruiz, *Enciclopedia del periodismo*, Noguer, 1966, p. 385.

A pesar de las diversas tipificaciones que posee la crónica, ningún autor, al menos de los revisados por una servidora, aborda específicamente a la *crónica biográfica* por su contenido, aunque por su función, encaja perfectamente en la *crónica interpretativa* propuesta por Leñero y Marín, donde hay una mediación entre el fondo y la forma, y el lector, gracias al lenguaje escrito utilizado por el cronista.

La *crónica interpretativa* posee, por su función, una universalidad inherente al término, entonces, muchas de las tipificaciones designadas por el contenido de la crónica, entran en tal variante más general.

Concibo a la crónica biográfica como la narración de la vida de una persona, por medio de la descripción de los lugares en donde se desarrolló o se ha desarrollado dicha historia, de las personas que acompañaron la existencia del entrevistado y de las concepciones propias de éste acerca de su entorno. Ésta no sólo busca enunciar los aspectos trascendentes de la existencia de un individuo, sino desentrañar la esencia, contar los motivos y las consecuencias.

Trasladar la vida de Benita Sánchez Díaz al papel, a través de la crónica biográfica, recreando todas las atmósferas posibles, interesa al lector al verla como retrato⁷ de los entornos social, político, histórico e ideológico, y le permite conocer la vida íntima y muchas veces oculta de las personas; saber que no siempre es necesario escribir sobre personajes afamados para lograr el interés del lector, sino sobre la vida de aquéllos que han sufrido los estragos de las decisiones políticas, de los movimientos sociales, de las ideologías heredadas, de los errores acarreados generacionalmente.

⁷ El **retrato** es la descripción de una persona o personaje efectuada por un observador por medio de la palabra. En el retrato, el observador elige rasgos físicos y de personalidad de la persona, a los que les asigna cualidades. Las dos modalidades principales son la prosopografía (descripción física) y la etopeya (descripción moral o psicológica). En este caso, las características del retrato intentarán ser trasladadas y aplicadas al ambiente de la biografiada.

En la crónica biográfica, el cronista es traductor y transmisor de los hechos que se narran, es el encargado de dar forma e importancia a cada instante para hacer encarnar al lector en el entrevistado.

Cronistas como Cristina Pacheco, Carlos Monsiváis y Elena Poniatowska han puesto énfasis en emular el género de la crónica y se han empeñado en mostrar la realidad de los individuos “comunes”, quienes han pasado de ser dueños de los medios masivos a simples consumidores y espectadores, esto debido al manejo de la información por los medios de comunicación, que más que informar, buscan guiar la opinión del receptor, aunado a la carencia de interés por la lectura o documentación del lector o espectador.

Las consecuencias más dañinas de las *gacetillas*⁸ en el caso del periodismo interpretativo son: el desdén de los medios hacia sus lectores y la presentación de una realidad fragmentada, sin contexto, carente de sentido. El formato interpretativo de la prensa contemporánea pone atención precisamente en lo opuesto: atraer la atención del lector y brindarle interpretaciones de la realidad que tengan unidad narrativa, contexto y significación social.⁹

Aunque esto no quiere decir tampoco que a diestra y siniestra se escriba la historia de todos, pues así como en la estadística es necesaria una muestra representativa, en el periodismo de la misma forma debe considerarse que de quien se escriba pueda reflejar a la sociedad en su conjunto o a un grupo de ella, y contribuir a fijar nuestra atención en esas problemáticas que tal vez pasan inadvertidas; de lo contrario seríamos alcanzados por el axioma que enuncia: “Si todo es importante, entonces nada lo es”.

El reto del presente trabajo periodístico es: resaltar y otorgar importancia colectiva a la vida de un individuo; ya que al tener el periodista una labor humanista y con clara visión en el valor de la exposición de la realidad y la verdad, tiene la obligación de mostrar y demostrar la relevancia que tiene en la actualidad el periodismo literario, el cual enfrenta una crisis

⁸ Anuncios que en forma de noticia aparecen a diario en la prensa nacional y que son sustento esencial de la economía de los medios impresos. Véase José Luis Benavides Ledesma, *Escribir en prensa. Redacción informativa e interpretativa*, México, Alhambra Mexicana, 1997, p. 69.

⁹ *Ibidem*, p. 159.

ante un mundo de la inmediatez, como lo mencioné al principio de este apartado, ya que la competencia por la primicia o la exclusividad, fuerzan al periodista a ser sumamente lacónico, privándolo de la cualidad de escritor que el *Nuevo Periodismo*¹⁰ (de origen estadounidense) le otorgó.

Nuestra cultura está saturada por los efectos que las nuevas tecnologías han generado: la velocidad del cambio, la masificación de las informaciones y la sobrevaloración del instante. Frente a una modernidad que avanza inexorablemente asumiendo la temporalidad como su fundamento efímero, los textos cronísticos logran aprehender los veloces estímulos culturales de la época al poner su atención en la actualidad. Como el mundo actual, la crónica es un género “escurrizado”.¹¹

Luego de brindar al lector un esbozo teórico, quiero comentar un poco cómo se dieron las entrevistas con Benita Sánchez Díaz.

Desde el principio, la disposición fue casi total, ella me permitió escarbar en sus recuerdos, e incluso con un par de silencios al tocar temas difíciles de contar para ella, como la sexualidad o la muerte, me expresaba su sentir y yo debí leer entre líneas.

Benita siempre tuvo tiempo para nuestras charlas que, para ser sincera, jamás fueron sólo por cubrir el requisito. Cada vez que terminaba la cita del día, quedaba un ansia en mí porque llegara la siguiente. Había escuchado alguna vez parte de su vida, de su brega, de ahí mi interés por darla a conocer: esa violencia descarada no sólo del hombre hacia la mujer, sino de la mujer hacia la misma mujer; la pobreza asfixiante que desemboca en ignorancia; la ignorancia que despoja a un individuo de su valor, dignidad y respeto.

Siempre con un “Pásate m’hija, ¿ya comiste?, ¿quieres agua?”, me recibía cálidamente en su humilde hogar.

¹⁰ Movimiento periodístico iniciado en la década de los 60 del siglo pasado, en Nueva York, cuyo objetivo fue ampliar la idea de la objetividad periodística y permitía un estilo más personalizado para desarrollar una sensibilidad propia. Asimismo, buscaba desechar la idea de que los escritos periodístico-literarios desapercibían creatividad y recursos narrativos y literarios. Es llamado por muchos la “novela de no ficción”.

¹¹ Jezreel Salazar Escalante, “La crónica: una estética de la transgresión”, www.cem.itesm.mx/dacs/publicaciones/logos/.../jsalazar.html, acceso 10 de diciembre de 2009.

En el tiempo que duraron las charlas, puedo decir que así como reí con los chascarrillos y anécdotas de Benita, también lloré al compartir y revivir en mi mente sus experiencias tristes. Cada día reafirmaba que había elegido el género exacto y la historia idónea.

Cuando llegó el momento de ponerme frente al monitor, con toda la información y anotaciones, con las manos en el teclado y los audífonos en los oídos, sólo esperaba, como dijera Picasso, que *cuando llegara la inspiración me encontrara trabajando*, y todo fluyó como si la misma Benita me poseyera y me di cuenta que no había mejor forma de transmitir su historia que narrarla con todo su folclor, con su modo tan peculiar y representativo que tiene de hablar, un lenguaje que combina los regionalismos del San Javier, Guanajuato de antaño que la vio nacer y crecer, con los de este México¹² moderno que conoció al venirse a vivir para acá.

Yo, como narradora, utilizaré los discursos directo e indirecto, tanto al situarme en el lugar de observadora, intentando involucrar al lector brindándole un esbozo detallado histórico y geográfico, como al ataviarme de Benita, interpretando cada uno de sus relatos, para darles forma, congruencia y organización, de manera que quien lee pueda convertirse a su vez en ella, para apoyar y darle un mayor peso al fondo de la anécdota.

Pero en cualquiera de las formas de narración, no habrá uso de comillas, cursivas o algún signo gramatical que advierta al lector sobre el intercambio entre una y otra. La diferenciación estará implícita en el propio lenguaje, en la forma y el estilo.

En este punto quiero aclarar que lo escrito como narrado por la biografiada dentro de la presente crónica, no es una mera transcripción de lo dicho en las entrevistas. Benita se recreó con la ayuda de datos históricos y entrevistas con personas que compartieron alguna época con ella, así como con una estructuración detallada de los hechos, pues de pronto,

¹² En San Javier, Guanajuato y otras partes de provincia, a la región comprendida por el Estado de México y el Distrito Federal le llaman “México”.

naturalmente, Benita recordaba sólo una parte de algún suceso o pasaba de un acontecimiento a otro de forma intempestiva para luego regresar al primero.

Hago esta aclaración porque con el estilo utilizado en la narración, puede pensarse que sólo transcribí lo que Benita contaba. Hubo, entonces y como ya lo mencioné, que organizar, jerarquizar, complementar y comprobar lo dicho por ella. Por tal razón la ausencia de comillas o cursivas para resaltar lo contado por Benita, pues no se trata de párrafos textuales. Exceptuando el último apartado “Las esperanzas”, donde sí es textual lo dicho por la biografiada y por ello se redactó con cursivas.

En la crónica, existen dos niveles esenciales o grados de lectura: la anécdota o historia que pretende reconstruirse, y el significado de las palabras o el discurso utilizado, por el cual el cronista se convierte en mediador entre estos dos niveles y el lector. Para esto, utilizaré lo que se conoce como *figuras*, que son recursos literarios que le sirven al cronista para resaltar una idea y vulnerar o despertar una sensación en el lector.

Para Guillermina Baena¹³, todas las figuras son efectos retóricos y a éstos los comprenden las llamadas *metábolos*¹⁴, que incluyen:

1. Los *metaplasmos*, que modifican la forma de las palabras (Morfología).
2. Las *metataxas*, que modifican la forma de las frases (Sintaxis).
3. Los *metasemas*, que modifican el significado de las palabras (Semántica).
4. Los *metalogamos*, que modifican el significado de las frases (Lógica).

Las *metábolos* que servirán para retratar lo más fielmente el lenguaje de la entrevistada son:

- El *ritmo*, que se basa en la forma en que son situados los acentos en todas las palabras que forman la línea versal. Cabe destacar que gramáticamente el acento puede ser gráfico (tilde) o no, y más bien se refiere a dónde se sitúa la sílaba tónica en una palabra. Gracias a

¹³ Guillermina Baena Paz, *op. cit.*, p. 69.

¹⁴ Proviene de la metátesis, que es un fenómeno por el que una palabra que pertenece a una determinada categoría gramatical pasa a ejercer una función de otra categoría.

esta figura, se puede reconstruir fonéticamente, por ejemplo, la manera en que Benita se refiere a sus padres, como “papa” y “mama”, mientras que al referirse a los papás y mamás de los demás lo hace correctamente como “papá” y “mamá”.

- La *aféresis* es un recurso de mucho apoyo si enunciamos la manera original en la que habló la persona para resaltar el lenguaje. Ésta suprime letras al principio de la palabra.

Durante la narración de la vida de Benita, ésta se identificará al eliminar la primera letra de la palabra “donde”, de manera que resulte “onde”; al suprimir los dos fonemas iniciales de la palabra “ahora”, para culminar en “ora”; o la aféresis del artículo “el”, combinada con el apócope de “para”, resultando “pa’l”.

- La *síncopa*, parecida a la aféresis, es la supresión de letras en medio de la palabra. Muy útil durante la crónica, pues el lenguaje de la entrevistada posee muchas aplicaciones de este efecto retórico: generalmente en las palabras que terminan en “ado”, Benita elimina fonéticamente la “d”, para que la terminación sea “ao”, como “cobijao”, “contao”, “lao”, “hincaos”, etcétera. Asimismo, en el campo semántico del verbo “querer”, como “quiero”, “quiere” o “siquiera”, se quita la letra “i”, para lograr el efecto “quero”, “quere” o “siquera”.

- El *apócope* es similar a las dos anteriores, pero la eliminación se hace al final de la palabra. Usualmente, en la crónica biográfica se encontrará al reemplazar la palabra “para” con “pa’”; o al suprimir el último fonema en las palabras terminadas en “dad”, como “verdad”, resulta “verdá”.

- La *metátesis* permite que se escriban o pronuncien incorrectamente las palabras. Es homólogo a los *barbarismos*.

Para rescatar fielmente el lenguaje de Benita Sánchez Díaz, la metátesis tendrá un peso muy importante en el uso del lenguaje escrito, ya que brinda la oportunidad de utilizar el

folclor y la peculiaridad del lenguaje oral de la entrevistada. Por ejemplo, al redactar las palabras “honorable”, “haiga”, “mesmo”, “traiba”, entre otras.

El uso de los recursos literarios o efectos retóricos, tiene sus ventajas y desventajas, pues como afirma Alejandro Íñigo:

El problema al que se enfrentan los periodistas y escritores es el equilibrio, el peso específico de la estructura. Y esto significa saber darle una adecuada distribución a las metáforas o a las figuras literarias. Evitar que vayan seguidas una de otra como cuentas de rosario, porque acaban por cansar al lector.¹⁵

Durante la narración, Benita menciona dos libros y programas de radio y televisión como parte de su historia, pero sin datos más hondos, por ello pensé que incluir notas de contenido podría permitir al lector saciar él mismo el interés que pueda surgir por las referencias que nos da la protagonista.

Aun así creí que algo faltaba, algo que hiciera más íntimo el relato, que inmiscuyera más al lector en la historia, algo así como una llamada de atención para hacerle saber que la crónica biográfica está hecha especialmente para quien la lee y a la vez para todos, y de pronto, mientras escuchaba en una de las grabaciones la frase “como te platicué”, encontré la respuesta. Por eso durante el texto se pueden encontrar enunciados como: “te decía”, “disculpa que no te lo platique”, “imagínate”. Retomando los recursos literarios, éste se conoce como *comunicación*.

Cuartilla tras cuartilla, se reconstruye una sociedad machista, hundida en la pobreza y la ignorancia, que si lo pensamos bien, no dista mucho de la que hoy nos rodea. Una sociedad regida no por la política, no por la economía, no por la filosofía, sino por un MODELO CULTURAL AUTORITARIO¹⁶ que se pone al servicio del más fuerte, del PODER.

¹⁵Alejandro Íñigo, *Periodismo literario*, México, Gernika, p. 92.

¹⁶ Para definir el Modelo cultural autoritario, debemos saber, primero, que es precedido por el Autoritarismo, y que éste comenzó como un modo político de regir, con base en la existencia consustancial de la autoridad y el ser humano, pues resulta instintivo y hasta genético, el hecho de poseer cualidades autoritarias para gobernar sobre las voluntades de otros. Por *autoritarismo* se entiende, en general, una autoridad opresiva que aplasta la libertad e impide la crítica.

El mismo Jonathan Culler, en su libro *Breve introducción a la teoría literaria*, parafrasea a Foucault cuando éste afirma que el poder crea “el armazón conceptual con el que se nos impulsa a pensar sobre el mundo. Poder/saber, ha originado, por ejemplo, la situación que define a una mujer como alguien que se realizará como persona al tener una relación sexual con un hombre”.¹⁷

Tenemos, entonces, que dicho modelo opera sigilosamente, pues lo que hoy conocemos como el **deber ser**, es sólo un barniz que recubre lo que **realmente es** y se gesta generacionalmente, siempre a conveniencia de quien lo aplica, pues tiene raíces y ramificaciones psicológicas, sociológicas, antropológicas, económicas y políticas.

Lo anterior se menciona a propósito de cómo en toda la historia de Benita, relucen los tejes y manejes de lo que el modelo cultural autoritario puede ocasionar desde un grupo tan pequeño como una familia, hasta la misma y homónima institución que las contiene.

Mis años muertos, se divide en cuatro partes, cada una, a partir de la segunda, con su respectivo epígrafe, representado por una frase significativa y relacionada con cada capítulo.

El primer apartado que comienza con “Todo tiene un principio antes del principio”, narra el origen y la infancia de Benita, desde cómo se dio el matrimonio de sus padres hasta esa transición forzada de niña a “mujer” de la que tuvo que ser objeto.

Respecto a la aplicación en sí del modelo cultural autoritario, éste comienza con más fuerza luego de la década de los años 60 del siglo pasado, cuando se dieron innumerables movimientos sociales erigidos para contraponer al autoritarismo del que eran objeto distintos grupos. Es cuando, apelando al poder y la violencia, el autoritarismo ya no tiene una raíz cualitativa o persuasiva, sino depende de cómo se manejen los recursos políticos, económicos, religiosos y sociales para imponer, no para gobernar, casi siempre, con la violencia e intimidación como medio. Es decir, con todo esto, que el autoritarismo como un modo de regir, pasó a ser un modo de vivir al colarse en las culturas que se rehúsan a la libertad de los seres humanos.

¹⁷ Jonathan Culler, *Breve introducción a la teoría literaria*, Barcelona, Crítica, p. 19.

Así se da paso a la segunda parte, que empieza con “De arrastrada a paleada”, la más significativa en cuanto al daño irreparable causado por la violencia intrafamiliar, incluso de las consecuencias que ella padeció por un crimen que no cometió.

El tercer apartado, que inicia con “El alcohol, los golpes y el orgullo”, cuenta la vida de Benita fuera de su pueblo natal, en una ciudad desconocida y llena de costumbres y formas de vida tan distantes a ella, pues a pesar de vivir cerca de una urbe, no escapó a esa violencia aparentemente padecida en mayor grado por mujeres de provincia.

El último apartado, que comienza con “La vida después de la muerte”, muestra cómo son los días de Benita sin el “verdugo” y sin los golpes, aunque sí con los fantasmas de todo aquello que sufrió.

La importancia de *contar* no sólo queda en el plano de lo periodístico, sino de lo histórico, de lo cultural, de lo natural, pues la naturaleza humana, ha llevado al hombre a evocar cada forma de vida, cada ritual y cada brega. Es decir, el ser humano desde su origen ha ido desenmarañando, o al menos eso intenta, el etéreo laberinto de su propia existencia.



“Nunca se me olvidará ese rojo encendido que llenaba la tierra, tan brillante como el sol cuando quema más en el día, esa vista se pintaba con unos toques verdes de las hojas de las matas...”, 2009.

Foto: Brenda Contreras Paredes.

TODO TIENE UN PRINCIPIO ANTES DEL PRINCIPIO

Una silla... pero no cualquier silla. Ésta de color dorado, coronada por ángeles entonando una melodía celestial con sus arpas, violines y trompetas, serafines que retoman las notas inundadas de paz del *Adagio* de *Albinoni*, o del *Ave María* de *Schubert*, complementadas con una voz limpia, clara, melodiosa, como la de Daniela Licari...

Una silla situada a la diestra del Santísimo, levantándose entre nubes blancas y un cielo azul como sacado de las pinturas infantiles que imaginan así la estratosfera que dispersa la luz del sol...

Esta silla será el premio por soportar, por callar, por padecer todos los golpes, las lágrimas, la sangre y el sacrificio de Benita, una silla imaginaria, idealizada por ella misma y de la cual, no conocerá su certeza hasta que el soplo de vida abandone su cuerpo...

Benita Sánchez Díaz, mujer única y a la vez tan común, la mujer que vemos todos los días en la calle, en el transporte, en el trabajo; la desconocida, la vecina, la madre, la hija, una misma.

Benita, llamada “Beni” por su familia, apenas pasa los 70 años de edad, pero esto no merma su carácter fuerte para defender a los suyos cuando la ocasión lo amerita, aunque en algún tiempo, la imposición, el maltrato y el miedo no se lo permitían.

A pesar de tener un vocabulario reducido, pero pintoresco y agradable, lleno de palabras que ella misma inventa cuando no sabe cómo explicar algo, su charla sumerge a quienes la escuchan en los escenarios que describe, tan capaces de alegrar como estremecer; y lo mismo platica con profesionistas, que con niños o con jóvenes de su rumbo que se drogan,

beben o pertenecen a algunas pandillas, quienes la respetan y la buscan para compartir sus penas y escuchar sus consejos.

Desde niña ha sido caritativa con quienes al igual que ella son pobres, y constantemente recuerda sus travesuras infantiles, en las que era una alegría y orgullo ser la *Robin Hood* de San Javier, Guanajuato.

La vida de Beni ha tenido contrastes muy marcados. Ha sido víctima de la miseria, del machismo, de un crimen que ni siquiera cometió y por el cual debió sufrir tantas carencias y tristezas junto con sus ocho hijos.

Su cuerpo tiene varias cicatrices, algunas visibles, otras no, las que lleva en el alma y que sólo Beni conoce, todas ellas causadas por el hombre que en algún momento le impusieron para compartir su vida y a quien, a pesar de todo, lloró cuando en un viaje sin regreso perdió la vida.

Camina un poco mal a causa de los vestigios de una úlcera varicosa y su notable sobrepeso. Sus ojos claros, cansados, de mirada cristalina y profunda, se inundan de recuerdos y escenarios en el aire, mientras escarba en su memoria y atrapa al tiempo en cada anécdota que relata.

Un tiempo perteneció a la familia más adinerada de San Javier, aunque nunca conoció uno sólo de los lujos que eso podía otorgarle. Incluso hoy, su vestir es sencillo, con blusas remendadas, faldas largas con resorte en la cintura, baberos deshilachados y calzado cómodo de tela cuando sus pies desnudos ya no aguantan como antes la dureza o la frialdad del piso.

Sólo para ocasiones especiales usa sus mandiles nuevos, bordados en las bolsas con flores multicolores, combinándolos con los vestidos o conjuntos que sus hijos le regalan cada día de las madres o cada cumpleaños, y también para esas ocasiones especiales, viste sus piernas reseca con medias de color carne que le permiten usar el calzado de piel al que no

está acostumbrada. Pero siempre, sea la fecha que sea, baña su cuello y su pecho con la brisa de los perfumes que son sus preferidos: *Paloma Picasso*, *Chanel no. 5* y *Carolina Herrera*. Claro, comprados en las perfumerías que imitan al original.

Su cabello largo brillante con algunos toques blancos de sus canas, forman una trenza que inicia con una peineta, la cual acomoda frecuentemente para recoger los cabellos que, rebeldes, se desacomodan con el ir y venir de las horas.

Su humilde casa de techo de lámina es un único cuarto que hace las veces de sala, cocina, comedor y recámara, pero con sus cuatro paredes de color marfil recién pintadas. Amueblado con estantes viejos o reciclados que parecen empeñarse en seguir de pie y que guardan recuerdos de fiestas, invitaciones y figuras de cerámica, además de medicamentos, por aquello de que el tiempo no perdona.

En una de las esquinas está el altar a la Virgen de Guadalupe con sus flores, su veladora, otros santos de la devoción de Benita y una rosa hecha con una servilleta de papel, el ornamento más emotivo de todos. En el mismo lado del altar, pero en la otra esquina, está una estufa de seis quemadores, regalo del día de las madres de su hija Lorena y su yerno Jesús. Entre el altar y la estufa, al centro del cuarto, se observa una mesa de comedor redonda con seis sillas.

Dos sillones viejos, con algunas partes hundidas y almohadas como cojines, hacen las veces de sala; uno de los sillones, de tres plazas, está a un costado del altar, flanqueado en el otro lado por una cama matrimonial. El otro sillón, de una plaza, está frente al comedor, en medio de un pequeño pasillo formado por la cama matrimonial y otra individual, para las noches en que su nieta Tania se quedaba a dormir con ella.

Todo lo descrito, da vida al hogar de Benita, un hogar que a pesar de las propuestas rechazadas por ella de tirarlo y rehacerlo con su loza y techo tiroleado, es amado por Benita tal como está, porque lo ve como la representación de su libertad y su lucha.

Quien la ve afuera de su casa, sentada en un bote de esos que se usan para acarrear agua, con los brazos cruzados sobre su pecho vencido por la gravedad a causa de la edad que inevitablemente transforma el cuerpo, añorando los días en que lo hacía acompañada de su amiga, de su hermana Paulita, a quien enterró hace poco y con quien se reía de la vida, lloraba por la misma, recordando anécdotas y sus años de infancia y juventud en los que se levantaba con el olor a fresas, no imagina todo el dolor que encierra su memoria, las noches en que se siente sola y triste al evocar el pasado, al renegar del presente que le arrebató a uno de sus hijos, y preguntándose por qué tuvo que vivir todo aquello...

Cuando recuerdo la vida retedura que me ha tocao vivir, no puedo más que pensar que tal vez mi Señor Santísimo así quiso que ocurriera, pus de esa manera aseguraría mi silla a su lao coronada por ángeles como premio por mi aguante a tanto catorrazo. Al menos eso me decía mi mamita, que en realidá era mi suegra.

Aunque la mera verdá no entiendo por qué tuvo que ser así, si dicen que una mujer fuerte (de carácter) cría hijos fuertes, y mira que mi mama (la que sí me parió), doña Crecencia (bueno, Má Chen pa' la familia) tenía un carácter de los mil demonios y era reestricta con nosotros, tan diferente a mi papa, él nunca le pegó, y a mí una sola vez , a la contra de la costumbre en los hombres de rancho, y no tan rancheros, porque conozco cada historia de hombres de ciudá que pa' qué te cuento.

Crecencia vivía en la hacienda “El conejo”, allá en Guanajuato. Su papá, don Rosalío Díaz era el mayordomo y se dedicaba al control y cuidado de lo que se cosechaba y se guardaba en el granero. Cuando nació Crecencia, en 1919, estaba por terminar la lucha armada por la distribución justa de las tierras, aunque no la búsqueda del campesinado por una verdadera justicia. Con el lema zapatista de “La tierra es de quien la trabaja”, don Rosalío, luchaba por ser beneficiario de los ideales del agrarismo, y exponiendo su vida y la de sus hijos adolescentes, se enfrentó a los Villistas para proteger “El conejo” de los saqueadores, con el apoyo de los peones. Por su esfuerzo y la sangre de muchos campesinos valientes, al culminar la Revolución, el agrarismo vio esbozos de luz, al menos para él y su familia, y al quitarle las tierras al patrón y con la repartición, le tocó una tierrita.

Sabino Sánchez, nativo de San Javier, Guanajuato, nació 14 años antes que Crecencia, cuando Porfirio Díaz intentó transformar la Ciudad de México en el hermano gemelo de Francia, al llenar la urbe de *boulevards* y *chalsés*. Aunque en provincia, ese idealismo y aparente progreso eran algo desconocido, utópico.

Sabino era campesino, su familia poseía algunas tierras y unas cuantas vacas y borregos. De su familia no se sabe mucho, sólo que su padre, don Cornelio Sánchez, tenía algunos hijos, medios hermanos de él.

Las vidas de Crecencia y Sabino se cruzaron un día por argucia del destino, como se cruzan inevitablemente las manecillas de un reloj.

Mis papás vivían cerquita, no tanto, pero sí como pa´un día tener que toparse uno con el otro, por eso se conocieron de lejitos, de miraditas, pus en ese entonces, por ahí unos años después de que acabara la Revolución, ni una mujer honorosa podía tener acercamiento con sus pretendientes, más que por cartas, y eso a escondidas de los papás. No, si no era como ora que las muchachas pueden tener hartos amigos y ni quien diga nada; antes con tan sólo tocarse las manos ya era deshonor y hasta exigían casorio, imagínate.

Creo que mi papa se deslumbró con la belleza de mi mama, porque me han contao que ella era blanca y llamaba la atención con su cabello largo, su cuerpo delgao y sus ojos como entre verdes y miel, era muy bonita, tanto que le decían “La Dalia”; seguramente si él hubiera tenido chance de conocerle el humor no tan fácil se la lleva.

Pero mi papa tampoco cantaba mal las rancheras, y siempre andaba bien arreglao, con sus chamarras de piel y sus botas bien boleadas. Él le doblaba la edá a mi mama cuando le mandó el recaó decisivo pa´ que escaparan juntos, y cuando ella tenía como 14 años, luego de echarse las miraditas que te cuento y de que a escondidas se mandaran cartitas con Sara, una sobrina de mi papa, que se la roba. Se metió al corral onde estaba mi mama y se la llevó a fuerza. Días después regresaron pa´ que don Sabino, o sea mi papa, pidiera

formalmente a mi mamá en matrimonio. Aunque mi abuela materna, Guadalupe González, no quería a mi papá, tuvo que aceptar el casorio, pues ya se habían ido juntos.

Mi mamá me contaba que aunque en principio no se casó enamorada, con el tiempo y como mi papá no era como los otros hombres golpeadores y borrachos, sí llegó a querer a “su señor”, como ella le decía. ¡Qué bueno que al menos ellos sí se quisieron!

Cuando las muchachas se iban con los novios no tardaban mucho en encargarse al primer hijo, a menos que estuvieran secas o enfermas y les costara trabajo, pues mi mamá no fue así y luego nació mi hermana Chona, bueno, en realidad se llama Asunción, pero así le decimos.

Yo nací dos años después que ella, el mesmísimo día que nació don Benito Juárez, pero creo que no es por él que me llamo Benita, sino por San Benito. Ese día también es cuando entra la primavera, aunque yo diría que más bien mi vida ha sido como el invierno, que es cuando el frío cala hasta los huesos y es retedificil que floreen las plantitas porque les falta calor.

Después de todo lo que te voy a contar, no creo estar segura de haber querido nacer tan pronto, pues la segunda en la lista fui yo, la segunda hija de don Sabino Sánchez Medina y doña Crecencia Soledá Díaz González...

- **La fragancia de las fresas y las historias de mamá**

Cuando Benita nació, en 1937, Lázaro Cárdenas era presidente de México, y los vestigios del agrarismo no eran suficientes para subsanar la pobreza y el hambre en las miles de familias de los campesinos sobrevivientes a la lucha armada. Si bien las tierras ya eran de muchos de los que las trabajaban, éstos desapercibían los medios para hacerlas prosperar.

Cárdenas alguna vez visitó Irapuato, Benita aún no nacía cuando eso sucedió, pero lo supo porque años después, con la virtud de la televisión de atrapar y transmitir imágenes para la posteridad, su mamá, al verlo en un programa, le mencionó que lo conoció en persona, cuando hacía su campaña rumbo a la presidencia, aunque ni Crecencia, ni ninguna mujer mexicana tenían derecho a votar.

La extensión de las redes ferroviarias fue clave durante el Cardenismo. El tren, que ya existía desde finales del siglo XIX, introducido en México durante el Porfiriato, apenas tomaba realmente un rumbo empresarial, más que ornamental, y en muchas comunidades alejadas había quienes sólo habían escuchado hablar de esas máquinas de vapor, pero desconocían la experiencia de ver uno físicamente, tocarlo, abordarlo.

Irónicamente, para muchos, su vigoroso silbato era pregonero de incontables aventuras e historias habilitadas por este medio de transporte y esparcimiento, pues con sus vagones para pasajeros con baños, compartimientos con camas, restaurantes y tiendas, era como sumergirse en una experiencia de primer mundo. No debía haber un destino determinado, el solo hecho de viajar en un *pullman*, brindaba la anécdota.

En San Javier lo único que conocían para transportarse eran las carretas jaladas por mulas o caballos, que debían sortear las brechas de suelo disparejo, enlodado en época de lluvias, que irremediabilmente salpicaba los pies vestidos con huaraches de petatillo tanto de los pasajeros como del arriero, o de los caminantes, que eran los más. La agricultura y el criadero de animales, permitían el autoconsumo y pocas eran las veces que los habitantes tenían la necesidad de viajar a Irapuato, la ciudad próspera inmediata que les proveía de servicios como el médico, del cual carecían en el pueblo, entre muchos otros.

...Recuerdo... mi primer recuerdo... aquel silbido reduro de la primera vez que pasó el tren por San Javier, Guanajuato. Es bien chistoso acordarme cómo corrimos todos hasta la casa onde tenían al Señor de la Misericordia, todos hincaos rezando las oraciones que nos supiéramos; el sonido se oía como si viniera de muchos laos a la vez, y pensábamos que nos estaban atacando por la humadera que echaba, o que algo del demonio había llegao al

pueblo. Y no sólo nos espantó el tren, también la primera ocasión que pasó volando un avión creímos que nos iban a bombardear y que era el fin del mundo, y otra vez a correr a rezarle a Diosito.

Por la pobreza de la gente era bien difícil que hubiera una iglesia, un templo onde adorar a nuestros santitos. Por eso en una casa tenían al santito del rancho, que todavía se venera cada seis de enero. Él tenía su cuarto especial, lleno de flores y regalos humildes que la gente le llevaba en agradecimiento por alguna caridá. El Señor de la Misericordia era de mis abuelitos y ellos lo entregaron al rancho pa' que tuviéramos un patrono.

A hoy, también veneran a Manuelito de Atocha cada Jueves de Corpus, o sea que en el rancho ya tienen dos santos patronos, aunque la fiesta del niño sea muy modesta, pero va todo el rancho a festejarlo.

Él era de la suegra de mi hermana Pera, ella es una de mis hermanas más chicas. La mamá de su esposo se lo regaló a ella, a pesar de que sus propios hijos se lo pedían.

Cada que va a ser su día, Pera, junto con sus nueras y algunas señoras que se acomiden, hacen comida pa' la gente del rancho: arroz, frijoles, fideo seco, carnitas (si se puede), de hecho siempre se hace eso pa' las fiestas, desde que yo estaba chica, pero al niño también le compran su pastelito, pus al cabo es como si fuera su fiesta de cumpleaños.

Dicen que el material del que está hecho Manuelito no es como ninguno que ora exista y que si lo vas a ver con fe él se chapea nomás uno va entrando al cuarto onde tiene su altar, eso sí me consta, así como los milagros que les ha concedido a varias personas de por ahí.

Hace apenas unos años, cuando fue el casorio de Adolfín, hijo de Pera, mientras estábamos en la pachanga, llegaron unas muchachas pa' pedirle por su hermano que se había ido a los Estados Unidos varios días antes y no tenían razón de él. Luego de pedirle y rezarle se fueron ya con la fe en que Manuelito iba a interceder por ellas. Pasó como una hora y nos dio harta sorpresa al verlas regresar bien contentas, hasta llorando de alegría, pa' darle gracias al niño, porque en cuantito llegaron a su casa su hermano les llamó pa' comunicarles que estaba bien y que no se preocuparan.

Manuelito de Atocha sale mucho a hacer milagros y cuando eso pasa se le pierde a mi hermana y nadie lo encuentra ni en su nicho ni en la casa, y cuando lo vuelven a jallar tiene todos sus zapatitos raspaos

y sucios. Pera los tiene bien acomodaditos y también guarda los juguetes que le llevan pa' darle gracias.

Seguramente si en ese tiempo que pasó el tren por San Javier hubiera estao también Manuelito unos nos hubiéramos repartido con él y otros con el Señor de la Misericordia.

Ese mismo tren que aquel día nos espantó, también causó lágrimas de dolor, porque cuando yo tenía como siete años se llevó a mi papa y a los papás de muchos niños del rancho y de otros cercanos a San Javier, hasta Estados Unidos. Nos habían dicho que se los llevaban a la Guerra Mundial y por eso a moco tendido toda la pipiolera se aferraba a las ropas de sus papás pa' que no se fueran, mientras mi mama, a pesar de lo feo que sentía, no dejó caer ni una lágrima siquiera. Pocas veces fueron las que la vi llorar, y yo sólo pensaba que no le importaba que se lo llevaran al matadero. En cambio, mi papa, que siempre fue muy noble, nos dio su bendición entre lágrimas.

Cuando el tren partió de la estación El Rosario, con su andar lento al principio mientras agarraba carrera, todos los chiquillos corrimos como queriendo detenerlo, pero cada vez iba más duro y nunca íbamos a alcanzarlo.

Aunque muchos campesinos ofrendaron su vida por los ideales del agrarismo, con el tiempo el gobierno no brindó el apoyo suficiente para que trabajaran la tierra, así que el hambre y la escasez del trabajo los hicieron sus víctimas, y no sólo a ellos, también a sus familias. Por ello, tuvieron que buscar la manera de sobrevivir, de llevar alimento a las bocas de sus hijos.

La Segunda Guerra Mundial, obligó a muchos mandatarios a reclutar a hombres en edad madura y productiva para pelear en nombre de su patria. Estados Unidos no escapó a esta situación y por ende, carecía de mano de obra para sus campos agrícolas, por lo tanto impulsó el Programa Bracero, en 1942.

Este programa parecía un destello de luz dentro de la oscuridad, los “gringos” abrían su frontera al campesinado mexicano y los campesinos, a su vez, brindaban la fuerza de sus brazos y su amplia experiencia para trabajar los campos agrícolas norteamericanos.

Sabino Sánchez fue uno de los empobrecidos campesinos que intercambió las largas jornadas bajo el sol infructíferas al lado de su familia, cerca de sus amigos, por las largas jornadas bajo el sol mal pagadas con dólares en un lugar desconocido y ajeno, en donde despertaba solo, a cientos de kilómetros de su San Javier.

Cuando partió de la estación “El Rosario”, iba con muchos otros compañeros de anhelo, quienes igual que él, desconocían toda palabra en inglés. Compartió por horas un vagón mal oliente, medio oxidado, incómodo para el largo viaje. En Ciudad Juárez, un escalón antes del sueño americano, firmó un contrato del que apenas entendía su nombre, y luego en El Paso, Texas, lo bañaron, lo desinfectaron con extraños polvos blancos y lo entregaron a su patrón.

De ser dueño de la tierra, Sabino pasó a ser peón, produciendo para otros y “regalando” su conocimiento sobre la siembra y la cosecha. La única forma que tenía para comunicarse con su familia y enviarles dinero era el correo.

En cuanto a mensajería, el correo era el medio más popular, único, para ser más explícitos. Aunque la carencia de un transporte más ágil, lo hacía lento, deficiente y, hoy, hasta de dudosa reputación por el saqueo de paquetes documentado.

Como a los nueve meses, con la primera carta que llegó al correo de Irapuato, y los primeros dólares, supimos bien que los hombres se habían ido de braceros pa´ trabajarles a los gringos, porque como había guerra, no tenían mano de obra pa´ sus tierras y mi papa se dedicó a cortar naranjas en Los Ángeles, California. Mi mama tenía que ir hasta Irapuato a preguntar seguido si había correspondencia pa´ ella, y ya con cada carta, mi papa le adelantaba más o menos en cuánto tiempo le mandaba la siguiente.

Cuando mi mama iba por los verdes que le mandaba mi papa se los cambiaban ahí mismo en el correo. Pa' nosotros era un gozo, porque nos traiba bolillo, nuestro refresco y un pedazo de queso. Nos hacíamos una torta de queso con chiles en vinagre, y como en San Javier no se veía eso, pus era la pura buena vida.

Mientras mi papa estuvo en los Estados Unidos nunca nos faltó pa'l taco. Los dólares que mandaba no eran muchos, pero sí suficientes pa' tortillas, frijoles y nuestra buena *Coca-Cola* cuando se podía.

Pa' ese entonces, además de Chona y yo, también estaba Juana, que era más bien nuestra prima y ahijada de mi mama, porque ella y mi papa la bautizaron, pero como sus papás murieron en un accidente, mi mama la recogió cuando tenía como tres años. Ella nunca sintió la mano de mi mama, a lo mejor porque era quien en todo le obedecía, sin chistar, pero no dejo de pensar que no fue por falta de ganas, sino de confianza.

Entre las tres le ayudábamos a mi mama a los quihaceres de la casa, mientras ella amamantaba al bebé en turno. La verdá siempre fue flojilla pa' eso y casi todo nos lo dejaba a nosotras.

Desde que mi papa se fue al otro lao, más bien, desde que se fueron los hombres, también se fueron las lluvias y hubo sequía y la tierra no producía. Esa sequedá que todos llamaban "calamidá" duró como tres años, incluso cuando mi papa regresó siguió sin llover.

Yo ya tenía diez años y fue algo muy bonito ver a mi papa bajando del ferrocarril y poder abrazarlo otra vez, aparte como yo era muy rebelde y traviesa, mi mama me daba mis buenos trancazos y así mi papa ya me iba a defender porque siempre fui su consentida; él me decía "tiernita".

—A mi tiernita no me le andes pegando, por favor —le pedía a mi mama con mucho respeto. ¡Ah, cómo quise a mi papa!, él no se atrevía ni a decirnos tarugos siquiera.

Luego de recibirlo en la misma estación de ferrocarril que tiempo atrás lo había alejado de nosotros, nos fuimos a la casa bien contentos pa' que mi papa nos platicara todas sus anécdotas, y ya estando ahí, lo primero que hizo fue repartirnos unos regalos que nos había traído del otro lao: jabones *Camay*, *Jardines de California*, *Rosa Venus*, pañoletas pa' l cabello y pantalones *Livais* y camisas vaqueras pa' mis hermanitos hombres. Con todo eso, nos sentíamos los ricos de San Javier.

Entre los regalos había dos libros que recuerdo muy bien: *Anita de Montemar*¹ y *Genoveva de Brabante*.² Nunca los leímos, pero conocíamos muy bien su historia porque mi mama, con tal de no hacer quihacer nos decía que mientras nosotras lo hacíamos ella nos leía los libros, y como a ella le enseñó mi papa a leer y escribir, por eso nos tenía chille y chille mientras una lavaba los trastes, otra barría y yo molía el nixtamal en el metate.

¹ *Anita de Montemar* fue escrita por Leandro Blanco y publicada en 1944 por Libros y Revistas, S.A. Narra el drama maternal de una mujer (*Anita de Montemar*), quien al enterarse que es estéril, cifra su felicidad y su familia en una hija adoptada (*Alicia*), sólo para descubrir que la niña es el producto de la infidelidad de su marido (*Carlos Miranda*).

La mayor importancia de esta historia se dio antes de su publicación, cuando era un guión escrito para el género de la radionovela, con el título de *Ave sin nido*, protagonizada por Emma Telmo y transmitida por la XEW en marzo de 1941. Con dicha serie, llegó el auge de las radionovelas en México y abrió el panorama para muchas otras, incluso, a partir de ese año se transmitían por la "Catedral de la Radio" cinco radionovelas al día. Véase Fernando Avedov, "Los primeros años de trabajo", www.wradio.com.mx/historia.asp?id=196949, acceso 17 de diciembre de 2008.

Asimismo, en 1967, bajo la producción de Valentín Pimpstein, el mismo Leandro Blanco adaptó la historia para su transmisión por televisión. Amparo Rivelles (*Anita de Montemar*), Magda Guzmán (*Carlota*), Raúl Ramírez (*Carlos Miranda*), Irma Lozano (*Alicia*), Sara García, Carlos Navarro, Jorge Lavat, María Eugenia Ríos, Fernando Mendoza y Jorge Mateos participaron en dicha telenovela. Véase www.univision.com/content/content.jhtml?cid=156851, acceso 17 de diciembre de 2008.

² En *Genoveva de Brabante*, se narra la historia de dicha mujer, quien es calumniada por su mayordomo, Golo, cuando éste inventa a su esposo, Sigifredo de Treves, que ella le fue infiel, por lo tanto es aprisionada y da a luz un hijo, el que, según el mayordomo, es bastardo. Sigifredo manda matar a madre e hijo, pero los criados se limitan a dejar a ambos en el monte. Mientras Genoveva y su hijo viven en el exilio, una cierva la ayuda a cuidar al niño e incluso lo amamanta. Mucho después, Sigifredo encuentra a Genoveva durante una cacería, guiado por la cierva, y se entera de la verdad. Se reconcilian, y el mayordomo es asesinado por su injuria, pero a causa de su vida en el monte, la salud de Genoveva está muy afectada y muere poco después, por lo tanto, Sigifredo y su hijo entran en un asilo religioso. Véase Cristóbal, Von Schmid, *Genoveva de Brabante*, Riopiedras Ediciones, 1959, 151 pp.

Existe una edición de este libro impresa en Barcelona, registrada en 1859 que puede considerarse como la primera. En 1947, Primo Zeglio, con el apoyo de la casa productora VI-VA FILM, dirigió en Italia la versión para cine de *Genoveva de Brabante* (*Genoveffa di Brabante*), con las actuaciones de Harriet White, Gaar Moore, Oretta Fiume, Enrico Glori, Ugo Sasso, Dino Maronetto, Guido Notari, Nerio Bernardi. Guión de Fulvio Levi, Evelina Palmieri y Primo Zeglio. Director de fotografía: Gabor Pogany. Música: Piero Gorgi. 35 mm. B/N. Véase www.mundocine.net/Genoveva-brabante-pelicula-28464.html, acceso 17 de diciembre de 2008.

Era tan hermoso escuchar esas historias, imaginarnos cada parte que mi mamá nos contaba, que si Anita de Montemar no podía tener hijos y por eso fue muy desdichada hasta que adoptó una niña junto con su esposo y así fue feliz por un rato porque después se enteró que su esposo le puso los cuernos y la niña era realmente hija de él; o que si Golo el mayordomo de Genoveva de Brabante la acusó injustamente de serle infiel a su esposo Sigifredo mientras él estaba en la guerra y hasta inventó que el bebé que ella esperaba era un bastardo, sí creo que así se le dice a los niños que no son legítimos de sus papás.

Y aunque le fregábamos bien y bonito, no nos importaba mientras escucháramos esos relatos. Pa' que me entiendas, oír y crear en la mente cada pedazo de historia era un desahogo pa' nosotras dentro de nuestra pobreza.

En San Javier no había luz eléctrica, los pobladores se alumbraban con un objeto que ellos mismos hacían y que llamaban "aparato". Se trataba de un frasco con petróleo al que perforaban en la tapa y le metían un cordón como mecha y lo prendían hasta que el petróleo se consumía y lo rellenaban.

Y como no había luz, menos radio. La única música que oían era la de los animales que cuidaban: borregos, vacas, bueyes, gallinas, gallos, entre otros, o la que producía el viento al mover armoniosamente las ramas de los árboles, que en otoño, dejaban caer inevitablemente sus hojas secas. Ése crujir de la hojarasca junto al fragor de la tierra mojada, ambientaban las calles empedradas y lodosas en época de lluvias.

Sólo cuando había fiesta o celebraban al Señor de la Misericordia tenían la oportunidad de escuchar música que llaman "de viento", gracias a las tamboras o bandas, con trompetas, tambores, platillos, trombón, tuba y clarinete.

Para planchar usaban planchas de fierro, las cuales calentaban en un comal. Para calentar el comal o su comida usaban leña seca, porque desapercibían estufas de gas.

Y a pesar de que gracias a las investigaciones de un joven mexicano egresado del Politécnico, llamado Guillermo González Macarena, la televisión a color comenzaba a impactar a un mundo ávido de tecnología, Benita y sus paisanos ni siquiera conocían la de blanco y negro.

La situación académica en San Javier era más que precaria, nula. No había escuela y quien quería estudiar debía ir hasta Irapuato. Pero con la miserable situación económica o comían o estudiaban, y eran los más quienes elegían la primera opción. Había, más bien, una condición autodidacta o de *alfabetismo informal*. Quien deseaba aprender a leer o escribir, acudía con alguien de su rumbo que sí sabía, para que le compartiera un poco de su conocimiento. Eso sí, costara lo que costara no podían dejar de ir al catecismo para recibir el sacramento de la comunión.

Recuerdo que Manuela, una vecinita, en veces nos invitaba a su casa y nos ponía letras, o una vez a la semana nos llevaba a Irapuato a un saloncito que estaba al lao de la iglesia onde oficiaba el padre Ramón Mares.

Ella seguía mucho a los sacerdotes y le gustaba todo lo de la religión, tanto que con los años se hizo monja.

En ese saloncito onde sólo había unas bancas pa' que nos sentáramos, nos daba dotrina, porque era bien importante que supiéramos las cosas de Dios, aunque no las entendiéramos muy bien.

Pa' un día de San José, que es el 19 de marzo, yo hice mi primera comunión. No hubo fiesta ni nada, sólo fue un día como cualquier otro, sin ningún vestido blanco especial como ora se ponen, aunque con la diferencia que recibí a mi Señor Jesucristo por primera vez junto con muchas otras niñas y niños.

Luego de la dotrina, también repasábamos las letras y los números. Yo no era muy buena pa' las cuentas o pa' escribir, pero al menos ya sabía si tal camino iba pa' allá o pa' acá y ya no me hacían mensa tan fácil.

Y si no había escuela en el rancho, pus mucho menos doctor ni hospital, y luego de que mi papa regresó de los *Yunaited*, se vio muy malo de sus rodillas y no podía trabajar o estar yendo a Irapuato a que lo revisaran, por eso yo le ayudaba a mi mama yéndome a pepenar papa, cacahuate, jitomate, chile, maíz, trigo.

Todavía en un último esfuerzo, y como la calamidá seguía y no quería llover, mi papa se iba a unos pozos que les llamábamos “los motores” pero que en realidá eran los pozos de El Cerrito y El Cuisillo. Él juntaba los botes lecheros que podía, los amarraba a dos burritos que teníamos y agarraba camino. Dilataba en regresar como tres días mi pobre padre.

Manuela, de quien te platicaba y que luego también fue mi cuñada, pasaba por mí pa' recolectar papas.

Antes de irme le decía a mis hermanitos que juntaran harta raja de buey, que viene siendo la caca seca del buey, con perdón tuyo, pa' que cuando llegara, con las papas bien lavaditas, las metiéramos en medio de todo lo juntao y le prendiéramos fuego pa' que ardiera toda la noche. Luego, en la mañana, sacábamos las papas, le quitábamos la cáscara y nos las comíamos con sal y un molcajete de chiles machacaos. No creas que sabían a caca, no, quedaban bien cocidas y bien ricas.

Con un tío mío, que era hermano de mi papa, me iba a recolectar fresas. Cuando era su temporada se les veía por varios plantíos, pus era común en la región sembrarlas. Todavía ora los turistas y los mismos lugareños las buscan mucho.

Las fresas junto con la cajeta son lo más conocido de Irapuato, los productos que han situado a dicha ciudad en el mapa internacional. Sin hacer a un lado a las momias, y como San Javier está muy cerca, ha adoptado inherentemente éstas características representativas.

Nunca se me olvidará ese rojo encendido que llenaba la tierra, tan brillante como el sol cuando quema más en el día, esa vista se pintaba con unos toques verdes de las hojas de las matas. Era un olor tan rico el de las fresas combinado con el de la tierra mojada, y aunque digan que comérselas sin lavar hace daño, pues uno qué sabía de eso y yo me las comía mientras juntaba mi ración. A mí me tocaba media canasta, y también, siempre que me iba a la tierra, cortaba mi ramito de claveles pa' irle poniendo a los muchachos uno en sus sombreros. No, si ésa era la única forma que uno se podía acercar a ellos.

En los campos de fresas también sembraban frijol y maíz, y cuando se descuidaban yo cortaba las vainas y los elotes y me los escondía en una arganita, que era como un morral tejido. Del frijol juntaba una cocida, que viene siendo como un kilo, y del maíz como una docena de elotes.

Un señor que se llamaba Jacinto, me daba permiso de recolectar trigo y así yo le ayudaba a él y él a mí, porque me daba mis dos costales.

Alrededor de los campos había también mucho mezquite y yo cortaba las vainas pa' cocerlas.

Los mezquites son unos árboles muy grandes y resistentes, capaces de soportar los climas más extremos, como la sequía a la que Benita se refiere. A pesar de no recibir la suficiente agua, pueden dar sus frutos, que a la vez son semillas. Pero pueden llegar a ser también un problema, porque esa misma fortaleza hace posible su fácil proliferación.

Cuando ya empezó a llover, los mezquites eran una molestia pa' algunos campesinos, porque roban la humedad a los pastizales y pa' tirarlos es bien difícil pues con un piccito de ellos que quede en la tierra nace un mezquite nuevo.

Las tunas se daban mucho por las nopaleras que crecen en todos los laos. Yo las juntaba también y dependiendo de su tamaño y dulzura era como les llamábamos. La más dulce era

la aguamiel, la más semilluda era la gigante, la más chiquita, pero muy sabrosa era la negrita, y las tonas eran las más grandes de todas.

Yo llegaba con tanto gusto porque mis hermanitos podían comer.

Mi mama me pedía que me fuera a lavar con unas viejitas a la presa “El Porvenir”, me acuerdo que era, y es, porque todavía existe, grandota, con su borde alto y sus compuertas. Nosotras lavábamos en las piedras, y cuando terminaba llenaba de lavar, regresaba a mi casita pa’ tender la ropa, llenaba como tres o cuatro lazos.

Después, cuando se acabó la calamidá, luego de que lavaba, mi mama me decía que ya no había agua pa’ tomar y yo tomaba mi cantarito y me iba caminando hasta el pozo más cercano que ya tenía agua, pero como estaba muy chiquilla no podía acarrear tanto, así que tenía que echar unos diez viajes pa’ completar lo que se necesitaba en el día.

También traiba agua pa’ regar las plantas que teníamos en las orillas de la casa, eso me encantaba, más cuando al estarlas regando, que ya estaban bien floreaos los geranios, pasaban los muchachos y me decían:

— ¡Güera! ¿Me regalas una flor?

—Ésa es flor de mi huerto —les decía mientras se las ponía en sus sombreros. ¡Ah!, pero que mi mama no se enterara porque me cuereaba, aunque los jóvenes no mal pensaban de uno, pus era muy chamaca y creo que ellos lo veían como una gracia.

De niña no tuve amigas, aunque de más grandecita sí tuve dos, Luisa y Herminia. Mi mama decía que ella era nuestra amiga y que no necesitábamos más. Casi nunca salimos a pasear, si salíamos era pa’ pepenar, bueno, más bien yo fui la única que me animé a eso, mis hermanas sólo ayudaban al quihacer.

Una de las pocas veces que mi mama nos sacaba de paseo era el miércoles de ceniza. Pa’ ese día, ella nos hacía unos vestidos de percal muy bonitos, el mío tenía muchos cordones y

un moñote grande atrás, de color verde limón, ese color me gustaba hartito, porque como tengo mis ojos como verdes yo sentía que mi mirada tenía luz.

Ese miércoles, que es cuando empieza la cuaresma antes de Semana Santa, nos levantábamos temprano y mi mamá nos hacía tortitas de camarón con nopales en chile guajillo, y de postre capirotada con atole.

Todos nos sentábamos alrededor de una tabla que nos servía de mesa, mi papá le llamaba “el parian”.

—Vengan, acérquense al parian pa’ que se echen un taco —nos gritaba, y comíamos con tanta alegría que deseábamos que ese día durara mucho, mucho, porque normalmente nuestra comida eran sólo frijoles, nopales y aguüita de xoconostle, que era como un caldo y lo hacíamos con manteca. Primero, pelábamos los xoconostles mientras se calentaba la manteca, cuando ya estaba bien derretida y caliente los echábamos con su chile guajillo, cebolla y cilantro, con agua y hasta que hirviera.

Luego de comer, Benita y su familia iban a un campo de fútbol, casi igual a los de ahora, de los llamados “llaneros”, con tierra seca y tan suelta que a la mínima pisada se levantaba el polvo y ensuciaba sus pies vestidos con huaraches de petatillo. Dicho campo hacía el papel de iglesia improvisada, estaba rodeado de pirules y en la actualidad fue reemplazado por la carretera que comunica a San Javier con Irapuato. Los pobladores se reunían para esperar al sacerdote que mandaban precisamente de Irapuato para officiar la misa e imponer la ceniza. Bajo el sol y de pie, aguardaban el sonido del galope de los caballos que jalaban la carreta donde venía el presbítero.

“Polvo eres y en polvo te convertirás”, se escuchaba cada que alguien recibía la cruz en su frente, y luego, con un acto de contricción se hincaban para agradecer a Dios y para hacer promesas en silencio, sin importar empolvarse las rodillas.

Los jóvenes hacían una fila, recargados en una cerca que fungía como puerta del rancho, y aunque ni Benita ni sus hermanas tenían permitido voltear a verlos, al menos de reojo alcanzaban a observarlos. A pesar de ello, “las Sánchez” eran muy populares por su belleza y ojos claros, así que quienes se recreaban la pupila con ellas eran los muchachos.

Nosotras no podíamos ni voltear a ver a los hombres, teníamos que caminar con la cabeza agachada, pero al menos un poquito, sin que mi mamá se diera cuenta, nos dábamos un taquito de ojo, y ellos con nosotras, porque se oía que decían:

— ¡Ahí vienen las Sánchez!

Otro día que recuerdo como una celebración especial pa’ las muchachas era el día de San Juan, que se celebra el 24 de junio. Me levantaba a bañar como a las cuatro de la mañana, porque decían que el agua estaba bendita, me ponía un vestido muy bonito, mis huaraches de petatillo y estrenaba, como todas las muchachas del rancho, un babero que yo misma bordaba. Molía el trigo en el metate y con la harina que salía hacíamos panes.

Con esos panes que preparaban las muchachas de San Javier, iban recorriendo las calles del rancho, presumiendo sus mandiles bordados por ellas mismas, mientras los varones les repartían gardenias y les aventaban serpentinas de colores. Benita bordaba su mandil con flores de colores vivos desde varios días antes, pero no podía mostrarlo porque ni ella ni sus hermanas podían salir a ese festejo.

Pero, a pesar de que nosotras no íbamos a ese recorrido, los muchachos nos mandaban a escondidas nuestra gardenia con alguna vecinita.

A Juana su gardenia se la mandaba Jesús, que era su novio de palabra, y a mí, en especial, mi gardenia me la mandaba el que según por una carta era mi novio, se llamaba Aristeo, un joven alto, muy guapo, de ojos verdes.

Aristeo, bueno, todos le decíamos Teo, era un vecinito que diario pasaba arreando sus chivas arriba de un caballo, vistiendo unas camisas muy bonitas y brillosas de satín y cuando yo terminaba de moler el nixtamal le ofrecía a mi mama darle de comer a los puercos, pero nomás pa' verlo por un hoyito de la cerca. Él no me miraba, pus cómo me iba a ver si yo estaba escondida y él muy galante encima de su caballo. Cuando ya estuvimos frente a frente y por fin me vio, fue un día que celebraron misa en el campo de la pelota, yo iba con Manuela y como no había quien recogiera las limosnas, que me toca a mí. Aristeo iba con su papá y con su mamá, doña Manuela Rodríguez, quien era maestra y por eso de las más respetadas y ricachonas de San Javier. Luego de que ora sí me vio, se me acercó muy seriecillo:

— Güera, quisiera hablar con usted.

— Cállese, que no ve que ahí está mi mama —le contesté rápido, sin mirarlo y casi sin mover los labios.

Y como ya no pudimos hablar, a otro día me mandó una carta y unas peinetas floreadas con su hermana Guadalupe, que le decíamos la Yuyis.

—Yuyis, la carta sí te la agarro, pero las peinetas no te las puedo aceptar, total, la carta la rompo y la entierro o la encajo aquí en la cerca, pero las peinetas ónde las escondo, y si mi mama me las cacha no me la acabo. Pero dile a tu hermano que sí, sí quiero ser su novia.

Eso de que era mi novio, pus sólo de palabra y ni era en serio. Con el tiempo él se convirtió en mi concuño porque se casó con Luz, una hermana del que fue mi esposo.

Un día que hubo unos quince años en el rancho, de una muchacha que le decíamos Cuya, a la que pa' variar yo no fui, pero Luz sí, Teo se puso bien borracho y como a ella le gustaba él, pus ni tarda ni perezosa aprovechó la oportunidad y él ya todo amensao que se la lleva. Pero ya cuando le llegaron las crudas, la de la emborrachada y la moral, me pedía en una carta que me mandó con Yuyis, que nos fuéramos, que no la quería, que me quería a mí y que su misma mamá, que por cierto me quería mucho, nos daba dinero pa' que nos

fuéramos y viviéramos un tiempo, pero yo, orgullosa como yo mera, sólo le hice saber que no era plato de segunda mesa y que él ya había escogido su destino.

Aunque si lo pienso bien, la que en ese momento sentenció su destino fui yo.

Nunca pude ir a una fiesta sola, sólo íbamos cuando iban mis papás, y eso si mi mama quería, porque a ella nunca le gustó, decía que no teníamos nada a qué salir.

Una vez hubo un baile en casa de una comadre de mi mama que se llamaba Enriqueta, ella vivía casi al lao de nuestra casa y festejó el santo de su esposo, Pancho Negrete, y como mi mama no quiso ir ni que fuéramos, su comadre le llevó su itacate de arroz, fideo seco y carne, y le pidió que asistiera al menos un ratito, pero ni así quiso.

Ese día a mí me dio mucho coraje que no nos diera permiso de ir, pus al cabo qué le costaba, y platicando con Chona sólo le dije:

— ¡Ay, hermana!, no nos dejó ir la corajuda, ¿por qué otras mamases se mueren y ésta no se ha muerto?

Y nada más vi cómo mi hermana peló los ojos y cuando menos sentí, mi mama, que había escuchao todo, me sorrajó una piedra en la cabeza y empecé a sangrar. Mi hermano Estanislao, que de cariño le decimos Nilo, se dio cuenta y le reclamó, pus él me defendía, pero también le tocó y ya andaba con su boca floreada.

Ya lueguito estábamos los dos chille y chille bien abrazaos, cada quien con su herida. En eso llegó mi papa, y al ver mi chipote y la boca hinchada de mi hermano se enojó y sí le dijo a mi mama:

—Oye, mujer, yo creo que ora sí ya te pasaste, ora sí mereces algo también tú.

—Arrímate y a ver de a cómo nos toca —le contestó mi mama sin miedo, y entonces mi papa nos abrazó, nos consoló y a mí me lavó la cabeza y a Nilo le echó limón en la rajada pa´ que le cerrara más pronto.

- *La Robín Hood de San Javier*

No creas que yo era todo trabajo y ayuda pa´ mi mama, no. No creo haber sido mala niña, pero sí muy traviesa, a lo mejor por eso me daba mis buenas friegas. Aunque, qué niño no es travieso, lo que yo hacía no era pa´ tanto, porque dentro de los recuerdos que tengo de mi madre, ella sí fue muy pegalona con nosotros y nunca tuvo mucha paciencia que digamos, hasta nos decía, con perdón tuyo:

— ¡Ay, desgraciadas, mil rayos las partan!

Una de las travesuras que más hacía, pero con buena intención, era sacarle los billetes que mi mama ahorraaba en una alcancía. Cada que ella llegaba de Irapuato con el dinero que mi papa le mandaba del otro lao, lo echaba en una alcancía de barro con forma de fresa y cuando no se daba cuenta con una aguja de tejer le sacaba los billetes.

Pero no vayas a creer que era pa´ mí, sino que lo que le robaba a mi mama se lo llevaba a Tomasita, una señora que vivía como a tres casas de la nuestra y tenía como 15 hijos y era más pobre que nosotros, porque había veces que los niños no comían nada o sólo tunas que se daban en las nopaleras del cerro, y pus imagínate, comiendo puras tunas, se tapaban re feo con las semillas cuando querían ir a la surradera.

Cuando le daba el dinero le decía:

—Tomasita, tome y váyase al pueblo a comprar carne pa´ sus hijos.

Pero como ella no podía dejarlos solos y yo no podía esperarla tanto tiempo como pa' cuidárselos, el que iba a comprar era su esposo, don Daniel, quien cada que yo iba a dejarles dinero me abrazaba y me decía:

— ¡Gracias, mi niña! Que Dios te bendiga y te lo pague.

Pero no sólo le robé dinero a mi mama, también un día que la puerca que teníamos tuvo puerquitos, cuando ya no tomaban leche, agarré una puerquita y se la llevé.

Pa' que mi mama no se diera cuenta que me iba, aprovechaba que le estaba dando chiche al bebé que tenía y yo me saltaba la cerca sin zapatos y sin calzones, pa' que no me estorbaran ni se me atoraran. Sí, sin calzones, porque en veces pus ni me ponía, y con tal de escabullirme hasta le volaba.

Tomasita crió esa puerquita hasta que creció y la vendió, y cada que hacía algo de comer me invitaba a escondidas, porque si se enteraba mi mama eran trancazos que hasta la boca nos coloreaba y nos abría la cabeza porque nos daba con lo que tuviera a la mano, hasta con piedras, y mira que mi mama tenía tan buena puntería, ora sí que onde ponía el ojo ponía la piedra, o también nos daba con la riata del mazote que es esa con la que amarran a los toros en las charreadas.

No odié a mi mama, a la contra, aunque no te voy a negar que durante un tiempo no tenía ganas ni de arrimármele, porque me acordaba de tantas cosas, y cuando murió mi papa, ya estando yo casada, llegué a desear que ella hubiera muerto en su lugar, pero no por odiarla, sino por el inmenso amor que le tuve a mi papacito.

Por eso te digo que a pesar de que yo era traviesilla, no era pa' tanto comparao con las golpizas que ella me daba, bueno, no sólo a mí, también a mis hermanos, pero conmigo y con mi hermano Nilo era más dura todavía; a él le pegaba porque me defendía y ya luego andábamos los dos consolándonos y sobándonos uno al otro.

¡Tan distinto era con mi papa en casa!, incluso, antes de irse a Estados Unidos, él me ensillaba una potranca y me invitaba al cerro a darle de comer a las vacas pa' que mi mama no me pegara mientras él no estaba. Esas vacas que íbamos a alimentar fueron la poca herencia que quedó de mi abuela paterna, doña Casimira Medina, pus cuando murió todo empezó a irse pa' abajo, bien dicen que “el muerto nada se lleva, pero nada deja”.

- **De la obligación al amor puede haber más de un solo paso**

Cuando ya era más grandecita, y como ya había hecho mi primera comunión y mi mama al menos toleraba que tuviera a mis amigas Luisa y Herminia, Manuela nos invitaba a Irapuato pa' escuchar misa y comulgar. Nos quedábamos en la noche en casa de un señor que se llamaba Pastor, y a otro día almorzábamos juntas; en el camino comprábamos nuestro bolillo, nuestro pedazo de queso, chiles en vinagre y una *Coca-Cola*. Yo les invitaba a mis amigas, porque ellas eran más pobrecitas y yo al menos llevaba un dinero que más bien le había sacao a mi mama.

Con Manuela compartí mi gusto por rezar, pus me iba con ella también a los rosarios, y por cantar en las iglesias. Ya era más seguido cuando nos veíamos sólo pa' ir a cosas de Dios, y en uno de esos días conocí, sólo de vista, a uno de sus hermanos más chico que ella, él se llamaba Sebastián.

Como yo ya era una jovencita y estaba en lo que a hoy le dirían la edá de la punzada, no te voy a negar que me ilusioné fácilmente y aquel muchacho callao me gustó y parece que yo a él también, pus después de esa primera vez que nos vimos, las demás veces en que nuestras miradas se cruzaban eran más frecuentes, incluso, una vez se atrevió a mandarme la primer carta con una amiguita mía que se llamaba Pilar. Al leerla me confirmaba que le había gustao y que quería hablar conmigo y con mi mama, pero sólo le contesté que me diera tiempo y que luego a lo mejor.

Y ese luego sí llegó, y entre carta y carta nos hicimos novios, y como por nervios o por miedillo dejé de ir a casa de Manuela, nomás lo veía de lejos cuando araba su tierra o arriaba a los animales.

Sebastián era más grande que Benita por diez años, era alto, de cabello chino y muy negro, moreno oscuro, tanto por herencia como por tantas jornadas bajo el sol, igualmente, por tanto usar los brazos para arar y trabajar la tierra, lo hicieron corpulento. Su familia era respetada en San Javier, de hecho les llamaban “Los Grana”. Su mamá era doña Sabina Hernández y su papá, don Natividad Grana, a él lo conocían como “don Banca Serfín”, porque prestaba dinero a rédito.

Pero no fue eso lo que me animó a irme con Sebastián cuando en su última carta me lo pidió, sino el enfao de la vida tan encerrada y llena de golpes y regaños que me daba mi mama. Acepté la proposición de Sebastián de irnos juntos con la ilusión de empezar una nueva vida.

Pa’ poder escaparnos teníamos que aprovechar algún momento en el que yo pudiera salir, eso sí, sin llevarme nada pa’ no levantar sospechas. Esa oportunidad se dio un día que nos invitaron a una fiesta con la familia de mi mama, y pa’ suerte o por casualidad también invitaron a los Grana. Cuando estaban distraídos nos salimos y agarramos camino. No era muy tarde, de hecho apenas y faltaba poco pa’ que oscureciera, y mientras caminábamos yo quería confiar en que todo iba a estar bien, en que ora Sebastián sería mi señor y yo su señora, soñaba con que seríamos felices y que esa vida de temor se acabaría pa’ siempre. Total, mi mama al ver que estaba comprometida y que había palabra de casorio ya no podría hacer nada.

— ¿Quién es esa muchacha y a dónde la llevas, Sebastián? —oímos que alguien gritó. Era doña Martha, tía de él.

—Es mi novia, tía, y se va ir conmigo, me voy a casar con ella.

— ¿Qué dices, muchacho?, ¡no!, se me va mucho a la chingada. Vámonos pa' la casa porque ya es de noche y está oscuro, no van a andar vagando a estas horas. Mañana vemos qué hacemos.

Y nos llevó a su casa pa' que ahí pasáramos la noche. A mí me acostó en un cuarto con ella y a él en otro, con Pedro, su hijo y primo de Sebastián, y toda la noche estuvo cuidando que no pasara nada entre nosotros. Yo no pude ni dormir, pensando en qué íbamos a hacer al otro día, si me iban a llevar de retache a casa de mi mama o a casa de él. Tenía hartoo miedo.

Si el tema de la virginidad en México es un tabú en pleno siglo XXI, en el San Javier de los años 40 del siglo pasado era demonizado, algo de lo que no podía hablarse, explicarse o mancillarse. El valor principal de una mujer de aquél rancho radicaba en el valor que se diera frente a los hombres. Paradójicamente, a los varones se les inculcaba que para ser “machos”, debían tener el mayor número posible de “hembras”, enseñarles quién mandaba y no permitir jamás, que una mujer contradijera su palabra. Lo más triste y alarmante de todo, es que dicha definición de “macho” no era transmitida sólo del padre al hijo, sino era mayormente arraigada por la parte materna.

Cuando amaneció, Sebastián quería seguir con lo que acordamos y me pidió que nos fuéramos pa' su casa, pero yo me acordé que ahí estaban Luz y Teo, y de repente me agarró más el miedo y me eché a correr a mi casa, pus pensé que si Sebastián y yo no habíamos dormido juntos no había nada de qué avergonzarme.

Todavía cuando crucé la cerca vi el cantarito que diario cargaba pa' ir al pozo a traer agua, pero cuando lo iba a agarrar salió mi mama.

—Con que ya no vales, pus ya te fuiste con aquel hombre —me dijo con hartoo coraje. Parece que ya estaban enteraos en mi casa de lo que quise hacer.

—Mama, no sé de qué me habla, nada pasó, yo...

En eso llegaron doña Martha y su hijo Pedro, que me habían seguido.

—Pus mire, señora Chenchita, ni mortifique a la niña, yo se la traigo igual; a la niña nada me le pasó porque yo la recogí y cuidé que no hicieran nada de vergüenza. Ya orita en la mañana Pedro y yo nos vinimos con ellos y su hija no ha estao sola con mi sobrino.

—Usté no se meta, hasta piensa que le voy a creer.

Y me dieron una friega que nomás no le grité al diablo porque no lo jallé.

Ésa fue la única vez que me pegó mi papa, y sólo por orden de mi mama, pus ella le picó y le picó que si no me iba a dar mi merecido, que si así tan fácil lo iba dejar, que si no iba a hacer valer su autoridá como hombre de la casa. Y creo que entre la tristeza, el enojo y la decepción, mi papa encontró el valor pa´ darme mis buenos trancazos. Aún así, luego se arrepintió.

— ¡Ay, tiernita!, yo no te quería dejar así —me dijo llorando.

—No se preocupe, papito, yo sé —y nunca le tomé odio por eso.

Ya luego que yo andaba con la espalda rajada, aún así me salía a jugar con mis hermanos, corríamos por toda la cerca y yo pensaba que todo había terminao con la joda que me dieron. Pero no. Apenas había comenzao.

Mi mama nunca me creyó y ella seguía exigiendo casorio.

En esa semana fue el papá de Sebastián a mi casa y al verme le repitió a mi mama que con esos ojitos tan inocentes no podía pensar que yo ya estaba deshonrada, que no fuera ventajosa, pero pa´ mi mama hasta agarrarse las manos era inmoral y nadie la hizo cambiar de opinión.

La mera verdá, yo mesma también me sentía deshonrada, porque aunque en un principio yo pensaba que por no haber dormido con Sebastián yo todavía valía, mi mama se encargó de

hacerme sentir lo contrario y me lo repetía hasta el cansancio. Por eso tal vez no tenía ni derecho de opinar o decir si quería casarme o no, mi voluntad no era mía y ni valor tenía pa' contradecir a mis papás.

A la semana siguiente me casaron. Me gustaría platicarte que fue una gran boda, llena de alegría, de música, de amor, pero no.

La celebración fue en Irapuato, en la iglesia de San Cayetano, tenía que ser ante Dios, porque así vale más. No tuve un vestido blanco, en esos tiempos no se usaba tanto, no hubo fiesta ni comida. Me pusieron un vestido rosa, un rebozote que parecía que yo lo traiba cobijao, mi lazo fue más bien un listón. Fue una boda tan falta de todo. Antes y después de la misa ni un jarro de agua me ofrecieron. De mis dos grandes amigas sólo una de ellas me acompañó, y yo me sentía tan rara entre los papás de Sebastián y los míos.

Ése fue el día más triste de mi vida.

Cuando acabó la boda no hubo nada, de veras nada, cada quien jaló pa' su casa, porque la tradición era que los papás llevaran a la muchacha a la casa de sus suegros hasta ocho días después.

Yo quería parar el tiempo y hasta parece que se me fueron como agua esos ocho días, entre la tristeza, el miedo y la angustia. Yo era una niña, una niña que ora tenía que jugar en serio a la casita. Mi papa compartía conmigo mi dolor y no pudo evitar llorar cuando íbamos camino a mi nueva casa, a pesar de que también iban mis padrinos de confirmación, los de bautizo ya habían muerto.

La distancia no era mucha, pero era como si tuviera que andar un sendero bien largo, era de día y me parecía penumbroso, los pies me pesaban como si trajera loza en vez de zapatos y cada vez veía más lejos mi jacalito.

Cuando al fin llegamos con mis suegros, mi mama fue clara y tajante en sus órdenes:

—Pus bueno, ya llegaste a tu nueva casa, tú aquí no vienes a mandar, vienes a que te manden. Esta señora, que es tu suegra, ora es tu segunda madre y debes decirle mamita, así igual este señor, tu suegro, es tu segundo padre.

Y desde ese momento mi “mamita” se tomó su papel muy en serio.



“Yo más que esposa de su hijo, parecía la esclava de todos, y era como si viviera en una cárcel de la que no podía salir...”, 2009.

Foto: Brenda Contreras Paredes.

DE ARRASTRADA A PALEADA

*“El hombre soporta el dolor como un castigo inmerecido,
la mujer lo acepta como una herencia natural”.*

Anónimo

Mi recibimiento fue el más amargo que podían haberme dao, fue como llegar a un lugar onde desde antes ya me hubieran odiao.

Esa noche, la primera noche que sí pasé con Sebastián fue tan dolorosa que me vas a disculpar si no te la platico, pero es algo que hasta yo mesma quisiera olvidar.

Sólo puedo decirte que yo no tenía ni idea de lo que pasaba. Mi mama nunca tuvo un acercamiento conmigo pa´ explicarme, si nunca me habló ni de la menstruación, menos de las relaciones.

Cuando mi regla me tocó, como a los 14 años, me asusté y lloré, porque no sabía nada y tampoco quise decirle a mi mama. Como ella nos regañaba hasta cuando brincábamos la riata y nos decía que íbamos a perder nuestra virginidá, y que si brincábamos un sombrero estaríamos mancillando la corona de Dios, por eso yo me espanté y no quise decirle nada porque yo había estao brincando la riata con mis hermanas y pensé que había sido mi culpa que me saliera sangre.

Decidí ir con mi tía Leonor a buscar un consuelo y ella fue quien me dijo que no se trataba de mi virginidá sino de que yo ya era señorita y que eso les pasaba a todas las mujeres, incluso ahí mesmo mis hermanas Chona y Juana, me dijeron que a ellas ya les había pasao. Pero mi mayor preocupación era que mi mama me fuera a cuerear o que yo ya no valiera nada.

Al verme mi tía toda manchada, me acomodó un trapito en mi pantaleta y me acompañó a comunicárselo a mi mama, pero ella con lo dura que era sólo me gritó:

—A ver, cochina, que ya menstruas, pus a todas las mujeres nos pasa, ora nomás no vayas a comer naranja, limón, pepino ni xoconostle porque la cara se te va a hacer fea y te van a dar torzones en la

panza, cada que te pase me avisas y me lavas bien tus calzones, que no se les vea el rastro de eso, y no me vayas a salir con una pantomima, pus ora ya puedes tener bebés.

Ésa fue toda la explicación que me dio mi mama y con el tiempo le agarré el modo y me acostumbré a lo que nos visita cada mes.

Imagínate, mucho menos me iban a hablar de las relaciones y cómo hacían los bebés. Mis papás tenían su cuarto aparte y nunca dejaron que viéramos nada malo. Mi mama nos encerraba en el nuestro como a las siete de la noche, le ponía un candao por fuera y nos metía un bote por si queríamos hacer de nuestras necesidades, siempre tuvieron todo muy en orden.

A mí seguido me decía que si salía panzona o desculada estando en su casa, me iba a matar, y yo no sabía ni a qué se refería con eso de “panzona” si yo estaba reteflaca, de veras, a hoy claro que ya el tiempo deja su huella y ya no soy nada como era de chamaca, tan flaca estaba que yo creo que hasta asco daba, ora más bien parezco de esas ballenas que en veces encallan en el mar.

Ya con el tiempo fui sabiendo qué era eso de estar panzona, claro, hasta que me empezó a crecer la barriga de mi primer hijo. Cuando mi mama iba a tener a alguno de mis hermanos no nos hablaba claro, sólo nos mandaba con su hermana Leonor pa’ decirle que necesitaba un “téngame allá”, creo que era como una clave que tenían entre ellas, porque mi tía nos dejaba en su casa y nos decía que le llevaría a mi mama eso que pidió; yo tenía la idea de que un “téngame allá” era como un té que le calmaba los dolores de panza a mi mama. Luego de un rato, llegaba mi tía Leonor a darnos la buena nueva.

— ¡La cigüeña traiba un bebé en su piquito y su mamá fue la afortunada de que se lo regalara!, ¡está tan bonito el niño!, vayan a su casa a verlo.

— ¿Y todavía está la cigüeña en la casa, tía Leonor?

—No, hija, la cigüeña ya se fue volando pa’ ir por otros bebés y regalárselos a señoras que los queran.

Y ahí íbamos de retache con la emoción y la creencia de que una cigüeña había dejao un bebé con nosotros.

Luego de esa noche en que Sebastián reclamó sus derechos de esposo, a la mañana que siguió, sin más ni más, me pararon recién amaneció a moler el nixtamal, pa’ hacer tortillas y unos jarros de atole. Yo debía servirle no sólo a mi esposo y a mis suegros, sino a mis

cuñaos solteros y a una cuñada que dizque estaba enferma y por eso no podía hacer nada, se llama Altagracia, que ni se murió ni se ha muerto.

Yo tengo tan malos recuerdos de ella. La primera vez que Sebastián me golpeó fue a los tres días que llegué, porque su hermanita, que era muy metiche, le dio la queja que el arroz me había quedao masudo. Pero es que no todos los modos son iguales en todas las casas, y así me había enseñao en la mía. Ora cada que no me queda el arroz me acuerdo de ese momento.

Sebastián era jornalero, araba y sembraba la tierra. Nada más llegaba y su mamá y su hermana le inventaban cosas de mí y le daban santo y seña de todo lo que había hecho en el día. De repente y de la nada, en vez de llegar a saludarme y yo preguntarle cómo le había ido, me gritaba: —¡Ónde estás, hija de tu puta madre! —y agarraba una vara de membrillo que tenía entre las maderas del techo, con esa le pegaban a los burros pa' arriarlos, y no descansaba si diario no me daba al menos dos varazos. Yo no podía desmentir nada, es más, ni preguntar por qué me pegaba, el nombre de su madre era sagrao y la única vez que me atreví a mentarlo en mi boca, me la abrió de un puñetazo, porque él decía que primero conoció madre que a una pinche vieja.

Mi mamita era intocable y lo que ella disponía era ley. Yo más que esposa de su hijo, parecía la esclava de todos, y era como si viviera en una cárcel de la que no podía salir ni a visitar a mis papás ni a mis hermanitos.

Con mi mama de menos en veces me salía, aunque sea a las cosas de la iglesia y aprovechaba pa' platicar con mis amigas, distraerme un rato.

Pero con el tiempo aprendí que pa' tener contenta a mi mamita había que darle la razón en todo, si la tenía contenta también tendría contento a Sebastián, debía pararme antes que ella y ganarle el fogón, porque si ella lo ganaba primero ya todo el día andaba de malas, sin hablarme y no quería comer de puro capricho, y pus si ella no comía, yo tampoco, pero eso sí, a Altagracia hasta la llamaba:

—Vente, hija, a comer, aunque sea frijoles que hice, pus hoy esta mujer no hizo nada.

Y así ni comía ni dejaba comer, porque cómo iba a agarrarle lo que no me ofrecía. Ella controlaba todo lo que se podía agarrar y lo que no. Tenían un granero de piedra con una puerta de fierro onde guardaban bajo llave costales de arroz, frijol, garbanzo, de todo lo que uno usaba pa´ hacer de comer. Cada semana hacía repartición y debía alcanzar hasta la siguiente. Esa llave se la colgaba en el pescuezo.

Sebastián no tenía un sueldo, trabajaba la tierra de sus papás y lo que cosechaban lo guardaban pa´ todos. Criaban puercos y pollos y cuando crecían los vendían; hacían quesos, vendían huevos. Mi suegra no me repartía carne, sólo me daba una grasita que le llaman “unto”, de esas con las que hacen las gorditas, yo la echaba a la cazuela pa´ que soltara el sabor y la mantequita servía pa´ freír. Esa grasita quedaba bien dorada, y no la tiraba, me embarraba mis tortillas con ella pa´ que me supieran a algo. Dentro de mí nomás pensaba:

—Un día voy a comer carne hasta hartarme, y me voy a acordar de usted y de este hombre
—Y fue hasta que murió Sebastián, muchos años después, que cumplí esas palabras. Estaba comiendo unas carnitas bien ricas y frente a su foto me harté de comer y hasta le repasaba mi taco como si en verdá me estuviera viendo.

Lo único que era mío eran una becerrita y una puerca, a la becerria le decía “la paloma”, y a la puerca “la loca”. Cuando “la paloma” creció tuvo un becerrito que era mi “palomito”, yo lo quise mucho y lo crié con una mamila y luego lo alimenté hasta que fue un toro bien fuerte y grande, porque “la paloma” se murió después de parirlo. “La loca”, en su primera camada me dio doce puerquitos. Todos los cuidé y con el tiempo los fui vendiendo de uno por uno. Ese dinero que me dieron se lo di a mis papás pa´ que se ayudaran en la enfermedá de mi papa, y cuando ya tuve a mis hijos les compraba ropita, yo me compraba mis baberos. Sebastián nunca me dio pa´ eso, mi suegra no lo dejaba, decía que lo único que necesitábamos era comida y que ésa no nos faltaba, así que no había pretextos.

Ya era un martirio mi vida, y pa' colmo, Luz iba diario a ver a su mamá, y de vez en cuando, al verla, recordaba a Teo y me preguntaba cómo sería mi vida si le hubiera agarrao la palabra. Pocas veces iba él, y nadie sabía que había sido mi novio, pero eso no quitaba que se diera cuenta de los golpes, las marcas y la encajosidá de mi suegra.

—Yo veo que no eres feliz, güera, vámonos, vámonos lejos.

Pero sin contestarle nada me alejé, porque dentro de ese recuerdo que tenía de él y de la idea de lo que pudo haber sido mi vida, también le tenía hartísimo odio.

Como yo era muy chamaca, a los dos meses encargué al primero de mis hijos, mi regla ya no llegó y la verdá no entendía bien qué pasaba. Sentía unos ascos de muerte, fue pa' mí tan duro como una enfermedá, yo no tenía ganas de hacer nada, pero tenía que hacerlo.

Mi rutina, aun embarazada, era pararme a las cuatro de la mañana a moler el nixtamal, ponía el metate hacia la pared pa' sentarme a llorar sin que me estuvieran viendo, y sólo pensaba: — ¡Qué suerte la mía!, ni con mi madre ni aquí onde vine a dar tengo paz.

Cuando la panza me empezó a crecer mi mamita me daba tela que traiba mi suegro.

—Ándale, ahí te trajo tu suegro esa tela, hazle ropa a esa criatura que estás esperando.

—Pero, ¡cómo que estoy esperando criatura! —y yo hasta viéndome la panza crecida.

—Pus, ora que nazca tu niño vas a ver.

—Pero cómo que cuando nazca, pus por dónde va a nacer.

Y con el tiempo supe cómo nacen los niños. Un siete de diciembre, un día antes del de la Virgen de la Purísima Concepción, los dolores me empezaron como cólicos y cada vez eran más fuertes. Pusieron unos cartones en el suelo pa' que ahí cayera todo el líquido y la sangre que salen en un parto, y yo me hiqué en el suelo con las piernas abiertas y agarrada de dos lazos, uno en cada mano, como Santo Cristo, mientras le pujaba fuerte. Le llamaron

a la partera, que era lo que se acostumbraba, más que nada pa' ayudarla a una a cortar el cordón o a que saliera el niño más pronto, porque prácticamente una hacía todo lo demás. En la última pujada nació un niño, mi primer hijo, Ambrosio. Gracias a Dios todo salió bien y no hubo necesidad de forzos.

La carencia, ya no se diga de un hospital, de un consultorio o dispensario médico, obligaba a las mujeres de San Javier a parir en su casa, en condiciones insalubres. Cuando iniciaba el trabajo de parto, los hombres iban a la cantina, si no es que ya estaban ahí.

Al cuarto de adobe con piso de tierra sólo entraban la madre, la suegra o alguna mujer allegada a la embarazada, y la partera. No podía haber varones, era incorrecto. La parturienta hacía su trabajo y soportaba los dolores indescriptibles, movida por la ilusión de conocer a su bebé, y cuando todo salía bien y la madre ya tenía en brazos al fruto de su vientre, le avisaban al "orgullosa" padre, quien brindaba con los compañeros de parranda y presumía su hombría por poder hacer hijo tras hijo.

Como las comadronas no sabían ni tenían lo necesario para practicar cesáreas, si un bebé se atoraba en el canal de parto intentaban sacarlo con fórceps. Desgraciadamente, pocos casos eran exitosos y el producto perecía, o peor aún, ambos, la madre y el hijo o hija. Se oía, entonces, que muchas mujeres se "morían de parto".

Supe lo que era amar a Dios en tierra de indios, y aunque luego una acababa toda cansada, nomás tenía ocho días de asueto, luego a fregarle de nuevo, y Sebastián a fregarme a mí. Pero ora era distinto, pus aunque mi vida no era nada bonita, ya tenía alguien por quien aguantar.

Imagínate, ni encinta me perdonaba los varazos, menos estando buena. Gracias a Dios no tenía un embarazo tras otro, creo que fue favor divino porque en ese tiempo no había nada que nos cuidara, y aunque lo hubiera no creo que Sebastián lo permitiera.

Hasta tres años después me embaracé de mi Mario, y ora no nomás era el quihacer, la comida, la lavada y la planchada, sino también cuidar a Ambrosio, pero mi niño era mi refugio y lo único lindo dentro de todo.

Cuando iba al monte a cortar tunas, lo único que deseaba era la muerte: —Dios, mío porqué no me pica una culebra y me muero aquí en el cerro pa´ ya no llegar a esa casa y acaba todo esto de una buena vez —reprochaba, pero luego caía en cuenta que ya tenía a mi niño y otro en camino, que ellos sí me necesitaban, que no iba a dejarlos a mercé del mundo.

Los golpes seguían y cada vez eran más fuertes. Todavía embarazada, un día llegó Sebastián en la tardecita pa´ comer, bien borracho, yo estaba sentada en el suelo echándole aire al fogón y había un humadero muy pesao.

— ¡Quero de tragar! —me gritó.

—Orita le caliente, siéntese allá afuera en el banquito, orita le llevo hasta allá, porque ya ve cómo está de fuerte el humo.

— ¿Qué me dices?, ¿por qué me corres de mi casa?

—No, por el humo. Siéntese mejor y orita le llevo.

Y sólo sentí cómo me tumbó de una patada que me dio en la cara y luego empecé a sangrar. Pancha, que era otra de sus hermanas ya casada y que no se metía conmigo, entró al cuarto y me vio tirada en un charco de sangre y se enojó tanto con él que se le fue encima con un cuchillo.

— ¡Qué gracia haces, hijo de la chingada!, muy hombre te sientes, orita mesmo voy a decirle a su papá lo que le hiciste.

Y agarró camino pa´ mi casa mientras yo seguía coloreando de sangre.

Llegó mi papa bien enmuinao, con una pistola.

— ¡Ya estuvo bueno, grandísimo cabrón! —y que le da un cachazo en la cabeza, lo tumbó y empezó a sangrar—. ¡Pa' que sientas lo que siente m'hija, toda coloreada, cabrón! A la otra no vengo a hablarte bien, a la otra te mato.

Pero Sebastián no se calmó con eso. Más bien yo no le decía a mis papás de los golpes, nunca fui yo a decirles cómo me trataba, en veces se enteraban, pero no por mí, sólo me curaba los trancazos con agua caliente. Ponía mi olla en la leña y cuando el agua ya estaba recalientita, bañaba a mis niños y luego dejaba que me cayera sobre el cuerpo. No me quitaba los golpes, pero al menos me calmaba el dolor. Cuando me abría la boca o me arrastraba de las orejas hasta desprenderme la parte onde uno se pone los aretes, me echaba limón y me esperaba a que soldara solo.

Algunas veces estuve a punto de pedirle a mi mama que me recibiera otra vez en su casa, con mis hijos, pero recordaba las palabras que una vez me dio: —“Yo no se los mandé, yo no sé nada, ustedes escogieron su vida; si les dan hasta por debajo de la lengua, si se las chingan o las matan, yo no sé nada, ustedes escogieron. A mí no me vengan con chismes ni con argüendes. Yo no quero aquí ninguna gente dejada.”

A pesar de las golpizas, mi Mario nació bien, un diez de enero. Una noche anterior mi mama también estaba pariendo a mis hermanos, Eufemio, al que le decimos Chivín, y a Rosa Delia, ellos fueron cuates.

Como al año de que naciera mi Mario y mis hermanitos, llegó a buscarme mi hermana Rogelia, que estaba chiquilla, como de diez años, cargando a Chivín que estaba llore y llore:

—Pero, Caya, ¿qué haces con ese niño cargao, llore y llore? —le pregunté a Rogelia.

—Ay, Benita, es que mi mama y mi papa se fueron desde ayer pa' Irapuato con Rosa Delia porque se puso malita y es hora que no regresan, y Chivín ha de tener hambre, pero yo no le sé dar de comer.

— ¿Qué le pasó a la niña?

—No sé, empezó a chille y chille y no se calmaba, tenía harta temperatura y se fueron rápido mi mama y mi papa con ella al doctor.

—Dame al niño acá —y le di chiche a mi hermanito, pus total, yo tenía leche porque amamantaba a mi Mario y como no les quitábamos el pecho hasta los dos años, pus se pepenó rebien y se le calmó el hambre.

Aunque se habían ido mis papás desde un día antes, ya luego supe que recién llegaron con el doctor, mi mama sintió cómo Rosa Delia se encogió y dejó de respirar, pero tenía la esperanza de que nomás estuviera dormidita.

— ¡Doctor, doctor, ya se me murió mi niña!

—Sí, tu niña acaba de morir —le confirmó el doctor.

Ya nomás les dieron el acta de difunción onde decía que Rosa Delia había muerto de pulmonía, y fueron con mi tía Flor, hermana de mi papa, que vivía en Irapuato, y ahí mesmo arreglaron todo pa'l entierro, por eso estaban dilatando en regresar. Mi mama mandó avisar la mala noticia a los del rancho con un señor que se llamaba Arcadio, él era lechero.

—Miren, niñas, yo nomás les vengo a avisar que su mamá les manda esta razón, que ya se murió la niña, que ya está tendida en casa de la señora Florentina (que era mi tía Flor).

Esperé a que Sebastián llegara de trabajar y le dije:

— ¿Va usted a comer?

—Y qué tanto me preguntas si voy a comer, ya sabes que tengo que tragar.

—Es que yo le quería decir algo.

—Y ora, qué pedo se te atoró.

—Yo le quero decir que ya se murió mi hermanita, y también quería pedirle un favor, que si no sería usted tan amable de dejarme ir a ver a mi mama y a la niña.

— ¿Y qué chingaos le ves? ¿Te la vas a ir a tragar? —y no me dejó ir.

Esa vez tampoco dejaron ir a Chona, su esposo nomás le dijo que a qué iba, si ya estaba muerta, que con ir no la iba a revivir.

Sebastián era sólo golpeador y borracho, yo creo que así creiba que demostraba su hombría. Hasta eso nunca me celó. Dicen que lo que no se quiere no se cela. Yo guardaba mi distancia con mis cuñaos y con cuñños por moral, pero nunca porque él me celara.

Como al año y medio de que naciera mi Mario, me di cuenta de que estaba otra vez de encargo.

Pa' ese entonces, Sebastián se desapareció. Mi suegra me dijo todo el tiempo que se había ido a trabajar pa' Matamoros. Yo la verdá ni respingaba, con que ya no estuviera cerca golpeándome me daba por bien servida.

Un día, mi Mario se me enfermó del estómago y mi suegro me hizo favor de llevarme a Irapuato pa' que lo revisara el doctor. Ahí me encontré a una señora que se llamaba Consuelo, le decíamos Chelo, ella era rentera de una casa que mi suegro tenía en Irapuato y cada que teníamos que ir llegábamos a esa casa. Las veces que mi suegro no podía llevarme me daba indicaciones de llegar a Las Cuatro Esquinas, como se conocía esa calle, y de ahí al consultorio del doctor Gallardo, bien que me acuerdo.

—Pus, qué le pasó al niño.

—Mire, Chelo, lo traigo re malo de la panza, no sé que tendrá.

—¿No ha llegao este cabrón de Sebastián?

—No, usted cree.

—¿Y tampoco te ha escrito?

—No, tampoco, dice mi mamita que anda trabajando en Matamoros.

—Anda, pendeja, cuál trabajar, si se llevó a Consuelo, la viuda de uno que se acaba de electrocutar.

—No, Chelo, si se fue pa'l norte.

— ¡Pa'l norte!, ¡ja!, anda tú, pendeja.

Y así quedó. No me atreví a decirle yo a mi suegra por el miedo que le tenía, por lo venenosa que era, además ella y mi suegro lo solapaban, porque supieron la verdad desde el principio, incluso mi suegro les mandaba dinero pa' que se mantuvieran.

Pasó el tiempo, nació mi tercer hijo que fue una niña. Sebastián se enteró y mandó decir que quería que a esa niña se le registrara como María del Consuelo. Yo ni me enteré hasta que ya estaba hecho, pus en ese entonces los suegros nomás decían:

—Prepárame al niño o a la niña (según fuera) lo vamos a llevar a bautizar y a registrar —y ya luego regresaban con la criatura y nos entregaban los papeles.

—Aquí está la criatura, ya la bautizamos, nosotros somos sus padrinos, te parezca o no te parezca —nos entregaban un vestido como ropón y era todo el chiste.

De mi Mario sí consiguieron padrino, pero como nunca lo conocí ni me acuerdo cómo se llama, o se llamaba, porque seguro que ya murió.

Desde que Sebastián se fue, me jalé mi cama al cuarto de mis suegros pa' que dieran buena fe de mí y no fueran a salir con cosas de que yo ya me había metido con otro, que me salía en las noches o algo por el estilo.

Pero, aunque Sebastián estaba lejos y yo hasta dormía con mis suegros pa' que no mal pensarán, ni así me salvé de los catorrazos, pus mi suegra y Altagracia también llegaron a pegarme.

Mi suegra de repente me daba alguna cachetada, pero Altagracia sí me dio una friega de aquéllas, todo porque una ocasión que había garbanzos verdes, ella empezó a desbotarlos, que es quitarles la cáscara. La vi y me acerqué.

— ¿Qué estás haciendo?

—No estás viendo, qué estás ciega.

— ¿Estás desbotando? —de mensa seguí preguntando.

— ¿Te parece o no te parece?

—Pero no te estoy diciendo mal, Gacil (así le decíamos).

Que se para, me empezó a dar uno tras otro, y de coraje agarré a mis dos niños y a mi Consuelo, que estaba bebé y me fui a Irapuato pa´ ver a mi tía Flor.

Llegué con ella y me aprevine con dinero, pus la razón por la que la visité fue pa´ pedirle que me llevara a México.

—Sí, hija, nomás deja voy por un recaudo pa´l caldo. Orita vengo, no te vayas sin mí.

Y a lo que iba, era a avisarle a mi suegro, que andaba vendiendo leche en Irapuato, que yo llevaba mis niños y pensaba irme a México por lo que había pasao con Altagracia, que no fueran así.

Mi suegro fue por mí a casa de mi tía Flor y me echó pa´ atrás con mis hijos.

De todos modos, por algo pasan las cosas, si me hubiera ido yo creo que me muero en el camino y luego qué hacían mis amores, porque llegando al rancho, cuando me acosté a darle chiche a Consuelo, me agarró un dolor de cabeza tan fuerte, pienso que del coraje, que me tuvieron que llevar a Irapuato de retache, pero ora al doctor. Me internaron como tres días. Afortunadamente, Chelo no era chillona, y María, esposa de mi primo Alfredo, hijo de mi tía Flor, quien también tenía bebé, me la amamantó mientras yo no pude.

Tiempo después, cuando hubo cosecha de maíz y estaban las pilas del rastrojo, que es lo que se desecha del maíz y sirve de alimento pa´ los animales, un día en la noche, los perros de la casa no dejaban de ladrar y es que Sebastián ya había regresao, con la cola entre las patas, porque la mentada Consuelo lo dejó en Matamoros pa´ irse con otro.

—Papito, ladran mucho los perros.

Mi suegro se paró, salió pa´ ver qué pasaba y al ratito regresó, pero nomás le habló a mi suegra en secreto. Cuando terminaron de hablar, mi suegra me llamó.

—Benita, ven.

—¿Qué pasó mamita?, dígame.

—Te voy a decir una cosa, pero no te vayas a encabronar.

—Pero, ¿por qué me dice usted así?, dígame, mamita.

—¿Qué crees?, que ya regresó m´hijo, y pus es el que está acostadito allá en el rastrojo.

—¿Y qué con eso, mamita? —no le dijera nunca suegra, porque se enmuinaba hartito.

—Pus, hija —ese día hasta me dijo hija, pero no me dijo de qué—. Yo lo que quiero decirte, es que m´hijo es tu cruz, te casaste con él y es tu cruz aquí y ante Dios, y lo tienes que recibir como Dios manda, porque la Iglesia te lo entregó. Lo vas a recibir, bien, sin claridades, sin que estén peleando, porque es tu cruz y tu obligación. En el cielo hay una silla de oro coronada por ángeles, y si tú recibes bien a tu marido, cuando te mueras vas a recibir esa silla de oro.

Puedes creer lo pendeja e ñorante que estaba, que yo todavía me imaginaba esa silla de la que me hablaba y pensaba que sería rebonito recibirla cuando me muriera.

Entonces, Sebastián entró al cuarto, ahí onde estaba con mis suegros, y me preguntó:

—Mujer, ¿no estás encabronada conmigo?

—No, no estoy enojada con usted, qué bueno, gracias a Dios que llegó con bien, y a su casa

—pus si le decía algo contrario me iba a soltar mis guamazos, mejor así lo dejé.

A lo mejor ni me lo crees, pero cuando mis suegros me dijeron el nombre que Sebastián quería para mi niña no lo relacioné con aquella mujer por la que él se había ido. Yo supe hasta que un día Sebastián, enojao, me dijo:

—No sé yo qué vi en ti. Por eso le puse a mi hija María del Consuelo, porque yo a esa mujer la quise mucho.

—Entonces pa' qué se vino si la quería mucho. Si ella lo hubiera querido, no le hubiera dao su patada en las nalgas y lo hubiera dejao por otro, y ahí lo abandonó como el perro de las dos tortas. Y si me va a pegar, ándele, arrímese, aquí tengo la guadaña (es una hoz grandota con la que cortaba el quelite en el campo), si me piensa pegar arrímese.

Y ya esperaba el primer trancazo cuando se salió así nomás.

Nunca lo quise, jamás lo amé. Dios sabe de las veces en que hasta ver que agarrara las tortillas en las manos me purgaba, no sé porqué yo le veía las manos y nomás pensaba: — ¡Ay, desgraciao! —a lo mejor porque con esas mismas manos siempre me pegaba.

De todas las nueras, yo era la única que aguantaba tanto, pero era por el miedo que sentía, no podía rebelarme y decir que así como las otras no se dejan yo tampoco lo haría, porque yo creo que en ese momento, Sebastián me mocha el pescuezo, era el más violento, muy pesao.

Lo que sí no le aguantaba era que le pegara a mis hijos, no sé que quería yo hacerle, pero mi suegra siempre se metía y me prohibía restarle autoridad a su hijo. Pienso que era su consentido, no quería ni que el aire le diera, nomás tantito lo mal miraban y se ponía como fiera.

Y en eso la entiendo un poco, a los hijos no quiere uno que les pase nada, que les afecte nada. Cuando Sebastián me pegaba ellos lloraban, gritaban.

— ¡Tía Panchita, tía Panchita, mi papá le está pegando a mi mamá!

—No, hijos, no se preocupen, chiquitos, a nadie le digan que su papá me está pegando.

Ya con mis tres primeros hijos, aun así me tocaba hacer de comer como pa' diez, planchar y lavar un garrerío, porque no nomás lavaba y planchaba lo de mi familia, sino también la

ropa de mis suegros y de mis cuñaos Antonio y Santos, que eran los solteros. Era un garral, pero pus ni modo. Chona, mi hermana, que se casó con Quico, un hermano de Sebastián, nomás hacía lo de ella, su esposo y sus hijos. No, si ella no tan fácil se dejaba mangonear, pero yo era bien mensa. Lo único bueno de eso es que en veces yo jallaba billetes en los pantalones de mi suegro y pus qué iba yo andar diciendo, mejor me los escondía bien, al fin él ni se daba cuenta.

Y así como mis obligaciones eran muchas más de lo que se me permitía, tampoco me dejaban ir a mi casa, y cuando Sebastián no estaba tenía que pedirle permiso a su mamá, pero ella menos me lo daba.

Una de las pocas veces en que fui, fue cuando mi papa estaba muy grave, parecía que se estaba muriendo, esa ocasión la verdá yo me escapé, sabía que me iba a ir como en feria, pero yo tenía que ver a mi papacito.

—Mamita, no me hace favor de dejarme ir a ver a mi papa, que dicen que está muy malo.

—Si querías vivir con ellos, te hubieras quedao allá, ora qué quieres todos los días encajada allá.

Y que me escapo sin permiso.

Cuando llegué onde mi papa, de veras que estaba re malo, lo saludé, le pregunté qué tenía, y mi pobre padre nomás sentadito vómito y vómito. Yo estaba ahí en santa paz, cuando de repente escuché un rebuznido, tan conocido y fuerte, pus todos los días que Sebastián llegaba lo oía, era del burro con el que se iba a la tierra. Yo nomás temblé.

— ¡Dios, padre santísimo, ya llegó este hombre!, orita la que se me va a armar —pensé, y yo ni cómo salirme, pus tenía a mi papa recargadito en mí —. Mama, ya llegó este hombre, venga a detener tantito a mi papa en lo que voy a darle de comer a Sebastián y luego regreso.

Corriendo, casi saliéndoseme los ojos del miedo, me regresé rápido a casa de mi mamita.

—Madre, ónde anda esta vieja —le preguntó Sebastián a su mamá porque no me vio al llegar.

—Sabes tú, así sé yo, así se larga todos los días sin darle razón a nadie.

Él se enojó hartísimo, y si de por sí era prieto, pus ora estaba negro del puro coraje.

Me encontró a medio camino antes de que yo lograra llegar sin que se diera cuenta, pensando que por milagro su mamá no le diría que me fui. En realidá la casa de mis suegros no estaba nada lejos de la de mis papás, estaba como a tres calles de las de ora, por eso el rebuznido se oía claritito, aparte que ya lo tenía bien aprendido.

— ¡Con una chingada!, ¿a quién le pediste permiso pa´ venirme?

—A su mamá, pero no me lo quiso dar y ya no me esperé, vine a ver a mi papa que está remalo, así que ora sí haga de mí lo que quiera, pero es que ora sí ya me fastidié. Les tomo parecer a todos y no me dejan.

En vez de caminar pa´ su casa, se siguió a la de mis papás, y que se pasa hasta adentro a ver a mi papa, y él seguía con sus vómitos.

— ¿Le caliente de comer? —le pregunté casi sin creer que el coraje se le había pasao al ver a mi papa.

—No, mejor dile a Juan que caliente la calandria (era una camioneta amarilla y Juan era un muchacho que trabajaba con ellos en el campo) pa´ llevar a tu pá al dotor —cómo lo vería que hasta se acomidió.

Y entre Sebastián y Juan cargaron a mi papa y se lo llevarían a Irapuato.

— ¿Me puede hacer favor de dejarme ir con usted?

—No, y luego con quien se quedan esos niños, mejor quédate con ellos y ya si va tu má y tu tía Leonor nos vamos en la calandria.

Cuando llegaron con el doctor internaron a mi papa, y yo toda la noche nomás pensando en él, pero no podía dejar a mis hijos porque quién me los cuidaba. Hasta que por fin llegó Sebastián y pude pedirle razón de mi papa.

— ¿Qué pasó, cómo dejó a mi papa?

—Pus allí se quedó, cómo quieres que se quede, todavía no se muere —y mejor ya no le pregunté más.

Tiempo después, a los tres años de que naciera Consuelo, nació Quirina, un cuatro de junio de 1961.

Pa´ ese entonces mis deberes no eran sólo lo que ya te platicué, también le tenía que dar agua a los animales, tenían un poco más de cien chivos y como 80 reses, había que arrearlos y llevarlos hasta el pozo.

Un día, echando tortillas en lo que estaban los frijoles, oí que llegaron los animales. Mi suegra estaba sentada remendando, cerca de la puerta y nunca me iba a decir “vete, yo veo los frijoles y termino de echar las tortillas”, ¡no!, pus mucho menos se iba a ofrecer a cuidar a Quirina, que era la más chiquita, como quera los otros ya estaban más grandecitos y se entretenían en el patio.

—Mamita, ya llegaron las chivas y los bueyes, y ya se me juntó todo, voy a apagarle al comal y a los frijoles en lo que voy a darles agua, ¿le puedo encargar a mi niña un ratito?, le dice a Curra (otra de sus hijas con quien me llevaba bien) que me la vea si se despierta — Quirina estaba dormidita en una hamaca, pero no era como las de ora, era como un corral tejido que se amarraba con un lazo a alguna madera del techo pa´ sostenerlo.

— ¡Ya, lárgate!, tanto encargar y tanto encargar, no creo que se vaya a morir tu chamaca — y me fui a arrear a los animales.

Al poco rato llegó Sebastián de trabajar.

— ¡Bah!, ¿y ora esta vieja?, dejó aquí el metate abandonao, los frijoles apagaos —le preguntó a su mamá.

—Sabes tú, hijo, sé yo —le contestó, nunca le decía la razón. Dios la tenga a ver ónde, que la tenga en el infierno porque sí fue mucho lo que me hizo sufrir.

Y Sebastián me fue a buscar.

Yo estaba dándole ya de beber a los chivos y a las reses, me estaban ayudando Luisa y Cuco, su esposo, pa' que terminara más pronto. Ella era mi amiga desde hace años, pero como eran muy pobres yo les daba un pago por ayudarme. Había cinco canoas grandotas de madera que se tenían que llenar pa' acercar primero a los chivos y luego a las reses. En eso escuché el rebuznido del burro con el que siempre jalaba Sebastián, y pensé que como le habían explicao la situación venía a echarme la mano.

No me ayudó a nada, pero tampoco me regañó, nomás me dijo:

—Vete pa' la casa.

— ¿Por qué?, no vio si ya se despertó la niña.

—Vete pa' la casa.

—Es que me quero esperar pa' poder llevarme un bote lleno de agua

—No, vete pa' la casa.

Ahí voy yo de regreso. Lueguito vi que iba detrás de mí y nomás pensé en la que me esperaba llegando, yo hasta quería llegar rápido pa' quebrarle las varas que tenía ahí en las maderas, pero si se las quebraba me iba a ir peor.

Llegando veo a mi niña en brazos de mi mama, bien morada con el cuellito marcao, no volvía en sí.

Se había despertao, lloró, pataleó y metió la cabecita en los lazos de la hamaca. Nomás porque mientras este hombre le preguntaba a su mamá por mí se acercó a ver a mi Quiri, que si no, ni en cuenta y se horca.

Pero, luego de verla no la agarró pronto pa´ llevarla al doctor, mejor fue primero onde mi mama, llevándose a la niña:

—Bueno, señora, que no sabe de su pinche hija. Llego y el comal apagao, los frijoles apagaos y ella ónde jijos de la chingada andará.

—No te hagas güey, anda a ver dónde está m´hija.

—Pus mire cómo está esta niña, toda morada, se estaba ahogando y su hija quién sabe ónde chingaos está.

—Pus cómo está, a ti es a quien agarraría yo y te rompería la madre. Si esta niña se muere te mato a ti y a toda tu gente. Dame a la niña, tú ve a buscar a m´hija.

Mi niña no reaccionaba, no abría ni sus ojitos, ni lloraba ni nada y yo sentía una desesperación que no puedo describir. Ésa fue la primera vez que Sebastián le reprochó algo a su madre:

— ¡Ay, madre!, no que no sabías ónde andaba esta mujer —le dijo.

—Yo ni me acuerdo.

—No ves la niña, no lo hagas por la vieja, hazlo por m´hija.

Agarramos a la niña y nos fuimos rápido a Irapuato. Me la detuvieron, la inyectaron y estuvo ahí como tres horas. Mientras, yo pensaba en que mis otras tres criaturas estaban sin comer, pus nos salimos así sin más ni más.

Al fin me dieron a mi niña, sentí que me regresaba el alma al cuerpo. Yo no pensaba ni en comer, sólo daba gracias a Dios que me había salvao a m´hija, con la alegría de que había abierto otra vez sus ojitos.

Cuando regresamos al rancho, Chona ya les había dao de comer a mis hijos. Acosté a mi Quiri en la cama, jamás volví a usar esa mentada hamaca. Sebastián acomodó una pielecita de borrego y acurrucamos a mi niña.

Mi suegra seguía enojada.

—Ora jala con todas esas tortillas y esos frijoles —me dijo.

—Mamita, ¿qué no han comido?

—Pus ahí ya les di de comer queso y un chile a mi gente, pus dejaste ahí botaos los frijoles, y ya ves, este hombre se fue enojao conmigo, diciendo que yo tenía la culpa de todo.

— ¡Ay, mamita!, a mí no me diga nada, tenga piedá de mi dolor, yo cómo quiere que haiga estao de ver a m'hija como me la llevé, yo quería que la calandria volara

—aunque quería gritarle que era una vieja desgraciada y que sí tenía la culpa de lo que había pasao.

— ¡Dichosa, tú!, que tienes los servicios y tienes quien te jale luego, luego pa' onde quieras, a toda la gente le dueles, ahí tu madre hasta estaba enojada.

—Lo mesmo usté hubiera hecho, mamita. Si yo no le hubiera querido decir ónde iba no le habría pedido que cuidara a mi niña, no le hubiera dicho a su hijo que así me salía todos los días —mejor ni hubiera hecho el comentario, nomás sentí cómo me botó una cachetada. Yo me quedé prendida queriendo devolvérsela, pero no lo hice, porque Sebastián ahí estaba.

—Ándele, mamita, vamos a comer, ya no se enoje —le pedí aunque por dentro yo trinaba.

Mejor Quico, esposo de Chona, se compadeció de mí.

—De verás, Hernández (así le decía a mi suegra), no te dueles de esa vieja, mira cómo la traen de flaca, esa mujer está asquerosa, y todavía tú con tus palabras, no la chingues.

Pero mi suegra, nada tonta, se hacía nomás la sufrida, pus ella sí había comido. Luz le llevó nopales, garbanzos blancos, frieron cecina y agarraron quesos. Y yo, que tragara burro.

Le ofrecí a Sebastián los frijoles medio crudos que estaban, pero me pidió que mejor viera a Quiri, y se hizo unos huevos. Su mamá, como se enojó con él, le reclamó que haiga agarrao los huevos.

—Sigán agarrando las cosas, a ver cuando se mueran con qué chingaos los van a sepultar.

Como si con unos huevos se cubriera una sepultura. Lo bueno que se murió antes que yo y yo no me sepultó ella a mí, sino yo a ella.

A los dos años de que naciera mi Quiri, un nueve de octubre, nació mi Josefina, la última de mis hijos que parí todavía en el rancho. Su parto no fue diferente a los otros, sólo que ya era más sabionda en eso y cuando ya merito iba a cumplir los nueve meses, escombraba mi cuarto pa' que no hubiera reguero cuando llegara mi bebé, de hecho hasta con los primeros dolores yo hacía quihacer y veía a mis otros niños.

Lo que tampoco cambió fue la felicidad con la que recibí a mi niña, otra razón pa' aguantar y luchar, pus mis hijos siempre fueron los que me motivaban a seguir viviendo.

Dentro de todo, había festejos que disfrutaba junto con mis hijos. Por ejemplo, en Semana Santa, Jueves y Viernes Santos no se hacía nada. Yo me sentía encantada porque descansaba, aunque los golpes ni siendo la semana mayor se le olvidaban a Sebastián.

En los pueblos, las celebraciones religiosas son de suma importancia. Festejar al patrono o patrona de la localidad adquiere vital relevancia y cada uno tiene su manera peculiar de venerar y agradecer a Dios y los santos por los favores otorgados. La Semana Mayor no distaba de esta descripción, eran los días de guardar, de comer bien, de sentirse bien con el Creador.

En San Javier preparaban las tradicionales tortitas de camarón con nopales en chile guajillo. Las hacían desde el miércoles anterior al Jueves Santo y echaban tortillas suficientes para los días santos que no se trabajaba.

El Viernes Santo se quedaban en casa. Los sembradíos se inundaban de soledad y los animales que se acababan el agua o comida que les ponían para tres días, tenían que aguantar el hambre y la sed hasta el Sábado de Gloria.

En el rancho sacaban una cruz y la paseaban por las calles. En todas las casas preparaban ollas de barro con agua fresca y llenaban jarritos. Los ponían en una mesa para que quien quisiera bebiera la cantidad que deseara y siguiera su camino.

En cada esquina de cada calle se montaba un altar con dos canastos llenos de pan bendito por el sacerdote, a esos canastos les llamaban “chundes”.

Cuando acababa la procesión, regresaban a sus casas. Las mujeres ya tenían hechos capirotada y atole de maíz. La capirotada se hacía con pan duro rebanado; éste se doraba en manteca derretida, se hacía miel de piloncillo aparte y el pan dorado se bañaba con esta mezcla. La servían con queso desmenuzado y un jarro de atole para acompañar.

Sebastián no participaba de los festejos, yo los celebraba sola con mis hijos. Él se la pasaba en una tienda onde tenían un tocadiscos, y por un altavoz se dedicaban canciones; que de parte de Sebastián Grana pa’ Santos Hernández, Hermenegildo González, José Sánchez. En fin, era un dedicadero de todos los borrachos pa’ todos los borrachos, y mientras échele y échele alcohol al cuerpo.

Ya cuando llegaba todo borracho, en veces no quería que yo le diera de comer, sólo su mamá, y ella que casi no le daba cuerda.

—Véngase, mi güi (quien sabe por qué le decía así), véngase, le sirvo de comer.

Pa' mi mejor que no comiera conmigo, así se la pasaba allá metido con ella.

En una de esas veces que Sebastián llegó bien borracho, yo de ira agarré una piedra grandota y mientras él estaba sentao del otro lao de la cerca haciendo del baño, estuve a punto de aventársela en la cabeza, al fin y al cabo lo iba a agarrar distraído y nadie iba a saber que había sido yo. Pero en un ratito pensé:

—No, Dios mío, yo por esta basura no me voy a manchar mis manos —y me arrepentí.

El día de la Virgen de Guadalupe, el 12 de diciembre, sembrábamos trigo en unas macetitas y con ellas adornábamos el nacimiento, claro que pa'l día en que lo armábamos crecía muy poquito.

Hablando del nacimiento, lo poníamos tres días antes de que llegara el día de la fiesta de Nochebuena.

Era una alegría tan grande. Subíamos un cerro que se llamaba “Cerro de las Arandas”. Ahí íbamos a cortar pingüica, era un árbol que no daba nada de fruta, pero sí unas ramas bien bonitas y grandotas, no sé si tenga que ver con el árbol que da la pingüica con la que ora hacen los jugos o la agua de alfalfa, pero así lo conocíamos.

Cuando jallábamos la pingüica, cortábamos las ramas y cada quien de las que íbamos, que éramos como cinco, nos traíamos tres, pus estaban retegrandes.

El Cerro de las Arandas cobró con el tiempo, importancia nacional, pues en él fueron encontradas ruinas arqueológicas que demuestran que los primeros pobladores (de origen Chichimeca, luego desplazados por tarascos) de Irapuato se asentaron a las orillas de los lagos Silao y Guanajuato. Por tal motivo, éste cerro fue declarado patrimonio de la humanidad.

Pa' cuando llegábamos a la casa, ya había cuatro palos clavaos en la tierra formando las esquinas de un cuadro, empezábamos a amarrar las ramas pa' que hicieran como unos arcos, le llamábamos "la enramada", y poníamos hartas piedras pa' que pareciera como un monte.

Con días de anticipación, también cortábamos la doradilla, que aquí la conocen como musgo o heno. Nosotros mismos la sembrábamos meses antes en el cerro y seguido la regábamos hasta que crecía como de treinta centímetros. Regábamos el musgo encima del empedrao y con las macetas de trigo adornábamos a los laos del nacimiento. Hacíamos mariposas de papel y junto con esferas las colgábamos de las ramas. Y ya por último acomodábamos los muñequitos de barro y le simulábamos su riecito.

Vísperas de Navidad, era una época que disfrutaban en San Javier chicos y grandes, pues pocos tenían una infancia gozosa. En todas las casas se observaban los nacimientos, que por sus materiales, parecían rústicos. Tradicionalmente, hacían tamales de chile guajillo y buñuelos.

Para hacer los buñuelos, las mujeres ponían en una mesa la harina, un kilo, dos o tres, según la cantidad deseada. Le incorporaban agua de hojas de tomate y amasaban con fuerza y paciencia hasta que la masa se hiciera bofa y no se pegara más en la mesa. Calentaban un cazo con dos kilos de manteca, para freír. Ponían un pedazo de manta en una de sus rodillas y tomaban una bola de masa y la extendían dándole golpes, sus manos fungían como mazos y ya cuando lograban obtener un círculo de más o menos 30 centímetros de diámetro, ya estaba listo el buñuelo para freírse en la manteca. Hervían agua con canela y piloncillo y el caramelo resultante era con lo que bañaban los buñuelos.

El día de reyes no se festejaba, ni yo cuando era niña, mi mama nos hacía nuestras muñecas con los olotes del maíz, con un pedacito de tela y un cordoncito le hacíamos sus vestiditos y con tela negra le poníamos su pelo.

Los juguetes de mis hijos también eran muy humildes. Las muñecas de mis hijas eran como las mías y los carritos de mis niños los hacíamos con los cañotes, que eran las cañas secas del maíz; con la raja del buey le ponían sus llantas y se las atravesaban con dos palitos, uno atrás y otro adelante. Hacían un corralito de palitos y las piedras eran el ganao.

De todos los festejos, el de navidad era mi favorito, aunque la última que pasé en el rancho fue la más amarga de toda mi vida.

- **El dolor de la venganza: la huída**

La primera navidad siguiente al nacimiento de mi Jose, todo iba muy normal, yo ya había hecho mis tamales y mis buñuelos. Sebastián, como siempre se había salido sin darle razón a nadie, pero esa vez no había ido a tomar a la tienda del tocadiscos, no, ese día iba a ir a ver a su prima Dolores, que le decíamos Lolija, a ella le gustaba la vida alegre y resulta que tenía un amorío con Sebastián.

Pero el problema era que ella no sólo andaba con él, sino también con un medio hermano de mi papa, José, al que le decíamos “El Güerito” y nomás era hijo de mi abuelo Cornelio, pero no de mi abuela Casimira.

Sebastián llegó onde Lolija y la encontró besándose con mi tío José. Empezaron a pelearse y mi tío sacó la pistola, le disparó a Sebastián, pero no le dio. Sebastián regresó a la casa y yo no quise preguntarle nada. Así como llegó se fue. No me di cuenta ni en qué momento se llevó la pistola.

Al poco rato llegó la Defensa, que era como le decíamos a la policía, buscándolo. Uno de ellos se llamaba Carmelo, le decíamos Melo, me preguntó:

—Niña, ¿ya no vino Sebastián pa´ acá?

—No, Melo. ¿Por qué?

—Es que mató al “Güerito”.

— ¿Cómo que mató a mi tío “Güerito”? Pero, ¿con qué causa o motivo?

—Es que lo encontró con la hembra.

Como el día de navidadá todos avientan cuetes, el balazo se perdió con el sonido del cueterío.

Al irse la Defensa, Benita no podía contener el llanto de saber que su tía había sido asesinado por su propio esposo, pero más que dolerle la causa de lo sucedido, pensaba en las consecuencias que aquel incidente traería a su vida y a la de sus hijos.

Se escuchó un golpeteo fuerte en la puerta de madera a medio caerse, que poco resguardaba su jacal. Tres hombres, Antonio, Hermenegildo y Santos, entraron intempestivamente, ansiosos de venganza, aventando todo lo que tuvieran en frente. Los buñuelos y tamales que Benita había preparado para festejar el nacimiento de Jesús, estaban regados por todo el sueño, llenos de tierra.

Benita, con su pequeña hija, Jose, en los brazos y los otros cuatro detrás de ella, agarrados fuertemente a sus ropas, cuidaba que no les hicieran daño.

Los tres hombres se fueron al darse cuenta de que Sebastián no estaba ahí.

Cuando Sebastián regresó a la casa por la pistola con la que mató a mi tío, fue la última vez que lo vi antes de venirnos pa´ México. Pa´ cuando la Defensa lo había ido a buscar él ya estaba muy escondido en el Rancho Trejo, con unos amigos de mi suegro.

Se hizo el sepelio de mi tío José, lueguito, al otro día. Mientras, mi concuño Emiliano, esposo de mi cuñada Catalina, y ella misma, pagaron un taxi pa´ que Sebastián se fuera a México.

En la ciudadá lo recibió mi Pá Lolo, así le decíamos a mi tío Isidoro porque era el mayor de los hermanos de mi papa. Curiosamente, estaba dándole asilo al que mató a su medio

hermano, pero pa' mi Pá Lolito pesó más que fuera mi esposo que el asesino de su sangre, porque sea como sea, mi tío José compartía con él la sangre de mi abuelo Cornelio.

Con mi Pá Lolo vivía también mi hermana Caya, que ya se había casao con José González, primo de Sebastián, hijo de doña Juana, hermana de mi suegro. Así que eso le ayudó a medio abrirse camino en la ciudad, porque luego de trabajar en Guanos y Fertilizantes de México, Sebastián entró a trabajar al mismo lugar onde el esposo de Rogelia, en los Transportes Ojeda, como machetero.

Sebastián ya se había librao del problema de algún modo, pus nadie sabía que había huido pa' México, pero a mí y a mis hijos se nos quedó la marca de ser la familia del que mató a mi tío.

Las hijas de mi tío José y su viuda, mi tía Celia, nos echaban hartas carnes y maldiciones por el altavoz de la tienda onde tenían el tocadiscos. Entiendo muy bien su coraje y su dolor, pero nosotros qué culpa teníamos. Sebastián ya estaba bien lejos y sin saber de todo nuestro padecer.

Nos mal miraban muchos del rancho.

La familia de mi tío José hasta secuestró un día a mi Chelo. Me la escondieron tres días. Aunque mi Jose estaba chiquita yo la dejaba encargada con Chona, quien como estaba criando a su hija Celia, también le daba chiche a m'hija en lo que yo iba a buscar a mi otra niña al cerro.

Había un hoyo entre las milpas al que le decíamos "el aljibe" y yo tenía harto miedo de que me la hubieran tiraó allí. Como nadie más se quiso meter, porque había ratas y culebras, me amarraron con unas riatas pa' ver si ahí estaba mi Chelo. Mi mama estuvo de testiga que yo sí me metí.

Bendito Dios Sacramento las culebras no salieron. Había una bolsa blanca y yo temía que mi Chelo estuviera adentro, muerta, pero no. Me volvieron a jalar pa' arriba, pa' sacarme. Por un lao descansé de que sólo fuera basura, pero por otro no sabía ónde la tenían. Corrí al cerro de vuelta pa' seguirla buscando, a ver ónde la jallaba.

En esos momentos tuve el apoyo de mi mama, ella no se ofreció a meterse al aljibe porque estaba esperando a mi hermano Pepe, pero con todo y su barriga, ella también corría conmigo pa' buscar a mi niña.

— ¡Ánimas benditas, que no me le haiga pasao nada a mi Chelo!, ¡recójanme ustedes a mi niña si es que por ahí anda en el cerro! —yo gritaba.

—No hay más remedio, compadre, yo voy a echar mi pecho al agua y voy a dar los datos de mi ñeta en las radiodifusoras de Irapuato, de que está perdida. Y discúlpeme, pero si el remedio es que su hijo venga a dar la cara por lo que hizo, pus que lo traigan, pero mi niña no va a pagar los platos que ella no rompió —le advirtió mi mama a mi suegro.

En eso estábamos, cuando llegaron dos viejitas en una carreta.

—Oiga, ¿aquí vive esta niña que nos jallamos en el cerro de Tamaula?, es que estaba solita chille y chille y le preguntamos quién era su papá y nos contestó que Natividad Grana, y su mamá Sabina Hernández, y cuando le preguntamos ónde vivía nos dijo que en el rancho de San Javier.

Y era m'hija Chelo, con sus ojos verdes ora bien rojos, todos hinchaos de tanto chillar. Mi tía Celia la había ido a tirar a ese cerro pa' que se la comieran los coyotes. Pus cuándo la iba a jallar. Las viejitas no sabían bien ónde estaba el rancho, pero por milagro de Dios, Chelo les guió el camino y así dieron conmigo.

Medio les platiqué lo que había pasao.

— ¡Ah, qué vieja desgraciada!, que quera cobrarse esto con tu hija, pero no te preocupes, ya te traemos tu niña.

—Miren, señoras, tengan esto aunque sea como pago a la caridá que me hicieron —les ofrecí algo de dinero, de ése que luego me jallaba y guardaba.

—No, madrecita, lo bueno que encontramos a tu hija, porque ya estaba cayendo la tarde ahí onde fueron a dejarla. No queremos nada, quédate con tu niña y ya estate tranquila.

—Pero, al menos díganme su nombre siquiera pa´ saludarlas o pedir por ustedes.

—Olvídate de nuestro nombre, lo que importa es que aquí está tu niña y no deseamos más que la alegría de que la tengas de vuelta.

Y agarraron camino. Ya nunca las volví a ver y a mí nadie me quita la idea de que esas viejitas eran las benditas ánimas del purgatorio a quienes les había pedido tanto.

Familiares de mi tío “Güerito” que vivían en Tijuana se enteraron de su asesinato y llegaron a Irapuato queriendo vengarlo, entre ellos venía un hermano de él, nunca supe ni su nombre. Decían que nos iban a quemar la casa si no entregábamos a Sebastián. Estaban retefuriosos y doña Juana me hizo favor de esconderme a mis hijos en un horno de adobe. Sólo nos quedamos en la casa Chona y yo, porque todos los demás, mis cuñaos y mis suegros, le juyeron pa´ las milpas.

Yo tenía tanto miedo, pero iba a aguantar hasta onde fuera con tal de que no me tocaran a mis hijos. No iba a correrle también, como los otros, total, lo que tenía que tronar que tronara.

Llegó mi papa a apoyarnos, traiba un rifle bien agarrao, y les dijo:

— ¡Somos medios hermanos y tenemos la mesma sangre, pero a m´hija no me la van a tocar, ni a mis hijos me los van a tocar!, ¡chingadazos queren, pus chingadazos nos vamos a dar! Aquí no somos ya nada. Me tocan a m´hija y a sus hijos y conmigo ora se la ven —y mi papa no soltaba el rifle—. Búsquenlo a él, m´hija no les hizo nada ni mis ñetos, vayan y busquen a Sebastián.

En eso también llegó mi tío Benito, él vivía en Irapuato y era mero hermano de mi tío José, o sea que era medio hermano de mi papa, pero se le volteó a su sangre y nos defendió:

—A la niña no me la van a tocar, nadie la va a tocar, porque ella no tiene nada que ver, ni sus niños y no me los vengan aquí a asustar. Regrésate, hermano, regrésate como Dios manda, ellos supieron causa o motivo por qué fue su problema, pero ella no tiene nada que ver con nadie, ni con ustedes ni conmigo.

Lo bueno fue que entendieron razones y no pasó de un susto de aquéllos.

Al ver, mi suegro, que las cosas ya estaban así de graves, me dijo:

—Mire, oiga, se tiene que ir pa' México, allá con m'hijo. Yo ya arreglé todo. Nomás la ropa de Mario no, la ropita de Mario déjela porque él no se va.

—Papito, pero mi niño yo no lo voy a dejar.

Y me obligaron a dejarlo, diciéndome que me fuera con mis otros hijos, que luego verían de mi Mario.

Yo no lo dejé por gusto, Dios lo sabe, pero quise resguardar a mis otros hijos, ya luego lucharía porque me lo regresaran.

Junto con Ambrosio, Chelo, Quiri y Jose, salí un jueves de la casa, a las tres de la mañana, pa' que nadie se diera cuenta que nos escapábamos. Caminamos por el cerro entre maleza y todo bien oscuro. Bocho (así le digo a mi Ambrosio), Chelo y Quiri, iban en un burro, temblando de frío, y yo traiba cargando a mi Jose porque estaba rechiquita, apenas tendría los seis meses, y pa' colmo traiba diarrea. Mientras avanzábamos, yo miraba pa' atrás llorando por mi Mario que se me quedó.

Hasta las diez de la mañana llegamos a Salamanca. Nos vinimos a México en un Flecha Amarilla, que en ese entonces era lo único que había, y tenía su terminal en la ciudad ahí en Lindavista. Ya me estaba esperando mi hermano Nilo.

Cuando Benita llegó a la gran urbe, la Ciudad de México, tan distinta a San Javier, quedó sorprendida por los altos edificios, las calles pavimentadas, las grandes avenidas y los puentes viales. Aunque poco observó, porque su mente se ocupaba en otras preocupaciones y una parte de su corazón aún permanecía en su pueblo natal con su hijo Mario.

Pocos meses quedaban para que Adolfo López Mateos cediera la presidencia de México a uno de los personajes más recordados de la historia de México, y no por sus buenas obras: Gustavo Díaz Ordaz. Los ferrocarrileros, maestros, telegrafistas, campesinos, obreros y estudiantes, contagiados por un movimiento revolucionario mundial, alzaban sus voces en contra de un gobierno opresor y exigían mejores condiciones de vida. El gobierno, por su parte, buscaba a toda costa reprimir tales manifestaciones. Era un estira y afloja que duraría varios años más.

La juventud “se rebelaba”, bailando *a go-go*, *rock and roll* y tomando malteadas de fresa en pequeños cafés; o los más “insurrectos”, apenas comenzaban a adoptar la ideología hippie y pregonaban la filosofía de “haz el amor, no la guerra”, vistiendo playeras estampadas con la mítica imagen tomada por el fotógrafo Alberto Korda, de Ernesto, “El Ché”, Guevara.

Pero Benita no se quedaría en esa gran urbe, ella radicaría en el Estado de México, en Nezahualcóyotl, un municipio tan cercano por su ubicación geográfica al Distrito Federal, pero tan lejano en cuanto a infraestructura. Se trataba de una entidad conformada por colonias insipientes, sin drenaje, agua y pavimentación, la mayoría de ellas, poblada por muchos inmigrantes de provincia o por quienes por azares del destino cambiaron su residencia ahí.

Excepto por los sembradíos y los corrales llenos de vacas, bueyes, gallinas y puercos, el nuevo hogar de Benita no distaba mucho del anterior.

Mi tío Nilo me llevó a mi nueva casa, en la calle Monterrey no. 52, pero del lado de la colonia Vergel de Guadalupe, en Nezahualcóyotl, ahí donde mi Pá Lolo cuidaba unos terrenos de un señor que se llamaba Pedro, y donde también vivía Edith, esposa de Nilo, Caya y su esposo Parna, así le llamábamos a mi cuñado José, y Sebastián, que hacía unos meses había llegado jugando del crimen que cometió.

Te aclaro que esa calle estaba del lado de La Vergel de Guadalupe, porque cruzando una avenida que se llama Independencia, está la colonia Jardines de Guadalupe, donde las calles se llaman igual que en La Vergel.

Sebastián me preguntó por Mario, al ver que no iba con nosotros, pero cuando le dije que sus papás habían dispuesto que se quedara allá ni chistó, al fin la palabra de sus padres era ley y de ellos todo lo veía bien, los justificaba diciendo que estaban enojados con él y que por eso lo querían. Pero yo no estaba tranquila, me dolía recordar a mi niño, no tenerlo conmigo.

Como a los quince días me llegó carta de mi mamá:

Benita, tal día recibes a tu hijo Mario, ya amenacé a tu suegro y si no entiende, rajo con la policía dónde pueden encontrar a Sebastián. Fui a ver cómo estaba tu hijo y lo jallé llorando en la orilla de la puerta, porque él quiere estar contigo.

Y a los pocos días recibí con tanto gusto a mi tesoro. Llegó con un pantalón todo remendado, unos huarachillos, un sombrero y de pilón una jaulita con un pajarito, que por cierto al otro día se murió.

Ya con mis cinco hijos y con algunos de mi familia cerca de mí, me sentí más tranquila. Sabía que los golpes no iban a acabarse, pero al menos ya estaba lejos de esa casa. Una casa con tantos bienes y dinero, pero vacía de cariño. De qué me servía ser parte de una familia tan adinerada y respetada, si mis niños no tenían ni el más mínimo lujo, todo estaba

tan cerca y tan lejos a la vez, que no extrañé nada más que a mis papás y mis hermanitos cuando me vine pa' acá.



“¡Tantos golpes me dio, tantas chingas le aguanté, tanto joderme mis manos pa´ yo sacar a mis hijos adelante, y vengo llorándole a este hombre!...”, 2009.

Foto: Brenda Contreras Paredes.

EL ALCOHOL, LOS GOLPES Y EL ORGULLO

*“En algún lugar del alma se extienden los desiertos de la pérdida,
del dolor fermentado;
oscuros páramos agazapados tras los parajes de los días”.*

Sealtiel Alatríste

Mi Pá Lolo estaba muy contento de tenernos con él, pero todo cambió cuando él mismo fue testigo de las golpizas que nos daban a Caya y a mí, porque no nomás yo era golpeada por mi esposo, mi hermana también sufrió mucho, en veces ella me defendía a mí de Sebastián y yo a ella de Parna, pero pus como ellos eran más que primos, amigos, se daban valor uno con el otro y nosotras éramos las fregadas.

La historia de mi hermana Caya es muy parecida a la mía, su matrimonio también fue más de a fuerza que de ganas y desde el principio la golpeaba mucho su esposo. A hoy mi cuñao todavía vive, como quera yo ya descansé de mi cruz, pero ella... la mera verdá no sé si sigue sufriendo los golpes de su esposo, pero lo que sí sé es que no ha sido feliz con él.

Lo que no entiendo es qué tuvo que ver la educación que mi mama nos dio, porque mi hermana Amparo, que es la más chica, tampoco pudo ser feliz; su gran amor y con quien sí hubiera jallao la felicidad se quedó aquí en México una vez que pasó un tiempo con nosotros, todo porque mi mama le prohibió casarse con él y se la llevó de regreso al rancho sólo pa´ que con quien se casara allá la golpeará al grado de hacerlo hasta embarazada, y dicen que su bebé nació mal de su piecito por culpa de los golpes que le daba su esposo en el vientre.

Lo que sí tengo que decir es que Parna siempre que compraba o acercaba algo pa´ su familia también lo compartía con nosotros. Hasta cuando compró su radio nos sentábamos

todos en unos cartones alrededor pa' oír a Porfirio Cadena¹, y cuando Parna compró la televisión, nos gustaba ver La Gata², y Caya y yo en la chilladera por lo que veíamos de la novela. Mis hijos esperaban con hartó gusto los sábados pa' ver las películas de Viruta y Capulina, Bonanza y El llanero solitario.

Benita ya no tenía que conformarse sólo con recrear las historias que le contaban, como cuando su mamá les leía a ella y sus hermanos, algunos libros que su papá trajo de Estados Unidos. Ahora, los personajes tenían rostros, y los objetos formas propias. Quien poseía una televisión propia, era admirado, e incluso podía hacer negocio al cobrar la entrada para ver los programas más populares de la época.

Y aunque la magia de la lectura no puede ser sustituida por nada, ella se embelesaba frente a la novedad de que una caja con cables pudiera contener tantas imágenes. No comprendía cómo, ni tampoco le preocupaba, únicamente se sentaba frente el televisor, junto con su familia, para soñar un poco en cómo sería ser la protagonista de su novela preferida, era un escaparate en medio de sus problemas diarios. No obstante, al apretar el botón de apagado, Benita debía regresar a su realidad, una realidad de la que, en apariencia, inexorablemente no podía escapar.

Fue hasta un día que mi Pá Lolo se hartó de la situación y ora sí se la sentenció a Sebastián:

¹ Hace casi 60 años que la historia escrita por Rosendo Ocañas se hizo muy popular dentro de las “series rurales”, cuando también era común escuchar a “Chucho el Roto”. En El Ojo de Vidrio se retoma la historia de un salteador de caminos, quien impulsado primero por la venganza y luego por el gusto, hace de la justicia lo que quiere, pero siempre conservando los principios de igualdad que se acostumbraba en las primeras décadas del siglo XX.

En la página de Internet de donde se tomó esta información y que enseguida se menciona, se pueden escuchar los capítulos de la serie original que se transmitiera en la década de los 50 del siglo pasado. Véase, www.porfiriocadena-elojodevidrio.com, acceso 20 de marzo de 2009.

De esta misma radionovela, en 1969 se hizo la versión para la televisión, dirigida por Leandro Blanco y producida por Jesús Alonso para TELEVISA, protagonizada por David Reynoso y Carmelita González. Véase, www.alma-latina.net/OjodeVidrioEl/OjodeVidrioEl.shtml, acceso 20 de marzo de 2009.

²La telenovela “La Gata”, fue escrita por Inés Rodena, dirigida por Antulio Jiménez Pons y producida por Valentín Pimstein para Tele Programas Acapulco, S.A. La historia fue protagonizada por María Rivas y Juan Ferrara, e inició sus transmisiones el 3 de noviembre de 1970. Véase, [ww.network54.com/Forum/223031/message/1040949335/*"%3BLa+Gata"%3B*\(M%E9xico,+1970\)*](http://www.network54.com/Forum/223031/message/1040949335/*"%3BLa+Gata"%3B*(M%E9xico,+1970)*), acceso 20 de marzo de 2009.

— ¡Ay, desgraciao!, yo no sé pa' qué te alojé aquí, hasta ora veo cómo ustedes mismos son los que mortifican a mis hijas.

Entonces, como ya no podían darnos nuestros cates a sus anchas, nos cambiamos a la casa de una señora que se llamaba Eufrosina, que tenía unos cuartos en renta. Estaba en la misma calle, Monterrey, pero en esquina con la avenida Las Torres. No duramos mucho ahí, pus pronto nos pidió el lugar.

Parecíamos judíos errantes, pero al fin nos acomodamos en una casa por varios años, en la calle Jalapa, en la misma Vergel. La dueña era una señora que se llamaba Elena.

Y aunque me imagino que con el sueldo de Sebastián como maniobrista y machetero al menos podíamos sobrevivir, pocas veces vi algo de lo que ganaba. Al principio, cuando recién llegué del rancho, me las arreglé con un dinero que yo traiba, pude haber traído más si hubiera vendido mis animales antes de venirme pa' acá, pero con la premura de la huida, ni tiempo tuve y luego supe que mis cuñaos Santos y Toño se quedaron con ellos. De Toño no me da coraje ni dolor, porque él era bien lindo conmigo, me defendía mucho.

Hasta la dichosa pistola con la que Sebastián mató a mi tío Güerito, que tenía cachas de oro, se quedó allá en San Javier, ¡mejor!, yo pa' qué la quería si había sido la causante de mucho sufrimiento, pero también lo que pasó ayudó a salirme de esa casa, al menos ya nomás el que me cuereaba era Sebastián y no su mamá o su hermana. Una ñeta mía dice que todo tiene una razón y que no hay casualidades, ora creo que sí es cierto.

Casi cuando ya se me estaba acabando el dinero, y como caída del cielo, Esperancita, que era una vecina que tenía muchos hijos y a la que conocían por ser medio flojilla pa'l quihacer, me dijo:

—Bena.

— ¿Qué pasó, Esperancita?

— ¿No me ayuda a lavar una ropita?

—Sí, Esperancita, tráigamela —y que me lleva dos costales con harta ropa y bien sucia, pus casi toda era de sus niños, pero eso sí, también se aprevino con su garrafón de clarasol, una bolsa de kilo de jabón de polvo y dos barras de jabón de pasta.

En un día me eché ese garrerío, le dejé llenos sus tendedores y le gustó mucho cómo le lavé su ropa, así que me siguió dando trabajo. Me acuerdo que me pagó 50 pesos, me trajo dos pollos del rastro onde trabajaba su esposo, un kilo de arroz, un litro de aceite (aquí sí conocí el aceite pa´ cocinar) y me dijo que me dejara el restante del jabón y del cloro que me había llevao pa´ su ropa.

—Déjate eso pa´ que laves a los mocosos —así le decía a mis chamacos.

Yo creo que me recomendó con sus conocidas, porque también me buscó una señora que se llama Isabel, todavía vive ahí en la colonia Jardines de Guadalupe, yo le decía y le digo Chabe, de cariño.

—Bena, ¿me haces favor de ayudarme con una ropa que tengo pa´ lavar?

—Sí, Chabe, nomás que no sé si pueda hacerme favor de traérmela, es que le voy a hacer de comer a mis niños —en eso mi hermana Caya, que estaba escuchando se acercó.

—Vete, Benita, pa´ que no andes dando vueltas, yo hago de comer y le doy a tus hijos.

Pa´ ese entonces, quien necesitaba de más cuidao era mi Jose, que apenas empezaba a caminar, pero mis otros hijos también estaban al pendiente, así como los hijos de Caya.

Y me fui a lo que te puedo decir que fue mi primer día de trabajo fuera de la casa. Como pago, Chabe me llenó una bolsa con chiles, jitomates, tomates y un kilo de rellena, además de 20 pesos y una caja de huevo llena de ropa usada pa´ mis hijas, pus ella tenía puras niñas.

Cuando me vieron llegar con todo aquello, fue un gozo tan grande, había vestidos de terlenca, tobilleras, suetercitos, zapatos. Casi siempre mis hijos vistieron con ropa que me

regalaban, pero creo que eso muchas veces hace que se valore más lo poco o mucho que uno llega a tener.

Dentro de esa nueva vida en la que podía ser un poco más libre que en el rancho, ocurrió algo que me llenó de dolor, y es que mi papa se puso remalo y tuvo que venirse pa' México pa' que lo atendieran. Lo llevamos con el doctor Cortés, ahí por el mercao de la Campestre Guadalupeana, pero él nos dijo que estaba grave y que mejor de una vez nos fuéramos hasta La Raza. Ése fue el último viaje de mi papacito, murió luego llegamos al hospital.

En una funeraria de Casas Alemán lo arreglaron y lo metieron en su cajita y luego en la carroza pa' que lo llevaran hasta Irapuato a sepultarlo, como él quería. Sólo así regresé al lugar onde nació y onde había padecido tanto.

Mientras veía cómo le echaban tierra a la caja de mi papa, yo no podía dejar de llorar, de gritar que ya no iba a tenerlo conmigo. Ingratamente deseaba que en vez de él, Dios hubiera recogido a mi mama, pero no, él sabe porque decidió que fueran así las cosas y uno no debe renegar de lo que Dios dispone.

En ese entonces, Sebastián andaba quedando bien con una muchacha que se llamaba Margarita.

Por su trabajo, en veces lo mandaban fueras y dilataba hasta meses en volver. Éramos tan felices todos cuando eso pasaba. Una ocasión me dijo que lo habían mandao a Coatzacoalcos, Veracruz, que a "La Cangrejera"; cuando lo mandaban pa' allá regresaba hasta después de un año.

Resulta que no iba nomás a trabajar, sino que se iba a ir con aquella mujer, pero Caya lo cachó en la maroma, pus Simona, una vecina, le chismeó que Sebastián andaba tras una mujer. Caya lo siguió hasta onde iba a tomar el camión, que en ese tiempo era hasta La Pradera, cerca del Deportivo Los Galeana. Que lo ve con la mentada Margarita, los dos con sus petacas en la mano.

— ¡Ah, grandísimo cabrón!, con que te vas, ya sé por qué te vas, a mí se me hace que eso de Coatzacoalcos es pura mentira —le gritó Caya mientras le arrebatava la petaca—. Te vas, pero sin nada y a la casa de mi hermana no regresas.

Sebastián se fue con la tal Margarita, luego de un tiempo regresó pidiendo dizque disculpas. Pa' mi mejor que ni hubiera regresao, aunque me hiciera taruga. De todos modos siguió buscando mujeres de ocasión.

Mientras Sebastián se la pasaba tomando, gastando todo en alcohol y en mujeres, allá en una casa en la calle Morelia, yo seguía lavando y planchando ajeno, pero ya no me acongojaba tanto, pus gracias a Dios siempre tenía comida pa' mis hijos, ropita, y hasta los metí a la escuela “El Calmécac”, aunque sea de mientras a los más grandes, pa' que no fueran ñorantes como yo.

Antes, lo que hoy se conoce como la colonia La Cuchilla, eran basureros, y Mario y Bocho se iban a juntar fierro pa' luego venderlo. Me daba tristeza que mis niños, bueno, ya eran más jovencitos, tuvieran que trabajar, pero su ayuda junto con lo que yo ganaba nos servía pa' no carecer tanto y más porque ya había una bebé más en la familia, pus a los dos años de que naciera mi Jose, dos días antes del día de las madres, nació Lorena.

Puedes pensar que como ya estaba en la ciudá la tuve con el doctor, en un hospital, pero no, la tuve igual que a mis otros hijos en el rancho, todo el parto hasta el nacimiento fue en mi casa, con cartones en el suelo y sin ningún medicamento. Me acuerdo que estaba cayendo mucha lluvia, era un día de esos de mayo que no para de llover. La casa era de adobe y tenía hoyos por todos laos, el agua se metía a chorros, aun así nomás tendí unos cartones en el suelo, así como me había enseñao en el rancho. Mi tía Flor, que ya se había venido pa' México, me ayudó a cortarle el cordón a Lore.

Cuando me alivié de Carmen y Pablo, mis dos hijos que le siguieron a Lorena (Carmen a los tres años de Lore, y Pablo a los tres años de Carmen), tampoco fui con el doctor.

De Came, me ayudó una señora que se llamaba Chelo, nomás pa´ recibirla y me cobró 50 pesos. Y de Pablo, me hizo el favor, Gloria “La Güera”, que aparte de enfermera y partera también sobaba los huesos. Con ella todavía voy o van mis hijos, hijas, ñetos y ñetas — como dijera Fox— cuando nos torcemos algún hueso.

Puedes creer que hubo una ocasión que vino mi suegro pa´ ofrecerle dinero a Sebastián, pero el muy insensible no lo aceptó.

—No, padre, llévatelo, yo aquí no necesito nada, lo necesitas más tú, yo no te voy a quitar lo que es tuyo —le dijo a su papá, pero no por orgullo, sino porque no quería que gastaran nada en nosotros, como si viviéramos en la riqueza.

Mi suegro traiba también una canasta con queso, huevos y semillas de calabaza, pero esa era pa´ mí.

—Mira, Benita, ahí te manda esto la viejilla, Sabina, que te lo entregara en tus propias manos —me dijo.

—Gracias, papito, Dios se lo pague.

Lo que mi suegro no sabía, es que entre las cosas venía escondida una servilleta con dinero. A hoy no entiendo cómo mi suegra se apiaó de nosotros y se desprendió de aquéllo pa´ dármelo a mí, a quien antes había tratao pior que a una enemiga. Eso sí lo tengo guardao como un buen gesto.

Cuando empecé a trabajar en forma en casas haciendo quihacer, lavando y planchando, fue gracias a don Pancho Tinas, así le decíamos porque vendía tinas, era esposo una señora llamada Amparo.

—Señora Benita, ¿usté lava?

—Sí, señor Panchito.

—Es que quería ver si le iba a lavar a mi prima.

— ¿Hasta ónde, Panchito?

—Aquí a la colonia 20 de Noviembre.

—Pero yo no sé ir, señor.

—Yo la llevo.

Con tanto respeto que siempre me tuvo, don Pancho me llevó onde su prima, Licha, que luego junto con su esposo, el señor, señorón, Agustín, se hicieron mis compadres. Mi compadre Agustín trabajaba en un rastro de puercos, y desde que yo entré a su casa mi vida siguió cambiando pa´ bien, con los trancazos de siempre pero también con esperanzas.

Yo ya sólo le pedía a mi Dios vida y roña pa´ rascarme, porque a mí ya no me faltaba nada. No nomás le trabajaba a Licha, también me las arreglaba pa´ lavarle a Chabe y a Esperancita, así que ora de comida no podía quejarme, pus todas me daban mi ración.

Al cabo de un tiempo, mis compadres se cambiaron a la misma colonia onde yo vivía, así que ora era más fácil ir y venir, me daban permiso de llevarme a Pablín, pus era un bebecito. Mi compadre Agustín, más que mi patrón parecía mi marido, con todo respeto pa´ mi comadre, pus cada ocho días me compraba mi mandao, me daba carne de puerco y carnitas, aparte de mi sueldo por lavar, planchar y hacer de comer. Cuando sus hijos dejaban ropa también me la regalaban.

Un día mi Quiri necesitaba zapatos porque iba a salir en un bailable, Licha me había dao unos, pero estaban bien grandotes. Pus ahí va mi pobre hija con sus zapatotes chacualeándolos.

Mis hijos nunca fueron exigentes conmigo y entendían bien la situación que pasábamos, entre ellos se cuidaban, junto con sus primos, hijos de Caya. Ellos ya sabían de los Reyes Magos, pero no me pedían juguetes, sabían que mi prioridá era tenerles su escuela, su comida y su ropa. En veces sólo les compraba un juego de té pa´ todas y se repartían los trastecitos, y a mis hijos algún carrito, muy modesto todo.

Benita, por más que lo deseara, no podía cuidar de sus hijos durante una gran parte del día. Su hermana Caya la apoyaba mucho al darles de comer y “echarles un ojo”, aun así, era común ver las calles repletas de niños jugando con la tierra, haciendo pequeñas zanjas, corriendo de un lado a otro, jugando futbol con una pelota hecha de cuero duro que inevitablemente dejaba la piel roja con cada “balonazo”.

Cerca de la casa que habitaban Benita y su familia, había un hoyo que servía de basurero, en donde cada mañana las señoras iban a tirar sus desechos. A sus hijos y sobrinos les gustaba prenderle fuego a esa basura e imaginaban que era una lumbrada, pero un día algo que no podía ser expuesto al calor explotó y salió volando un pedazo de plástico ardiente que se pegó a Jose en su cara y su cuello.

Edith, la esposa de Nilo, me curó a mi niña. Le lavaba la herida y le ponía pomada del Tepezcohuite.

Por un buen tiempo m'hija no pudo abrir su ojito, y Parna me la motivaba pa' que lo abriera: —Ándale, Chupiro —como le decía él a mi Jose—, si me adivinas de a cuanto es este billete te lo doy.

Y ella trataba de abrir su ojito pa' decirle y ganarse el billete. Gracias a Dios m'hija salió adelante y se curó.

Antes no había tanta maldá, tanto que la puerta de nuestro cuarto no se cerraba con llaves, nomás con una tranca la atorábamos, y hasta mis hijos luego vagaban buscando hacer mandaos o algún trabajito. Mi hermana Caya me ayudó mucho al echarles ojo a mis críos, y conforme iban creciendo las mujeres me apoyaban con el quihacer. Mi Quiri siempre fue muy movida y no esperaba que yo le pidiera el favor, cuando llegaba de trabajar ya estaba el quihacer hecho, y Chelo me les hacía de comer.

Con los años fui dejando de trabajarles tanto a Licha como a Chabe y a Esperancita, pus encontré trabajo en San Andrés Tetepilco, una colonia de Iztapalapa, Distrito Federal. Mi patrona se llamaba María Eugenia, yo le decía Geña de cariño, ella vivía con sus hijas Bertha, Socorro, que le decíamos Coco, y Pipis, que en realidá se llamaba Silvia Guadalupe.

De todas las señoras que te platico que me dieron trabajo, sólo viven Licha y Chabe, Esperancita murió en un accidente de tren, Geña murió de cáncer.

Geña era maestra, y tenía hijas grandes que también trabajaban pero vivían en la misma casa. Me traiban desayunitos pa´ darle a mis hijos, eran lechitas y galletas, como ora les dan en las escuelas por parte del DIF.³

Aun así, en veces yo sentía un vacío grande en mi corazón. Una mañana, antes de llegar onde Geñita, luego que me bajé del camión, iba pasando por un llano que estaba en la avenida Presidente Plutarco Elías Calles, me senté en una piedra y me puse a llorar, yo sola, como una loca. Veía tan grande esa avenida, y como eran los primeros días que iba con ella a trabajarle, esa vez no reconocía por ahí, me entró tristeza y miedo de que no daba con la casa.

³ El Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia (SNDIF), es el organismo público encargado de instrumentar, aplicar y dar dimensión a las políticas públicas en el ámbito de la asistencia social. El SNDIF tiene su primer antecedente en el Programa Gota de Leche, que en 1929 aglutinaba a un sector de mujeres mexicanas preocupadas por la alimentación de las niñas y niños de la periferia de la ciudad de México. A partir de Gota de Leche se formó la Asociación Nacional de Protección a la Infancia que comenzó a recibir apoyo de la Lotería Nacional para la Beneficencia Pública. El 31 de enero de 1961, tomando como fundamento los desayunos escolares, se crea por Decreto Presidencial, el organismo descentralizado Instituto Nacional de Protección a la Infancia (INPI) que generó una actitud social de gran simpatía y apoyo hacia la niñez. El 15 de julio de 1968 es creada, también por Decreto Presidencial la Institución Mexicana de Asistencia a la Niñez (IMAN), que se orientaba a la atención de niñas y niños huérfanos, abandonados, desvalidos, discapacitados o con ciertas enfermedades. Más tarde, en los años setenta, se crea el Instituto Mexicano para la Infancia y la Familia.

Es así como en 1977 se crea, por Decreto Presidencial, el Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia (DIF), a partir de la fusión del Instituto Mexicano para la Infancia y la Familia (IMPI) con la Institución Mexicana de Asistencia a la Niñez (IMAN). Actualmente, el DIF pasa por una etapa de consolidación y reestructura orgánica como parte de un proceso de modernización administrativa que le permitirá adaptarse a las nuevas condiciones de la Asistencia Social en México, y afrontar los retos que el futuro le depara. Véase Alfonso Pérez, “El DIF y sus antecedentes”, dif.sip.gob.mx, acceso 20 de agosto de 2009.

— ¡Ay, Dios mío! Todo porque este hombre no ha sabido valorar su vida, no ha sabido entender, yo qué necesidá tengo de andar tan lejos de mi casa y perdida pa´ acabarla — pensé —; si estuviera cerca de mi familia, de onde nací, tal vez sería otro mi cantar.

Por obra de Dios di al fin con la casa de Geña, a lo mejor del llanto no veía bien el lugar y andaba recerca.

Llegó el día que doña Elena nos pidió los cuartos que nos rentaba; Caya y yo no sabíamos que hacer, lo único que se nos ocurrió fue salir a buscar otra casa por el rumbo, y jallamos a una señora que curiosamente también se llamaba Elena, que ora vive en Valle de Aragón, ella tenía una casa sola en renta y nos la prestó pa´ vivir, bueno, con su respectiva paga. Nos dio la facilidá de no pagarle depósito, sólo la cantidá por mes. Los gastos del alquiler nos los dividíamos con Parna y Caya, mucho tiempo vivimos con ellos, en cuartos diferentes, hasta que se cambiaron, primero, a Cuauhtepac Barrio Alto, y luego compraron un terrenito en Sagitario 3, en Ecatepec, Estado de México.

La casa que nos rentó la señora Elena, estaba en la calle Hermosillo no. 51, en la colonia Jardines de Guadalupe. Más bien eran unos cuartos, pus no alcanzaba pa´ más, mis hijos se quedaban unos en la cama y otros en un petate, cuando llovía harto se metía el agua y a los que les tocaba en el suelo amanecían con la espalda toda mojada.

Las carencias seguían siendo muchas, y aunque en algunas casas ya había estufas de gas, nosotros teníamos una *Fraga* de mecha, que tenía en la parte de atrás un como vitrolero onde se echaba el petróleo y se iban quemando las mechas. Era más el humadero que lo que calentaba.

No había agua potable. Hicimos un hoyo, porque antes el agua no estaba tan abajo; la poca que juntábamos la ocupaba pa´ lavar y bañar a mis hijos. Muchos chamacos andaban con el pelo medio güero porque esa agua estaba resalada.

Sebastián cada vez tomaba más y desde que llegamos a la Hermosillo, no había día que no viniera todo miao y surrao.

Se metía a la casa a tumbos y desde lejos ya lo veía caminando como si se hubiera bajao del caballo, nomás abría las patas y me daba cuenta de que traiba todo lleno de mierda y por sus purititos calzones hasta se paseaba por toda la casa dejándome su mojonero, luego me chiflaba pa' que fuera a limpiarlo. Un día sí me dio harto coraje y como yo pensaba que al otro día ni se acordaba de nada, me aproveché de su borrachera, él estaba parao en medio del patio, dije —Ora sí, cabrón, me las pagas juntas —y llegué, le bajé los pantalones y los calzones y lo dejé al aire, pus antes no había ni bardas que dividieran las casas, saqué agua retefría de un tambo, le eché harto cloro y lo empecé a tallar con la escoba.

A otro día, Caya, que él le decía “La Prieta”, lo vio ahí sentao en la cama y nomás de preguntó:

— ¿Y ora qué, cagón?

—Pus tu hermana, anoche me bañó con agua bien resbalosa, Prieta, y bien fría.

— ¿Y cómo sabes que estaba fría el agua?, no que luego no te acuerdas de nada, verdá que nomás de lo que te conviene. Si sí te acuerdas, por qué llegas así de esa manera, repartiendo golpes.

Yo, que estaba escuchando desde la puerta, pensé: — ¡A ver si te arden las nalgas, cabrón!

En veces que Sebastián llegaba borracho me corría a mis hijos Mario y Bocho, porque me defendían cuando me pegaba y me arrastraba por todo el cuarto de los cabellos, hasta arrancarme mechones completos; Quiri y Jose también se metían, pero como eran mujeres a ellas no las sacaba. Bonito hombre, no daba nada pa'l gasto pero bien que exigía y mandaba. De tantas corridas, hasta un día Mario se fue de la casa unos días a la casa de mi tía Flor, que vivía en la calle Morelia. Yo le llevaba de comer a mi tesoro, pero como sentía que Sebastián no quería a m'hijo porque era al que más le pegaba y lo sacaba de la casa, hasta fue capaz un día de ensinar que yo me metía con él.

Mis muchachitos tenían que dormir en la calle, en unas zanjas que había alrededor de los terrenos, porque ya empezaban a meter el drenaje; o luego se iban a una fundidora onde trabajaba su amigo Odilón, al que le decían “Gori”. Ese muchacho también sufrió mucho, cuando era niño quedó huérfano de padre y su padrastro lo trataba remal, yo creo que cuando mis hijos y él se juntaban compartían sus penas. “El Gori” murió joven, de cáncer en el estómago.

Came era la más melosa con Sebastián, él le decía “La Pico”, y cuando necesitábamos dinero pa’ algo, ella era la que se lo pedía con el pretexto de que le habían pedido algo en la escuela. A Came sí que no le negaba nada.

Los domingos eran los únicos días que compraba algo pa’ comer, me paraba temprano y nos íbamos al mercao de la Campestre Guadalupana, ahí cerca de onde estaba el consultorio del doctor Cortés, onde habíamos llevao a mi papa cuando enfermó antes de morir. Como Pablo era el más chiquito, me lo llevaba con nosotros. Sebastián caminaba delante y nosotros siguiéndolo a cada paso. Ni alcanzábamos a llegar al dichoso mercao, ni comprábamos de almorzar, porque si de repente se le antojaba pasar a una pulquería que estaba mero en medio de La Vergel y La Pradera, pus ya se amolaba la cosa. Nos decía: — Espérenme aquí, voy a echarme un trago.

A pesar de que las pulquerías existen desde la época de la Colonia, hoy su extinción es casi total, exceptuando las que, para sobrevivir, tuvieron que adecuarse a la modernidad y competir con los proliferantes bares.

Desde sus inicios, las “pulcatas” han sido víctimas de una concepción que las inferioriza en cuanto al “tipo de gente” que las concurre. En la época de la Colonia, por ejemplo, éstas eran para la plebe, mientras las vinaterías eran expendios donde consumían vino los españoles y criollos, y podían acudir en familia.⁴

⁴ “Las pulquerías ‘vayan entrando’...”, pulquerias.blogspot.com/.../las-pulquerias-vayan-entrando.html, acceso 30 de mayo de 2010.

La popularidad de las pulquerías radicaba en su atuendo paupérrimo que no exigía catadura especial para ingresar y los tacos de salsa martajada de molcajete acompañando una rica pancita, pozole o migas, para los que quisieran “curarse la cruda”.

El pulque, llamado “néctar de los dioses”, era buscado por la clase baja por su baratez. Sebastián pertenecía a dicha clase y aprovechaba el apogeo de estos centros de consumo de bebidas alcohólicas. Se decía, de manera exagerada, que en México había una pulquería por calle⁵, hoy, encontrar alguna, resulta casi una expedición en el Amazonas.

Fíjate, nos dejaba sentaos afuera, en la banquetta, desde las nueve de la mañana; daba la tardecita y ya desesperada, veía a algún señor que iba a entrar a la cantina y le pedía de favor que le hablara a Tarso, como lo conocían ahí. Según decían que Sebastián le daba un aire a Iñacio López Tarso.

Se asomaba por la puerta y con la mano nos decía que lo esperáramos tantito, y se volvía a meter. Nos daban las tres o cuatro de la tarde y nunca salía, mejor agarraba a m'hijo y me iba de retache a la casa.

Ya luego ya no me hacía taruga y cuando llegaba el domingo y me decía que fuéramos al mercao yo le contestaba que no.

Qué más hubiera querido yo, que darles una mejor vida a mis hijos, que estudiaran, que llegaran muy lejos, pero no pude... pero todo por la maldita ñorancia. De los que nacieron en México ni sus papeles tenía.

Como en el rancho quien me registraba a mis hijos eran mis suegros, yo por ñorante no sabía cómo se hacía eso, y así andaban mis hijos, sin papeles. No los registré porque me habían dicho que como Sebastián tenía deuda con la justicia podían agarrarlo si se

⁵ Camilo Ayala Ochoa, “Las pulquerías y sus nombres”, www.illac.com.mx/.../las-pulquerias-y-sus-nombres, página oficial del Foro Iberoamericano sobre bibliodiversidad, acceso 30 de mayo de 2010.

presentaba a algo de eso. Gracias a Dios, en mi camino se cruzaron personas que me ayudaron cuando lo necesité, pienso que eran ángeles que Diosito me mandaba pa' hacerme menos duros algunos momentos. Entre ellos, hubo un maestro llamao Macario, que me metió a mis hijos a la escuela y me les dio su certificado. Ya luego, yo mesma dije, ya basta de tarugadas. Y hasta que murió Sebastián registré a mis hijos. En un día registré a Carmen y a Pablo, a otro día a Lorena, ahí por el cine Corregidora.

Aunque Jose nació en el rancho, con todo lo que hubo, a ella no la llevaron a registrar, pero como ya era más grande con ella me pedían más requisitos y hasta me decían que tenía que pagar una multa.

Otro ángel apareció en mi vida, y entre pláticas, ahí en La Bola, una licenciada que se llamaba Patricia Merino me dio una solución.

Me llevó a San Martín Texmelucan, en Puebla, con una licenciada que se llamaba Cristina, ni cola hicimos. Los testigos los pagué allá, 50 pesos cada uno. Rápido me dieron el acta, luego fuimos a comer algo, paseamos un rato por ahí y conocimos aires nuevos. Compramos pan, camotes y ates.

Regresamos por la tarde y ora sí, todos mis hijos tenían su acta.

Lore y Came ya iban a la escuela, y a Pablín me lo llevaba cada que iba a trabajar con Geña.

Geña me vistió a mis hijas, era igual ropa usada, pero así ya era un gasto menos. Me daba hasta brasiéres *Carnival*. Un tiempo después, Quiri entró a trabajar en una fábrica de micrófonos que se llamaba Piezo.

M'hija estaba bien chiquilla, tenía 17 años, pero la necesidá hizo que tuviera que trabajar, yo no pude acompañarla mientras se acoplaba a andar en los camiones, sólo el primer día la encaminé y ya luego se la encomendé a Dios. Como su trabajo estaba cerca de onde vivía

Geña, en veces la esperaba pa' comer y también en veces cuando salía nos regresábamos juntas a la casa, mientras Chelo me hacía favor de esperar a Lore, Came y Pablín cuando llegaban de la escuela y ya hasta tenía la comida preparada.

No nomás Quiri trabajó chiquilla, también mi Jose, cuando ya pudo entró también a una fábrica. De hecho, como ya ganaban su dinerito y estaban hartas de los golpes que su padre me daba, hasta me pedían que nos fuéramos sin él a rentar un cuarto, pero nunca me atreví a dejarlo ni ellas a mí.

Pa' ese entonces, Chelo ya se había juntao con Andrés, "El Chino", que era un muchachillo que vivía en la misma calle, Hermosillo. Recuerdo que dentro de todo, era una de las consentidas de Sebastián y cuando una noche no llegó, supimos que ya había decidido irse con él. Él no le pegó, pero sí se enmuinó hartito, ni siquiera le habló. Yo nomás veía a Chelo dando pisadotas refuertes mientras llegaba a la puerta y sólo repetía: — ¡Es mi vida, yo sé lo que hago! —y se fue. La casa de El Chino estaba cruzando la acera, por eso Chelo se la pasaba todo el día en mi casa, y al hacer de comer, pus también hacía pa' su marido. A hoy viven en Pachuca, allá compraron su terrenito y levantaron su casita.

A Sebastián le decían "El maldito", y cuando mis hijas platicaban con amigos y lo veían venir desde lejos, corrían al que estuviera y ellas se metían luego, porque si las jallaba, sacaba el machete o la pistola y correteaba a los muchachos.

Ambrosio ya se había casao con Ángela, una muchacha de La Vergel. Cuando decidieron hacer su vida, fuimos Sebastián y yo a pedirla, pero ni a la boda por el civil, ni por la iglesia él nos acompañó. Cuando fue el casorio por la iglesia, Sebastián se puso una borrachera de aquéllas y nomás llegó al festejo pa' hacer un san quintín, corrió a la gente, echó de madres, hasta que Nilo lo sosegó de unos trancazos.

Desde el principio se fueron a vivir con la mamá de Ángela. Él fue el primero en darme un ñeto, Óscar, que rara vez nos lo llevó pa' verlo, así como a Marbel, su segunda hija y mi primer ñeta mujer.

Mario también ya se había casado con una muchacha llamada Ana, pero sólo por el civil, en La Bola. Sebastián tampoco fue. Por tradición, a la familia de la mujer le toca el civil, pero Ana también era muy pobre, así que les propuse que yo me encargaba de la comida. El menú fueron unos nopales y tacos de chicharrón.

Con el tiempo, ellos tuvieron también un niño en su primer encargo, al que nombraron Mario, como mi hijo. Ellos vivieron conmigo un tiempo, pero nunca es lo mismo ver al hijo de una hija que de una nuera, pues las hijas nos aceptan todo, o de menos escuchan los consejos de uno, pero las nueras naturalmente van a buscar a sus madres y lo que uno les diga en veces lo toman a mal.

Lueguito, Chelo encargó su primer hijo, Manolo. Ya pa' tenerlo, ella sí se alivió en un sanatorio de La Pradera. Nomás yo y su suegra, doña Modesta, estuvimos en la sala de espera.

Sebastián no quería ver al niño porque todavía traía el coraje de que ella se había ido, hasta un día que se lo arrimé, me aventó con todo y crío, pero en veces lo agarraba sin que según él nos diéramos cuenta.

Pa' cuando Mario y Chelo tuvieron su primer hijo, Bocho ya tenía al tercero, otro varón al que llamaron Luis, Huicho como le decimos.

A Mayín y a Huicho, a la contra de Manolo, Sebastián sí los veía hartos.

- **El único y último adiós**

Yo sentía que Sebastián creía que iba a poder tener pa' siempre la vida tan acelerada que llevaba, pero esa misma vida cobra factura, y luego de que la de él estuviera llena de ingratitudes y vicios, un día su cuerpo ya no aguantó tanto alcohol y se tapió, ya no pudo orinar más.

Ahí sí se le quitó lo macho y se preocupó hartito, le hablamos a Bocho pa' que nos acompañara a llevarlo al seguro, a la clínica 29. Nos dijeron que era la próstata y que tenían que operarlo.

Dios todavía le tuvo compasión y le dio otra oportunidad, porque salió rebien de la operación. Duró como un mes en cama y cuando ya se sintió mejor se le quemaban las habas por regresar a trabajar:

—Mujer, ya estuvo bueno de flojear, yo creo que ora sí es tiempo de que vuelva al trabajo —me dijo.

Ese mes cambió totalmente, parecía otro, ya no me pegaba ni a mis hijos, no tomaba, hasta en veces hacía de comer: asadura de puerco, que eran las vísceras del puerco, con frijolititos refritos, huevos estrellaos en el comal, cáscaras de papa a la mexicana, con su chilito, cebolla y jitomate. No, si cuando veía que hacíamos papas y tirábamos las cáscaras, nomás nos decía: — ¡Ah qué mujeres éstas!, nomás desperdiciando.

De verdá que lo veía y no lo creiba. Pero a hoy, pienso que hasta pa' la muerte hay un aviso y uno sin saber hace algo por cambiar cuando se está a un paso del hoyo.

Sebastián me dijo un jueves en la noche que a otro día lo parara temprano porque ya iba a regresar a trabajar, que salía su viaje pa' Chihuahua; era una semana antes de terminar agosto de 1981. Como yo me levantaba a encaminar a Quiri a las vías del tren, en la Avenida Central, a la altura de onde ora está la Bodega Aurrerá, cerca del metro Neza, pa' que tomara su camión, lo desperté antes de salir, regresé y él seguía en la casa.

— ¿Todavía no se puede ir? —le dije a Sebastián.

—No, ando regando las plantas, pero ya me voy.

—Ándele pues.

Nunca se despidió de mí, parecía un burrito, jamás me dijo: “Mujer, ya me voy, al rato nos vemos”. Ésa era la primera vez, a lo mejor era una despedida toda seca, sin chiste, pero de menos me habló pa’ irse.

Ya me iba a meter al cuarto cuando escuché la puerta, era Sebastián que se le habían olvidado las llaves. Las agarró y me volvió a decir que ya se iba.

Al poco ratito volvió de vuelta.

— ¿Y ora, pus de cuál tomó, todavía no termina de irse?

—Dejé los cigarros, pero tú nunca te fijas de lo que dejas y lo que no dejas.

—Ah, pus yo creo que cada quien sabe lo que le hace falta.

—Ya me voy.

—Que Dios lo acompañe.

Agarré el bote de la leche pa’ ir a la Conasupo de Jardines de Guadalupe. Tenía que atravesar un llano y lo vi de lejos, se me hace que iba caminando lento. Voltió y también me vio.

— ¿A dónde vas? —me preguntó mientras se detenía a esperarme.

—Con usted —le contesté.

— ¡Ay, mujer!, pus ya pa’ qué te quiero. Ora sí ya me voy.

—Que Dios lo bendiga.

Sebastián se adelantó y agarró su camino, pero no dejaba de voltear a cada rato, como que no se quería ir, y en eso vi cómo alzó su mano y me dijo adiós desde lejos.

Yo seguí mi vida como hasta entonces, haciendo quihacer ajeno.

A los ocho días, en viernes igual, me habló Chelo onde Geña pa’ que no comiera, que mejor me esperara a llegar a la casa porque había hecho tacos dorados y sopa de fideo, y con

eso me envenenaban. Me apuré pa' llegar temprano, sólo me faltaba tender. Subí a los tendedores que estaban en la azotea y me vas a creer que me entraron hartas ganas de llorar.

Terminé, me despedí de todos y regresé a mi casa. Cuando llegué ya todos estaban sentaos en la mesa, y antes de empezar a empacarle se oyó el motor de un bochito, era el carro de Parna. Él, mi hermana y su familia ya se habían cambiao a Cuauhtepc Barrio Alto. Entró y me preguntó:

— ¿Qué están haciendo?

—Aquí, Parna, vamos a comer, ¿no te echas un taquito?, sírvele a tu tío, Chelo.

Pero yo lo vi muy raro, no se estaba sosiego, entraba y salía, como que algo nos quería decir.

—Parna, ya está servido, nomás andas pa' allá y pa' acá.

—No, Benita, orita así —y que se suelta a llorar, y mira que él igual que Sebastián era bien duro, por eso me sorprendió—; es que murió mi primo.

— ¿Pus cuál primo?

—Tarso, es muerto mi primo Tarso, ya lo traen en su caja.

En ese momento me dieron ganas de sacudirlo, de cuerearlo, no podía creer lo que me estaba diciendo, tantas veces desié ese momento y ora que había llegao no era una dicha pa' mí, Dios lo sabe que no me alegré.

Mis hijos estaban paraditos al lao de mí y empezaron a chillar. Luego empezamos a sacar las camas pa' esperar que trajeran el cuerpo y tener espacio onde velarlo.

El primer día de septiembre, chocó el camión onde iba Sebastián, pero él fue el único que murió, nadie más de los que iban. Su cuerpo lo encontraron a unos metros del camión con la cabeza destrozada, por eso nunca le volvimos a ver el rostro, se lo vendaron todo.

Bocho estaba muy malo en esos días, hasta con suero estaba, y por eso no le quisimos decir luego luego la noticia, pero Alfredo, hijo de mi tía Flor, le habló pa' preguntarle cómo estaba del luto. Así se enteró m'hijo. Ambrosio se arrancó el suero del brazo. Él vivía con su familia en La Vergel y nosotros en Jardines de Guadalupe, y corrió pa' ver si era verdá. Desde ese día empezaron a darle convulsiones, dicen que de la impresión, pero gracias a Dios se le quitaron tiempo después cuando le dimos sangre de iguana negra en medio vaso con *Coca Cola*.

Hasta el día tres de septiembre llegó el cuerpo, como a las cuatro de la tarde. La carroza venía desde Río Grande, Zacatecas, y como estaba llueve y llueve, dilató más en llegar. En ese entonces ya había teléfono en el rancho, estaba en una tienda y por un altavoz avisaban cuando le hablaban a alguien. Chabe nos dio permiso de hablar y así fue como les dijimos de la muerte de Sebastián.

Tenía la casa llena de veladoras y de flores. Ya habían llegao del rancho pa'l velorio, entre ellos mis suegros.

Sebastián venía vendao de la cabeza. Hasta pensamos que no era cierto, que no era él, que todo era mentira y que en algún momento iba a entrar por la puerta diciendo que lo habían confundido. En veces, mis hijas todavía lo sueñan que les dice que él no está muerto, que no era él el que iba en la caja. Pero lo reconocimos por sus botas que eran lo único que lo venía acompañando.

Benita y sus hijos, tuvieron que sacar sus pocos muebles para hacer espacio al féretro. Los de la funeraria lo colocaron al centro del cuarto por órdenes de ella. Estaba rodeado de flores, veladoras, un cirio en cada esquina, una cruz de cal debajo junto con sal y un vaso con agua. Los familiares y amigos se turnaban para hacerle guardia y los rezos imploraban que su alma alcanzara el perdón de Dios para que gozara de la Gloria prometida.

A otro día, cuando iba saliendo la peregrinación pa'l panteón, me daba coraje conmigo mesma por llorarle a Sebastián:

— ¡Tantos golpes me dio, tantas chingas le aguanté, tanto joderme mis manos pa´ yo sacar a mis hijos adelante, y vengo llorándole a este hombre! —pensaba. Pero mi llanto no era desbocao o a gritos, porque creo que cuando uno más sufre es cuando más remordimiento hay y la verdá a mí no me remordía la concencia, creo que siempre fui obediente y lo vi hasta el último día.

Sepultamos a Sebastián en el panteón Jardín Guadalupano, todo lo arregló la misma empresa, Transportes Ojeda, por medio de Jesús, otro hijo de mi tía Flor, que también trabajaba ahí. Él se quedó con una buena parte de lo que en realidá nos tocaba, y yo por ñorante me menseó sin darme cuenta.

Cuando estábamos al pie de la tumba de Sebastián, mi suegro me gritó delante de la gente, sin respetar el momento:

—Oiga, venga. Por lo que éramos ya va pa´ abajo, ora sí señora, de su vida haga un papalote y échelo a volar, se acabó lo que éramos, ya va pa´ abajo.

Yo no le contesté nada, sólo lo miré.

Cuando terminó el sepelio, mi suegro tomó un taxi y se fue a la terminal. Mi suegra no lo siguió, prefirió quedarse conmigo. Mi mama también me dijo que se quedaba conmigo. Y pus tenía que chambearle porque igualmente tenía que darles de comer a ellas.

A los tres meses, mi suegra decidió regresarse al rancho, con el miedo de que mi suegro ya no la recibiera.

Unos días después de la muerte de Sebastián, Quiri me jalló llorando:

—Mamá, ¿por qué estás llorando? —me preguntó.

—Pus, por tu padre m´hija.

—Pero, si cómo te cuereaba, cuánto no te pegó, y todavía le lloras, mamacita.

—Es que lo extraño aunque sea pa' que me raye la madre. Si los hombres malos duelen, imagínate, cómo dolerán los buenos.

—No te preocupes, mamita, yo te busco quién te la raye.

—No, mi amor, a otro yo ya no le aguanto que me la raye, si a tu padre le permití tanto fue por pendeja, por taruga. Yo sentía que si él se iba de la casa ya no iba a haber un respeto pa' con nosotras, es más, he pensao en que nos cambiemos de casa, aquí no hay ninguna protección, no hay ni bardas y cualquiera se puede meter.

—Madre —me contestó Quiri—, por la protección no te preocupes, ésa no la vamos a dar nosotras mismas, porque ora que murió mi padre no le vamos a estar pelando los dientes a todo el que pase, nosotras nos hacemos respetar solas, no necesitamos a nadie pa' eso.



“Ya todo eso no es más, Benita, siéntete en paz, ya no pasa nada...”, 2009.

Foto: Brenda Contreras Paredes.

LA VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE

*“Vivir no es sólo existir,
sino existir y crear,
saber gozar y sufrir
y no dormir sin soñar.*

Descansar, es empezar a morir”.

Gregorio Marañón

Era extraña la casa sin Sebastián, había más tranquilidad, pero como nunca había conocido esa paz hasta raro se me hacía. Yo creo que uno se acostumbra a todo, menos a no comer, como quien dice, y en veces me despertaba toda espantada como si Sebastián fuera a cuerearme en cualquier rato.

Había días que no se quitaba un olor de la casa como cuando llegaba todo surrao, y onde dejaba las colillas de sus cigarros, aparecían nuevas como si él siguiera vivo.

Ya no le trabajaba a Licha, pero la relación con ella y su familia seguía. Ellos eran de los riquillos de la colonia, y hasta teléfono tenían. Me dieron permiso de dar el número a los del rancho pa´ cualquier emergencia.

Una ocasión, Teo me habló muy apurao. Cuando le contesté me dijo:

—Benita, tenle mucho cuidao a tu chamaco el más chico.

—¿Pero, por qué, Teo?, ¿qué pasa?

—Ya mi suegro mandó quien te esconda a Pablo, te va a quitar al niño. Ve y tú llévalo a la escuela y encarga a alguien que te lo traiga porque te lo quiere esconder.

—¿Y ora por qué me quiere hacer eso don Natividá?

—Es que dice que ustedes tuvieron la culpa de que se muriera Sebastián, porque dizque iba a buscarles la vida a ustedes.

Con ese aviso, cuidábamos a Pablo lo más que podíamos. Cuando yo no podía sus hermanos y hermanas me echaban la mano, pero un día, cuando ya iba él a la doctrina, salió antes de la hora, y no nos avisaron a nadie. Pus ahí estamos todos reteapuraos porque no lo jallábamos por ningún lao. Lo fuimos a encontrar cerca de la iglesia, y como él no sabía la situación, pus qué apuro podía tener. Tuve que decirle lo que pasaba y hasta me dijo que una vez, un carro azul lo andaba siguiendo al salir de la escuela, pero que nomás corrió a la iglesia y pensó que eran imaginaciones de él mismo.

Luego de eso, me animé a ir al rancho a visitar a mi mama. Por educación pasé a saludar a mi suegra, que ya no se metió conmigo desde que murió su hijo. Ella sí me contestó el saludo, pero papá Nate, como también le decíamos a mi suegro, que estaba sentao cerca de la puerta no me respondió. Me armé de valor y ora sí le dije:

—No vengo a saludarlo papá Nate, yo nomás vengo a decirle que no me ande asustando a m'hijo. Tengo razón de que usted me lo quiere quitar, que me lo quiere esconder —nunca le dije quién me dio el pitazo—. Usted, papito, sólo quiere darme más dolor, no sea ingrato, como ya no tiene hijos chiquitos, por eso no sabe lo que es vivir con esa preocupación. De que su hijo se haiga muerto yo no tengo culpa, ni lo mandaba a trabajar, él se iba sólo pa' darse sus gustos. Ustedes ven cómo traigo a mis hijos, ven la lucha que ando haciendo pa' darles a ellos. ¿Que con eso no quedan conformes? No se perchan con haber gastao todo lo de Sebastián, haberme dejao en la calle. No papá Nate, un día lo va a pagar con uno de los de usted.

Yo no quise maldecirlo ni que mis palabras fueran de sal, pero pasao un tiempo, Toño, el más chico de los hermanos de Sebastián, fue alcanzao por un rayo y murió al instante.

Cuando me enteré fui de vuelta al rancho al velorio de mi cuñado, él sí me dolió, yo lo vi jovencito cuando llegué a la casa de los Grana, él me defendía.

— ¡Usté me maldijo a m' hijo! —me dijo mi suegro.

—No papá Nate, no fue maldición mía, yo quería mucho a Toño —le contesté—. Si Dios a usté le quitó así a sus hijos, a mí no quero que me quite el mío. Y hasta onde tope, porque si usté mesmo me dijo que lo que nos unía ya iba pa' abajo, pus ya no soy su nuera ni usté es mi suegro.

Don Natividá se quedó callao, no me contestó nada. Y jamás volvieron a molestarnos.

Aunque ya estaba pensionada, seguí trabajando con Geña, porque quería darles un poquito más a mis hijos.

Ella, más que mi patrona, era mi amiga. Nunca me sobajó por hacerle el quihacer, a la contra, velaba por mí y mis hijos. Y yo trataba de pagarle igual con mi trabajo, era una casota aquélla, vivían hartos ahí, hasta Gonzalo y Vicente que eran alumnos de Geñita, pero como su mamá se fue con un señor los abandonó y ella los recogió en su casa. Todos eran muy cariñosos conmigo y me veían como de la familia, Gonzalo era el que más se preocupaba por mí, me encaminaba cuando ya era la hora de retacharme a mi casa, si llevaba mandao o bolsas, las cargaba hasta el camión. Nunca me vio con otros ojos más que como un hermano o hijo, porque era un joven como mi Mario y mi Bocho.

Quiri ya tenía 20 años y no le había conocido ni un novio, sí muchos pretendientes, pa' qué voy a negarlo, mis hijas eran rechulas. Ella era un gran apoyo pa' mí, nunca me dejó sola y en vez de salirse a pasear el día que descansaba, se quedaba a lavar el garrerío de sus hermanos, y el dinero que ganaba todo me lo daba a mí.

Un día le dije: —Quiri, por qué no te buscas alguien a quien querer, ya estás en edá, ya me has apoyao mucho —y parece que a la vuelta ya estaba un joven esperando que yo dijera esas palabras pa' aparecerse en su vida.

Cuando fue la confirmación de Manolo, Quiri conoció a un muchacho llamado José Reyes y pus m'hija le gustó y parece que él a ella, porque se hicieron novios y a los seis meses me dijeron que se querían casar.

Como José Reyes era mayor que m'hija como por ocho años, yo no lo quería en principio, pus pensaba que era mujeriego y vividor, pero con el tiempo vi que era un buen muchacho. Pidió la mano de Quiri junto con sus papás, hablaron con Bocho y Mario, y acordaron casarse primero por el civil y cuatro meses después por la iglesia.

Cuando se casó Quiri, en diciembre de 1982, parecía que en vez de casar a mi niña la estaba yo enterrando. Siempre fue mi principal sostén y hasta maldecía la hora en que le dije que buscara novio pa' que no estuviera nomás arrojada en la casa, pero qué iba yo a saber que me iba a agarrar la palabra tan pronto.

Tuve que seguir mi vida, resiñada a que los hijos no son de uno, son prestaos y que tarde o temprano tienen que hacer su vida.

Por casi 12 años trabajé con Geña y sus hijas, cuando pasó el terremoto de 1985 decidí dejar de ir, ya mis primeros cinco hijos estaban casaos y con la pensión que me daban por la muerte de Sebastián pensé que ya era hora de apaciguarme.

Estaba sentada un día afuera de la casa y pasó un joven que se llamaba Otavio y se sentó a mi lao.

— ¿Qué está haciendo señora Benita? —me preguntó pa' empezar la plática.

—Aquí, Otavio, sentada un ratito.

—Oiga, señora Benita, ¿aquí onde vive es suyo?

—No, yo aquí rento.

— ¿Qué cree?, que ahí en Sagitario 6 están traspasando un terreno, por qué no se anima y lo sigue pagando.

Otavio me dejó con la espinita, y como tenía un dinero que me dieron al morir Sebastián, pus lo comenté con Quiri y que me convence. Fuimos a ver el terreno y firmamos el traspaso, si de todos modos pagaba renta, pus de menos que en vez de renta fuera mensualidá y algún día tuviera algo mío.

Pa' cambiarnos, tuvimos que echar de menos un cuarto. Dejamos la Hermosillo y nos cambiamos a nuestra casita, humilde, pero nuestra. Mario ya no vivía con nosotros, se cambió a La Chamizal y luego a Sagitario 9. Y como desde que dejó de vivir con nosotros se alejó mucho y casi no lo veía, tanteaba a qué hora llegaba de trabajar y me escondía atrás de unos puestos pa' verlo aunque fuera de lejos. Ya después sacó un crédito pa' un departamento en La Esmeralda y se cambiaron pa' allá, onde pasó sus últimos años.

Todavía ora, m' hijo Pablo, que es el que vive conmigo, me dice que me tira mi cuarto y me lo vuelve a hacer bien, pero yo no quero, porque con mis manos lo levanté, acarreando piedras desde lo que era el canal, que ora es el Circuito Mexiquense.

No teníamos ni puerta ni ventanas. Era un sábado cuando se nos quisieron meter dizque unos de la banda que de "Los Chupones". Había pocos viviendo en la calle, estaba la casa de Cuquita, que ya murió, mi Paulita que tampoco vive ya y que era mamá de Albert, esposo de Came, doña Inés, mamá de Luis que luego fuera esposo de Jose.

El aviso nos lo dio un perrote callejero que no dejaba de ladrar. Esos mentaos "Chupones" eran unos roquerillos que traiban a los del rumbo medio asustaos. Yo tenía mis tres mujercitas y me daba miedo que me las fueran a violar. Qué tanto podía defendernos mi Pablo, si era un muchachillo. Lo que hice fue agarrar el machete y a mis hijas les repartí palos.

Gracias a las ánimas benditas, los hijos de las vecinas se dieron cuenta y nos auxiliaron. En cuanto vieron que venían los muchachos y los señores esos desgraciaos se echaron a correr.

A otro día llegó Bocho como mandao del cielo. Me puso mi puerta y mis ventanas y ya me sentí más segura con mis criaturas.

Con el tiempo nos acoplamos. Tanto, que Jose y Came hasta conocieron su destino en dos de los muchachos que aquel día nos defendieron.

Como al año de que llegamos, Jose se casó con Luis en la iglesia de La Vergel. La fiesta fue en casa de doña Inés. Luis era muy responsable, y siempre ha tratao de tener lo mejor posible a mi Jose. En un principio se fueron a rentar ahí por Jardines de Guadalupe, pero luego, en una mala racha, tuvieron que cambiarse a casa de su mamá de mi yerno. Luego rentó un departamento en la misma calle que la mía, pero con ayuda de su hijo, Luis Alberto, ya terminaron su casita en La Laguna, cerca de Jardines de Morelos y apenas se cambiaron pa' allá.

Por ese entonces, Albert, hijo de Paulita, se hizo novio de Came, y un día me dijeron que ya se iban a casar. Se fueron de luna de miel y regresando, me dijeron que ya estaban esperando bebé, pero a mí no me cuadraban las cuentas y me di cuenta que ya iba embarazada m'hija cuando se casaron. La boda fue en la iglesia de San Judas Tadeo, en Valle de Aragón. Ya luego nació una niña, Verónica. Ellos también ya terminaron su casita al lao de la de Jose y también ya se fueron a vivir pa' allá.

Pablo se saltó a Lore, y bien chamaco se embarcó y embarazó a Alejandra, una muchachita de la misma calle. Los dos eran unos niños criando una niña, Tania se llama mi ñeta, y pa' apoyarlos, luego de su boda, que sí fue por la iglesia, les ofrecí unos cuartos que dejó Bocho y que con el tiempo han sido su casa, porque me han apoyao mucho con los gastos y se han ganao a pulso el espacio que ocupan aquí.

Finalmente, mi Lore, que pienso era la más rebelde, cuando trabajó conoció a Jesús. Ellos sólo se juntaron, y vivieron un tiempo conmigo hasta que se fueron a rentar. La verdá yo me engrí harto con sus hijos, tanto, que me dolió cuando tuvieron que irse más lejos,

porque Jesús encontró un buen trabajo por ser ingeniero y ora ya tienen su casita en Coacalco.

- **El dolor más grande del mundo**

Mi mamá falleció hace poco tiempo. Yo creía que no me iba a doler su muerte por todo lo que padecí con ella cuando niña. Había veces que me veía la gente con ella y cuando les decía que era mi mamá, me decían: —Dichosa, tú, que tienes tu mamá.

Yo no entendía por qué me insistían tanto con eso. Pero supe la razón hasta que murió.

Ella nació un año antes de que acabara la Revolución, y murió justo cinco días después de festejarle sus 90 años, un 24 de abril. Ya había sobrevivido a varias dolencias, pero la última, que fue un infarto en el cerebro, estuvo muy fuerte y pensábamos que no iba a llegar a su cumpleaños, y repentinamente tuvo una recuperación. Dicen que a veces cuando la gente va a morir le pasa eso, como pa' despedirse de su familia.

Benita ya se había acostumbrado a ver a Má Chen con su piel tan arrugada y su cuerpo aún más menudo de lo que era (a pesar de haber tenido 15 hijos), tal vez por eso ya había olvidado su imagen de juventud, pero lo que poco le cambió fue su carácter duro y esa necesidad con la que siempre defendía su opinión, tuviera la razón o no.

Cuando visitaba a Benita, se le miraba sentada, allí en su sillón preferido, el sofá, bordando servilletas sin necesidad de lentes para pasar la aguja por el ojal, con su rebozo sobre sus cabellos largos llenos de canas, peinados en una trenza, más delgada que nunca, encorvada y con tan buena memoria.

Luego de que murió mi papá, mi mamá se acercó más a mí, a la contra de cuando fui más chica, aunque era difícil estar tanto tiempo con ella, porque tenía cierto recelo. Es que me dolió tanto que se muriera mi papá.

Cada que mi mamá venía a verme, yo ya estando viuda también y con todos mis hijos casaos, nos desvelábamos casi hasta el alba y nos parábamos retarde, pus al fin y al cabo ya no había quien nos dijera nada.

Nos gustaba mucho ver a los “chismosos”, así le decíamos a los programas onde hablan de los artistas de la tele, y nos reíamos hartos con la “señorita Laura” mientras nos comíamos un plato de frijoles refritos con una salsa de molcajete y tortillas recién saliditas de la tortillería, o hechas a mano si tenía ganas de hacerlas.

Benita temía regresar a San Javier, un San Javier que hoy poco posee del de antaño. Casi todos los caminos ya están pavimentados; la carretera sustituyó el campo de pelota que servía de iglesia. La siembra es sólo practicada por quienes se dedican a la comercialización en volumen de la cosecha. En las fiestas el menú es el mismo, fideo seco, arroz y carnitas. Ahora resulta más fácil comprar las tortillas que llevar todo el proceso para hacerlas a mano. Las carretas fueron suplidas por camionetas todo terreno, desde las *Lobo* hasta las *Explorer*.

Los huaraches de petatillo que vestían los pies de los lugareños, fueron cambiados por calzado más *fashion*. Los varones jóvenes calzan tenis de moda. *Nike* y *Converse* son los más populares. Los que ya probaron un poco del “sueño americano” prefieren la moda chola, los más “fresas”, los pantalones entubados o de corte *slim*, con playeras *Abercrombie*, *Hollister* o *Ed Hardy*, sean originales o no; y las féminas optan por los *flats* que tanto combinan con los *leggings*.

Pero la tendencia en los adultos mayores no es tan variable a la del pasado, las mujeres siguen usando sus rebozos, faldas largas y blusas holgadas, hay una moral que seguir, no es permisible “exhibirse”. La combinación no importa mucho, se usa lo que se tiene.

Los hombres gustan de las botas vaqueras picudas, pantalones de mezclilla, camisas vaqueras y sombrero.

Se casan muy jóvenes, más por obligación y cumplir “como hombres” a la muchacha preñada, que por convicción. No hay universidad pública, sólo bachillerato, y muy pocos llegan y se gradúan de ese nivel educativo.

San Javier ya no huele a tierra mojada, ahora huele casi a lo que huele la Ciudad de México, los árboles y mezquites no alcanzan a dominar en el ambiente, y contados son los campos que se visten de rojo y se inundan de fresas...

Pasó un buen rato pa´ que yo volviera a San Javier, pus me dolía pensar en entrar al cuarto de mi mama ya sin ella, en ver su ropita que apenas hacía unos días todavía vestía, en acordarme de las veces que nos reímos hasta de un pedo que nos echábamos y pensar con remordimiento en las ocasiones que la miraba con coraje por lo dura que fue conmigo. Le lloré, le lloré mucho.

Pero con todo y todo, lo que más tengo clavao en mi corazón y diario me da como una punzadota es el dolor de m´hijo Mario, mi niño lindo que apenas se me murió.

Todo empezó un día que m´hijo se sintió mal en el aeropuerto, onde trabajaba. Lo dejaron salir pa´ que se fuera al doctor, pero en el camino perdió como la conciencia, como que se le borró la memoria y vagó por varias horas, hasta que en la mañanita del otro día se dio cuenta que andaba por La Pradera y él mismo no se acordaba qué hacía allí. Tomó el micro pa´ su casa, en La Esmeralda, y desde ese día los dolorazos de cabeza no lo dejaban en paz.

Cómo habrá estao el dolor que quiso ir al doctor, porque él nunca quería. Le mandaron a hacer estudios y resultó que era un tumor. Tenían que operarlo rápido porque como era en el cerebro si seguía creciendo iba a afectarle en sus movimientos o en algo de su cuerpo como su vista o su habla.

Lo mandaron pa' La Raza pa' esa operación. Se juntaron todos mis hijos y cada quien rezaba porque fuera un mal sueño. Yo no sabía bien qué pasaba, siempre que algo de gravedá pasa, mis hijos me lo ocultan hasta que ven que es inevitable decirme, pero yo tengo como un sexto sentido, como que algo en mi pecho me dice que algo está mal y no me deja. Pero si no me lo dicen no es por mala fe, sino porque como sufro de la presión, luego me pongo mal.

A mí no me hacen pendeja tan fácil, pero aunque les exigía que me dijeran no rajaban. Fue hasta después que lo operaron que medio me explicaron qué había pasao.

Le sacaron a Mario eso de su cabeza y dijeron que tenían que mandarle hacer una biopsia, mientras le daban ánimos a m' hijo, a mi nuera y a mis ñetos. Les decían que todo iba a estar bien, primero Dios, que no iba a pasar nada.

La enfermedad de Mario reunió a todos sus hermanos, hasta los más distantes. Los días en la sala de espera de la Torre de Especialidades de La Raza, eran asfixiantes. La gente desbordaba impaciente por saber de sus familiares, cansados de tanto esperar, mirando a la nada pensando para sí en miles de cosas a la vez, hambrientos por no poder salir esperando informes, o por no tener para comprar.

Las escenas de llanto, preocupación, personas acostadas en el suelo durmiendo, pues su cansancio pudo más que su vergüenza, eran el común denominador. El olor a antiséptico reinaba en el ambiente.

Pero fue luego, al otro día de la operación cuando el doctor que operó a Mario le habló a Ana pa' decirle los resultados. Todos nos quedamos en el sótano de la Torre de Especialidades, como los parientes de los demás internos, esperando la noticia. Ana bajó del consultorio casi cayéndose y sin poder dejar de llorar trataba de decirnos que mi niño tenía cáncer, que no le daban más de tres meses... y se desmayó.

Nadie lo podíamos creer, todos estábamos callaos, nomás llorando.

Mi Mario empezó a tomar sus quimioterapias y a pesar de que en principio fue muy difícil, porque se ponía bien mal cuando se las tomaba, su fuerza de voluntad era mucha y nunca se le vio derrumbarse, él era el más fuerte de todos y eso nos daba valor. Siempre decía que así le quedara una semana de vida, él le iba a echar ganas. Hasta quería regresar a trabajar. Se desesperaba por no poder hacerlo. A pesar de todo, esa enfermedad nos unió. Dicen que todo pasa por algo, pero por qué con la vida de mi niño.

No me vas a creer, pero nunca se le cayó su cabello y cuando venía a verme me pedía que le hiciera su fideo seco con frijoles y un chile de molcajete. Se subía a los cuartos que Pablín estaba construyendo arriba y yo con él. Le enseñaba onde iba a ser mi cuarto cuando acabaran de echar todo, le señalaba el espacio con el balcón pa' sentarme todas las tardes a ver pasar a la gente desde ahí. Siempre fue tan fuerte, tanto que en veces a todos se nos olvidaba que estaba enfermo, pensábamos que esa cosa ya no estaba en su cabeza, que era mentira lo que había dicho el doctor.

Las palabras que más recuerdo de él son las que me dijo un día que estábamos viendo las obras de la casa:

—Amá, ya le dije a Bocho que te teche pa' que no te mojes, y ya te dejé bien encargada con Quiri, que te cuide como hasta ora —y mientras me apretaba la mano reduro, como si quisiera decirme algo más, pero no podía. Mario se limpió la cara con una servilleta y la dejó encima de unos tabiques, yo agarré esa servilleta y la guardé como un tesoro muy preciao. Un día el novio de una de mis ñetas me dijo que si quería me la hacía en forma de una rosa y le dije que sí, luego se la puse a la virgencita que tengo en mi altar y ahí sigue. Quero meterla en un cuadro y dejarla allí pa' siempre.

M'hijo sólo le pedía a Dios que le permitiera conocer a su primer ñeto que nacería en junio de ese mismo año. Y sí, el tres de junio de 2007 nació su ñetecito, hijo de su hijo Mario, el mayor.

Y lo pior apenas venía...

Llegó el día que el hombre fuerte, de buen comer y duro de carácter, pero noble de sentimientos, se hizo pequeño y delgado al extremo. Ya no reconocía a nadie, tenía su mirada perdida y no podía ni comer, porque su cerebro ya no enviaba la señal. Había días que no se acababa ni un *Gerber* en todo el día, tenían que bañarlo y cambiarlo, usaba pañal y ya no caminaba, lo sacaban a pasear en silla de ruedas y cada vez que le empezaba el dolor parecía una fiera queriendo azotarse en la pared.

Cuando lo llevaban al doctor, éste ya no podía hacer nada más que administrarle medicamento para aminorar un poco el sufrimiento y les hacía la recomendación de darle todo lo que quisiera comer, que no le negaran nada. Eran días y noches tan difíciles, cada que sonaba el teléfono Benita temblaba.

Él nunca quiso que le tuviéramos lástima, porque decía que no era un perro; pero no era lástima la nuestra, era dolor, algo que no se puede calmar con nada, una desesperación por rezar a cada rato pa´ ver si Dios nos escuchaba y hacía un milagro.

El viernes 14 de marzo de 2008, a las nueve de la mañana, íbamos a desayunar y sonó el teléfono, era Ana, le dio la noticia a Pablo que m´hijo ya había muerto. Yo quería gritar, correr, ver a mi niño otra vez, bien, sano, pero ya se me había muerto. Como desde hace tiempo la maldita presión alta no me deja, decidieron que no era bueno pa´ mí ver a mi niño tendido, y no lo vi sino hasta que estaba en su cajita.

A hoy no puedo con el remordimiento de no haberlo visto antes de morir, porque como ya estaba muy malito no me llevaron a verlo pa´ que no me diera cuenta de lo que quedaba de m´hijo, pero pa´ qué estamos las madres, si no es pa´ acompañar a los hijos en sus tristezas y alegrías.

Mi Mario nunca lloró en toda su enfermedad, nomás supe por Ana que el día que murió, ella despertó y lo vio sin moverse con sus ojitos abiertos, se dio cuenta que ya no respiraba y que tenía lágrimas en sus ojos, y cuando se los cerraron, cayó una en su cachetito.

Al ver el cuerpo de mi hijo, se me venían a la mente todos los momentos que lo vi, cuando nació, al crecer, todo lo que padeció junto con sus hermanos, cuando todavía lo tenía con salud.

Lo velaron y enterraron en el Jardín Guadalupano, ahí mismo onde sepultamos a Sebastián. Yo me puse muy mal de la presión, pero no quería que me llevaran al doctor porque me iban a internar y no iba a poder enterrar a mi niño.

A otro día se sepultó; lo más duro fue ver cuando bajaban su caja, echarle su puñao de tierra, pensar que jamás iba a volver a verlo.

A hoy en veces lo busco, no puedo hacerme a la idea, yo lo busco, no puedo.

Tenía mis manos completas, y ora me falta un dedo, me falta un pedazo de mi corazón, yo ya no estoy completa, ya no tengo esa boronita que no sé hasta cuándo voy a volver a ver. Si tienes hijos, cuídalos, se tienen que ir, yo lo sé, porque Dios nos los presta, pero es un dolor tan grande que aun no lo asimilo. Lo que me da valor es pensar que mi niño está en el cielo, que ya no sufre más y cada que se le acaba su veladora le prendo otra pa' que nunca se quede en la oscuridá.

Le recé tanto a Dios, le pedí tanto un milagro, pero me falló.

- **Las esperanzas**

Quero presumirte la gran familia que ora tengo, me falta uno, que Dios decidió llamar antes que a mí, pero cuando pienso en todos ellos, confirmo que no fue en vano tanto

sufrir, tanto luchar. Y más porque ninguno de mis hijos hombres salió a su padre, y ninguna de mis hijas ha sufrido lo que yo, con eso me doy por bien servida.

Bocho tiene cinco hijos y cuatro ñetos, más los que no sabemos de Óscar, el mayor.

A mi Mario le sobreviven tres hijos y un ñeto.

Chelo tiene cuatro hijos y seis ñetos.

Quiri tiene dos hijos y dos ñetos.

Jose tiene un solo hijo que todavía no le da ñetos, pero creo que no tarda porque ya se ve reteenamorao.

Came tiene dos hijos, y dos ñetos.

Lore tiene tres hijos, uno bien chiquito, de apenas seis años.

Y Pablín, tiene una hija y un ñeto.

A hoy creo que la sociedad es muy injusta por hacernos sentir a las mujeres muy inferiores, aunque me consuela que la mujer de ora puede agarrar su camino sola. No es fácil, pero ya no es tan señalao como antes, ora sí pueden confiar en el apoyo de sus padres. Conozco muchas muchachas que han decidido no aguantar gritos, golpes, pero al mismo tiempo, ellas deben respetar a sus hombres, todos somos iguales, a hoy lo entiendo. Hasta a los esposos de mis hijas se los he dicho: —A ellas no me las tocan, porque el respeto debe existir ante todo, si no, ónde queda el amor que los unió. Pero si un día llega a pasar, tampoco me ciego a lo que ellas digan, porque en veces la mujer también le falta al respeto a su marido—como mi mama que pasaba por encima de la autoridá de mi papa.

Nunca volví a buscar vida con alguien, porque no iba a traerles otro hombre a mis hijos, exponéndolos a sufrir todo lo que murió con Sebastián, además porque no me interesa.

Los recuerdos duelen harto algunos días, pero estoy conforme con mi vida. Cuando vienen a verme me gusta hacerles de comer, compro mi macita y les hago unas gordas con chile de molcajete. Las puertas de mi cuartito siempre están abiertas pa' quien quiera.

Si pudiera regresar a ser chiquita, no me permitiría vivir lo mismo, te juro que mi vida sería distinta, sólo le pediría a Dios tener la familia que tengo, porque con un nudo en la garganta digo que no conocí lo que era tener un matrimonio bien. Quién iba a querer al que luego de partirle la madre le exigía que se arrimara, y yo, llorando, coloreando de sangre, tenía que ir pa' que no me siguiera pegando. Pero qué tal gozaba él, me cai que Sebastián era machista hasta su chingada madre.

Voy al rancho cada que quiero, bueno, más bien cuando tengo dinero; me gusta ir a las peregrinaciones y cada año voy a ver a San Bartolito, en Toluca, o cada Jueves de Corpus voy a visitar a Manuelito de Atocha, el niño que tiene mi hermana Pera. Ora soy libre, como nunca fui, no tengo que darle razón a nadie, aun así no salgo tanto. Eso lo hacía cuando vivía Paulita, mamá de Albert, el esposo de Came; nos jalábamos unos botes y nos sentábamos en la puerta a platicar. Siempre me decía: —Benita, qué haces ahí engüilada, vente pa' platicar —Paulita fue mi consuegra, mi amiga, mi hermana. Su muerte me dolió harto, todavía en veces le lloro y no dejo de extrañar las tardes que nos hacíamos compañía. Ella me entendía en todo, hasta con groserías nos hablábamos, pero siempre con confianza y cariño.

En veces me entra el recuerdo del miedo que tenía que Sebastián llegara en cualquier momento a cuerearme, y como me gusta dormirme tarde y por lo mismo pararme tarde, hay días que me despierto en la madrugada con un brinco y luego caigo en cuenta de que ya pasó todo aquello, que ora ya estoy sola con mi descendencia y me digo a mí misma:

—Ya todo eso no es más, Benita, siéntete en paz, ya no pasa nada...

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Cuántas “Benitas” hay a nuestro alrededor, o tal vez a nuestro modo seamos una de ellas, o alguno de los personajes de su historia. Resulta paradójico cómo aunque haya una distancia generacional entre nosotros, parte de las llamadas “nuevas generaciones, modernas, independientes, liberales y ecuanímes”, y la que le tocó vivir a Beni, aún se repiten los patrones cada día, a pesar de contar con experiencias, como la de ella, que debieran cesar el correr de la sangre por nuestras mejillas.

Benita... qué significó en mi vida recrear la vida de este personaje tan singular y tan común a la vez, tan único y tan repetido a través de todos estos años.

Existe quien pueda preguntar para qué contar la historia de una persona de todos los días, pero precisamente radica en la cotidianidad el retrato de esa realidad que no es alcanzada por la riqueza, la modernidad o la igualdad de género. Es en los personajes comunes en quienes podemos encontrar e identificar las carencias del entorno que nos envuelve.

Con cada charla con Benita, me daba cuenta de que había elegido la historia perfecta para reflejar la situación que deben enfrentar en menor o mayor medida las mujeres de la sociedad mexicana; y aun cuando ella de pronto prefería guardarse algunas anécdotas, yo intentaba escarbar respetuosamente para descubrir los eslabones que pretendía enterrar, pero que sabía, eran demasiado importantes para sólo sellar su sepulcro.

Más bien, debo confesar que el problema radicó en que aunque reí y lloré con cada fragmento de la historia relatada, no debía involucrarme al grado de olvidar esa delgada línea entre el sentimentalismo y la objetividad. La crónica es tan generosa en sus cualidades que de pronto podría ser fácil verme inmersa en el mar de la subjetividad; es ahí donde el periodismo me devolvía a tierra firme y me recordaba la cualidad objetiva preponderante en este género.

Con la recreación de la vida de Benita, reafirmé que el poder de la palabra escrita es tan grande que con ella pueden moverse grandes masas, sembrar la semilla de la reflexión, guiar la cualidad humanista en cada individuo.

No es verdad absoluta que una imagen diga más que mil palabras. Con el lenguaje escrito podemos recrear mundos, sucesos, personajes, olores, sabores, emociones. Por ello, estoy segura de que haber elegido a la crónica como medio para la divulgación de esta biografía tan trascendente, fue la mejor decisión, ignorando en un principio lo enriquecedor, permisible y liberador que es este género periodístico-literario.

Sólo deseo que el objetivo se haya cumplido, de ahí la importancia de rescatar el lenguaje coloquial de Benita con todo su folclor, de lo contrario, hubiese desaprovechado la esencia del personaje, esa manera tan peculiar de expresarse, esa combinación de tradición y modernidad, esa forma hosca y rústica de describir, aunque desbordada de detalles tácitos, inherentes a ella.

En “Mis años muertos”, se ve representada a la sociedad mexicana, una sociedad cuya veneración a la figura materna ha sido denominador de la cultura.

Recuerdo un día, en la clase de Prensa I, el profesor Enrique Maciel Higuera, nos dijo: “Sus textos tienen que defenderse solos”, y esa frase encierra un gran aprendizaje para el buen escribir, no sólo en prensa, sino en cualquier confección ya sea periodística o literaria, o híbrida de ellas.

Como mencioné en la introducción, cada periodista guarda un atributo de escritor, y como tal, debe llenar el vacío que el lector busca cubrir con la lectura y, obviamente, no podremos estar a su lado para aclararle cada frase, así que el manejo del lenguaje debe ser muy cuidadoso.

Con la vida de Benita, y gracias a una charla con la licenciada en psicología, Elvia Flores Villanueva, pude darme cuenta de que la violencia intrafamiliar es todo es un proceso tan

lleno de causas, consecuencias, ramificaciones y raíces, que incluso sería difícil dar una causa generalizada del origen de la conducta de un hombre maltratador, como Sebastián; así como brindar una fórmula mágica para que la violencia hacia la mujer se termine algún día.

Los hombres violentos sólo buscan en los golpes o en la denigración del otro, un escudo que cubra su esencia frágil y su incapacidad para enfrentar la vida por otro medio que no sea la violencia, porque seguramente ellos también fueron víctimas de alguien o alguna situación; aunque para saber si así fue la situación de Sebastián, habría que conocer también su historia personal. Pero este último comentario no es con el afán de justificar la forma en que hizo su víctima a Benita, sino entender que la violencia hacia la mujer no es un problema educacional o socioeconómico, sino de índole cultural.

En este punto es importante mencionar que en una sociedad machista, como la mexicana, las principales víctimas de esta conducta son los mismos hombres, porque desde niños se les prohíbe sentir, se les enseña a ser “fuertes”, a no llorar, se les priva de demostraciones de cariño por el temor de que se vayan a volver “maricas”, y al crecer con estas carencias no pueden dar lo que nunca conocieron.

Por guardar las apariencias o por seguir los paradigmas sociales que estigmatizan a una “mujer dejada” o un matrimonio roto, mujeres como Benita prefieren soportar golpes y humillaciones que tener una familia desintegrada. Al fin y al cabo, para la sociedad, lo que importa es “preservar” la institución de la Familia, al precio que sea.

La historia de Benita es un ejemplo claro de cómo el modelo cultural autoritario no necesariamente debe tener repercusiones sociales de gran tamaño, como genocidios o represiones políticas, para impactar una sociedad, pues la autoridad, aunque conviva de cerca con la violencia, es tan sutil que en ocasiones prescinde de ella, “porque la autoridad

es la máscara encubridora de la violencia”¹, lo que da paso a los “dotes” de los individuos con *personalidad autoritaria*².

No sólo se debe encasillar al género masculino como el culpable de la ejecución y proliferación del machismo, debemos recordar que nuestra sociedad mexicana tiene muy arraigada la figura de la madre, y es ella precisamente quien se encarga, en la mayoría de los casos, de la educación de los hijos. Entonces, consciente o inconscientemente las madres están participando en la transmisión de ciertas conductas, ésa es la forma en que opera la cultura del autoritarismo, por herencia, por arraigo, por costumbre.

Muchas familias mexicanas deben padecer las consecuencias de esos matriarcados que hacen a los hombres faltos de respeto y demostraciones afectuosas para sus futuras relaciones filiales o conyugales, o de esos padres machistas que los obligan a ser a su imagen y semejanza, de lo contrario, no son los “hombres” que debieran.

Y hablando de lo que los roles de género nos imponen sobre lo que se “debe ser”, éstos no le permitieron a Benita cumplir su sueño de ser maestra, pero ella puede considerarse maestra de la vida, perteneciente a ese grupo privilegiado de los sabios por experiencia, de los que han visto, tocado y sufrido los cambios generacionales, culturales, ideológicos y hasta religiosos.

Por último, espero no dejar nada en el tintero, si bien seguramente cada vez que relea estos párrafos, pensaré: “por qué no escribí tal cosa aquí”, o “por qué se me ocurre hasta ahora

¹ “Génesis del autoritarismo”, educayfilosofa.blogspot.com/.../genesis-del-autoritarismo-la, acceso 23 de agosto de 2011.

² Una característica psicológica de la personalidad autoritaria, es su tendencia a la perversión psíquica sadomasoquista: mandar, dominar y obedecer, someterse, sin cuestionar la naturaleza intrínseca de la orden, al servicio de qué altar se inciensa en tan dura disciplina [...] Son personas que confunden la ternura con la debilidad, que hipervaloran la fuerza, llegando a admirar la violencia, que suelen ser poco críticos y muy convencionales, que idealizan a su propia familia y descargan su frustración en grupos étnicos o raciales minoritarios que sirven de "chivos expiatorios". Frecuentemente proyectan en esas minorías sus propios fantasmas o conflictos internos, suelen ser poco intraceptivos, esto es sensitivos e introspectivos, porque no quieren conocerse interiormente, pues podrían descubrir algo no acorde con lo deseado ser. Véase Juan B. Martín Cebollero, “Personalidad autoritaria”, www.ucm.es/info/eurotheo/.../personalidad_autoritaria.htm, acceso 23 de agosto de 2011.

esto”, y para concluir con este trabajo periodístico, quiero citar una frase tan significativa y equiparable con la crónica biográfica que Alfonso Reyes le dijo a Jorge Luis Borges, mostrando el universo que nos ofrece la palabra escrita: **“Un libro no se termina, se abandona”**.³

³ *Apud*, Marco Aurelio Carballo, “Libro, o dos de perro embotellado”, *La Prensa*, en la columna “Turbocrónicas”, México, D.F., 25 de junio de 2009, p. 9.

FUENTES DE CONSULTA

BIBLIOGRÁFICAS

Agustín, José, *Tragicomedia mexicana*, Tomos I, II y III, México, Editorial Planeta, 2001.

Azuela, Mariano, *Los de abajo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.

Baena Paz, Guillermina, *Géneros periodísticos, Crónica*, México, Pax-México, 1995.
[Géneros Periodísticos]

_____, *Géneros periodísticos informativos*, México, Editorial Pax, 1993.

_____, *Instrumentos de investigación*, México, Editores Mexicanos Unidos, 1987.

Benavides Ledesma, José Luis, *Escribir en prensa, Redacción informativa e interpretativa*, México, Alhambra Mexicana, 1997.

Bond Fraser, Frank, *Introducción al periodismo*, México, Limusa, 1983.

Culler, Jonathan, *Breve introducción a la teoría literaria*, Barcelona, Crítica, 2000.

Galindo, Carmen *et al*, *Manual de redacción e investigación. Guía para el estudiante y el profesionalista*, México, Grijalbo, 1998.

García Galindo, Estela, “México, Distrito Federal: La crónica y los cronistas a fin de milenio”, Tesis de Licenciatura en Comunicación y Periodismo, México, UNAM-ENEP-Aragón, 2001.

García Marquez, Gabriel, *El olor de la guayaba, conversaciones con Plinio Apuleyo Mendoza*, México, Diana, 1993.

González Ruiz, Nicolás, *Enciclopedia del periodismo*, Madrid, España, Noguer, 1966.

Íñigo, Alejandro, *Periodismo literario*, México, Gernika, 1998.

Leñero, Vicente y Marín, Carlos, *Manual de periodismo*, 13 ed., México, Grijalbo, 1993.
[Tratados y Manuales Grijalbo]

Libro de estilo de El País, 15 ed., España, El País, 1999.

Martín Vivaldi, Gonzalo, *Géneros periodísticos: crónica, artículo, análisis diferencial*, Madrid, Paraninfo, 1973.

Martínez Albertos, José Luis, *Curso general de redacción periodística: lenguaje, estilos géneros periodísticos en prensa, radio, televisión y cine*, 4 ed., Madrid, España, Paraninfo, 1992.

_____, *Redacción periodística: Los estilos y los géneros en la prensa*, Barcelona, ATE, 1974.

Monsiváis, Carlos, *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*, México, Era, 1991. [Colección crónicas]

Pacheco, Cristina, *Sopita de fideo*, México, Aguilar, León y Cal Editores, 2000.

Poniatowska, Elena, *Hasta no verte Jesús mío*, España, Planeta DeAgostini, 2003. [Colección Grandes Novelas de la Historia Mexicana]

_____, *Las mil y una... (La historia de Paulina)*, México, Plaza y Janés Editores, 2000.

HEMEROGRÁFICAS

Carballo, Marco Aurelio, “Libro, o dos de perro embotellado”, *La Prensa*, en la columna “Turbo crónicas”, México, D.F., 25 de junio de 2009.

CIBERGRÁFICAS

“Anita de Montemar”, www.univision.com/content/content.jhtml?cid=156851, acceso 17 de diciembre de 2008.

“Autoritarismo”, www.iidh.ed.cr/comunidades/.../docs/.../autoritarismo.htm, acceso 23 de agosto de 2011.

Avedov, Fernando, “Los primeros años de trabajo”, www.wradio.com.mx/historia.asp?id=196949, acceso 17 de diciembre de 2008.

Ayala Ochoa, Camilo, “Las pulquerías y sus nombres”, 28 de febrero de 2010, www.illac.com.mx/.../las-pulquerias-y-sus-nombres, página oficial del Foro Iberoamericano sobre biodiversidad, acceso 30 de mayo de 2010.

“Enciclopedia de los Municipios de México; Estado de Guanajuato, Irapuato”, www.e-local.gob.mx/work/templates/, acceso 1 de julio de 2009.

“Génesis del autoritarismo: la pista freudiana I”, jueves 10 de junio de 2010, educayfilosofa.blogspot.com/.../genesis-del-autoritarismo-la, acceso 23 de agosto de 2011.

“Genoveva de Brabante”, www.mundocine.net/Genoveva-brabante-pelicula-8464.html, acceso 17 de diciembre de 2008.

González Torres, David, “El retrato literario, el espejo que refleja con palabras al personaje de nuestras ficciones”, www.letrasyalgomas.com/t620-el-retrato-literario-, acceso 31 de agosto de 2011.

Hommes, Rudolf, “La psicología del autoritarismo”, 12 de mayo de 2006, independent.typepad.com/.../2006/05/la_psicologa_de.html, acceso 23 de agosto de 2011.

Kofi Annan, “¿Qué es la globalización?”,

www.azc.uam.mx/csh/sociologia/sigloxx/globalizacion.htm, acceso 25 de agosto de 2011.

“Las pulquerías ‘vayan entrando’...”, 17 de febrero de 2009, pulquerias.blogspot.com/.../las-pulquerias-vayan-entrando.html, acceso 30 de mayo de 2010.

Martín Cebollero, Juan B., “Personalidad autoritaria”, www.ucm.es/info/eurotheo/.../personalidad_autoritaria.htm, (página de la Universidad Complutense de Madrid, acceso 23 de agosto de 2011.

Página oficial del Servicio Postal Mexicano, SEPOMEX, www.correosdemexico.gob.mx, acceso 10 de febrero de 2011.

Pérez, Alfonso, “El DIF y sus antecedentes”, 4 diciembre de 2008, dif.sip.gob.mx, acceso 20 de agosto de 2009.

“Porfirio Cadena, «El ojo de vidrio»”, www.porfiriocadena-elojodevidrio.com, acceso 20 de marzo de 2009.

“Porfirio Cadena”, www.alma-latina.net/OjodeVidrioEl/OjodeVidrioEl.shtml, acceso 20 de marzo de 2009.

Salazar Escalante, Jezreel, “La crónica: una estética de la transgresión”, www.cem.itesm.mx/dacs/publicaciones/logos/.../jsalazar.html, acceso 10 de diciembre de 2009.

“Telenovela La Gata”, [www.network54.com/Forum/223031/message/1040949335/*"%3BLa+Gata"%3B*\(M%E9xico,+1970\)*](http://www.network54.com/Forum/223031/message/1040949335/*"%3BLa+Gata"%3B*(M%E9xico,+1970)*), acceso 20 de marzo de 2009.

Yanes Mesa, Rafael, “La crónica, un género del periodismo literario equidistante entre la información y la interpretación”, www.ucm.es/info/especulo/numero32/cronica.html, acceso 10 de diciembre de 2009.

PROGRAMAS TELEVISIVOS

Alta Definición, Canal 40. Retransmitido el 20 de abril de 2008.

FUENTES VIVAS

Ambrosio Grana Sánchez, hijo de Benita Sánchez Díaz, entrevista personal, 4 de octubre de 2009.

Benita Sánchez Díaz, ama de casa y protagonista de la crónica biográfica, entrevista personal, 16 y 20 de diciembre de 2008, 15, 17, 20, 22, 23 y 24 de enero de 2009.

Crecencia Díaz González (†), madre de Benita Sánchez Díaz, entrevista personal, 21 de enero de 2009, fallece el 24 de abril del mismo año.

Elvia Flores Villanueva, licenciada en psicología, entrevista personal, 2 de octubre de 2009.

Quirina Grana Sánchez, hija de Benita Sánchez Díaz, entrevista personal, 25 de enero de 2009.